

**Centro Regional de Educación Fundamental
para la América Latina**

EDUCACIÓN FUNDAMENTAL

**Ideario, Principios,
Orientaciones Metodológicas**



**Pátzcuaro, Michoacán.
MÉXICO. -1952.**

Monografía sobre
Educación Fundamental.
Publicación del CREFAL.
No. 1.

**Centro Regional de Educación Fundamental
para la América Latina**

EDUCACIÓN FUNDAMENTAL

**Ideario, Principios,
Orientaciones Metodológicas**



**Pátzcuaro, Michoacán.
MÉXICO. -1952.**

P R E F A C I O

La presente monografía fue preparada sobre las conclusiones que se obtuvieron en el Seminario que, para estudiar los problemas de la Educación Fundamental, realizaron los alumnos y maestros del CREFAL, el mes de junio de 1951, como iniciación del primer curso de entrenamiento. A dichas conclusiones, —que se han puesto en práctica en veinte pequeñas comunidades rurales, situadas dentro de la zona de influencia de la Institución— se han incorporado algunas experiencias valiosas que los estudiantes han obtenido en el trabajo de campo de su entrenamiento, que han realizado bajo la dirección de los maestros y especialistas.

Asimismo, se han aprovechado algunos textos de la UNESCO y se han tenido en cuenta las opiniones que sobre Educación Fundamental expusieron, en conferencias sustentadas en el Centro, algunos distinguidos visitantes, entre los cuales mencionaremos a los doctores H. Lionel Elvin, John B. Bowers, Willard W. Beatty, Guillermo Nannetti, Lorenzo Filho, Luis Reissig y James Yen.

En esta publicación, se ha tratado de seguir una línea continua de pensamiento —a pesar de su separación en capítulos—, por lo que algunos temas corresponden en cierto modo a varios. En todo caso debe quedar claro que este trabajo es el resultado de un primer esfuerzo conjunto de maestros y alumnos del CREFAL y que la redacción y revisión de documentos estuvieron a cargo del Prof. Isidro Castillo Pérez, de cuya valiosa intervención debe quedar constancia. Este documento elaborado como una base para los primeros trabajos queda sujeto a revisiones y consideraciones posteriores, de acuerdo con la práctica y la experiencia de este ensayo al servicio de la Educación Fundamental enfocado directamente hacia la América Latina.

Capítulo I

P E R S P E C T I V A

Es bien sabido que el mundo occidental no logró sacar mayor provecho de la lección que recibió con la guerra europea 1914-18. Sufrió la dura experiencia en carne propia, pero no estaba preparado mentalmente para aprovecharla y sacar de ella algunas consecuencias prácticas que lo llevaran a prever el futuro. En buena parte esto se debió al desconocimiento que se tuvo de las verdaderas causas del fenómeno. Las palabras que enseguida insertamos son muy importantes, porque constituyen el testimonio vivo de uno de los historiadores más respetables de estos tiempos, el inglés Arnold J. Toynbee: “Creíamos que la guerra de 1914-18 había sido una interrupción terrible pero no decisiva del curso del progreso histórico civilizado racional. La consideramos un accidente similar a un choque de trenes o un terremoto, e imaginábamos que tan pronto como hubiéramos enterrado a los muertos y hubiéramos despejado el campo de ruinas, podríamos volver a vivir la cómoda y tranquila vida que, en aquel tiempo, había llegado a darse por cierta, como si fuera el derecho innato del hombre nacido en los países industriales democráticos de Occidente”.

Sin embargo, hubo miradas penetrantes y voces advertidoras que descubrieron y denunciaron al mundo las verdaderas causas ocultas del conflicto armado. Una de estas voces, la del combatiente alemán Franz Marc, se impregna en la experiencia de las horas de angustia vividas en las trincheras, tanto como en el sentimiento de solidaridad humana que el sufrimiento común y el idéntico peligro había hecho surgir en los contendientes de ambos bandos: “En el campo de batalla sentimos más profundamente que esos horribles meses no significaban un mero cambio de la supremacía

política, sino que la sangre vertida representará una ofrenda hecha, en profunda comunión de todos los pueblos, en aras de una meta común. No se fijarán nuevas fronteras; se quitarán. Sigamos siendo soldados después de la guerra, porque no es ésta una guerra contra un enemigo externo, como afirman los periódicos y nuestros honorables políticos; ni de una raza contra otra; es una guerra civil europea, una guerra contra el enemigo interno, invisible, de espíritu europeo". Franz Marc, que escribió esto en 1915, como el trágico cisne, murió poco después en acción de guerra. Cuantos sobrevivieron a la contienda, con la inmensa alegría de su vuelta al hogar, olvidaron pronto la trágica lección de los días de sufrimiento.

Bien por ignorancia, por razón de Estado o por hipocresía de los que tenían interés en ocultar la verdad, la versión oficial vino a reforzar la opinión de que la causa única de la catástrofe se personificaba en el militarismo alemán, el cual estaba escarmentado y vencido. Con este cómodo juicio, precipitada e irreflexivamente, el mundo volvió a una aparente normalidad. Nada efectivo se consiguió para evitar la repetición del fenómeno; ningún problema tuvo solución; ninguna política durable fue establecida.

En estas condiciones, a sólo dos décadas de distancia, nos sorprende la repetición del fenómeno, que en esta segunda vez se extiende a un área mayor y aumenta su intensidad destructiva, sirviéndose de los progresos alcanzados en los medios de comunicación y en la técnica industrial. Terminó la guerra; pero ahora nos consta que el fin de las hostilidades no es el fin del cuento. Alguien ha dicho que cuando la perspectiva de los siglos permita juzgar a estos años medios de nuestro siglo XX en su verdadero relieve, aparecerá como una de sus notas más distintivas la de haber llegado en ellos a plena conciencia el saber histórico del hombre occidental. Por efecto de este caso de condensación de la experiencia histórica, el

hombre ahora ha adquirido una capacidad increíble para percatarse en un instante de lo que poco antes ignoraba; una penetración para discernir las causas del verdadero mal de nuestra época, del cual las guerras son nada más que un síntoma que pone al descubierto el fondo humano de la crisis que padece la civilización en el mundo de hoy.

Esta crisis es la reacción agónica de un orden de cosas que toca a su fin. Es la suma y balance de todo cuanto ha desintegrado, menospreciado, ignorado y dejado que se atrofie en el hombre, la civilización industrial que nos adueña. Es la hora de quiebra del mundo actual: del capital como fin en sí mismo; de la producción que no está subordinada al bien del hombre, sino el hombre al incremento de la producción; de la técnica que ha invadido todos los campos de la vida imponiendo sus leyes mecánicas, que ha producido cosas y máquinas que han acabado por dominar y esclavizar a la sociedad; de la especialización que rompe la unidad de la vida del espíritu y la cultura; de la absurda división del trabajo que embrutece y rebaja la inteligencia humana al perder de vista el conjunto y el sentido de la obra; del individuo perdido en la impersonalidad de la urbe; de millones y millones de proletarios, obreros y campesinos, que padecen hambre, desnudez, inseguridad, ignorancia, olvido, injusticia y opresión. Tal es el cuadro de la situación actual.

La presente crisis que comporta el mundo se extiende a todos los órdenes de la vida y cala hasta sus raíces más hondas; por eso hay en ello una cuestión del hombre y no una cuestión parcial; es la agonía o lucha de los valores espirituales, del principio humano indestructible, que ha sido negado por el progreso material y que trata de salvarse buscando una nueva forma de realización. Nadie podrá negar la existencia de este hecho. Así lo reconoce Erich Kahler, en su *Historia universal del hombre*, al asentar: “La

situación mundial, es, en sí, revolucionaria. Queramos o no queramos, estamos en el propio centro de la revolución más grande en la historia de la humanidad y no está en manos de los diplomáticos el detener este proceso. Su posición será la de un hombre que convalece de una grave enfermedad y que pretende que ni siquiera ha estado enfermo. Y solamente los alarmantes síntomas que siguen, le enseñan que ya no es posible y que ha habido un cambio decisivo en todo su organismo. Los acontecimientos de las pasadas décadas no pueden ser ignorados o anulados. Aún están en el mundo los hechos y sufrimientos. Tendrán largas repercusiones y su influencia se proseguirá en silencio. Esta vez han penetrado hasta las raíces del hombre y por eso la curación debe comenzar por las raíces. Un momento revolucionario en la historia del mundo es tiempo de transformaciones y no de emplastos. La civilización humana está en juego. Conservarla, salvarla, significa renovarla desde sus mismos cimientos”.

Pero una crisis social, como muy bien se ha reconocido, es una manifestación positiva de fuerzas reactivas, es efecto de exuberancia desordenada, de vitalidad desatada, que no es decadencia, por más que sí puede llevar a la decadencia; que a veces, más bien, es aparejadora de adelantos, cuando el hombre, reuniendo sus fuerzas alrededor de una nueva certidumbre, vuelve a encontrar el camino de la liberación, que para ser fecunda, no puede menos que estar acompañada por una ley, una norma o principio universal.

Cada cambio social lleva implícito una nueva orientación educativa; de su significación y alcances, depende la profundidad y amplitud del impulso educador. El cristianismo en sus orígenes mostró un vigor extraordinario para influir en la conducta y en las relaciones del hombre. El Renacimiento pregonó la unidad de la cultura y la unidad de la humanidad. La revolución industrial tuvo su exponente en John

Locke, quien supuso que la sociedad se divide en grupos, clases, sectas, naciones, individuos y especialistas, en busca cada uno de su propio interés. Los primeros misioneros cristianos que vinieron a América, al poner los cimientos de una nueva civilización, se valieron de los principios educativos que ahora llamamos educación fundamental.

Por fortuna, todos los pueblos de la Tierra han visto con claridad estos hechos. Se sienten responsables de ellos y por eso, unidos, se han puesto a trabajar en un propósito común: la reconstrucción del mundo. Dado el carácter universal del mal de nuestro tiempo, el remedio también tiene que ser universal y administrado mediante la unión y ayuda de todos los pueblos. Para coordinar iniciativas y esfuerzos, se agruparon todos los países y dieron nacimiento a la Organización Mundial de las Naciones Unidas. Este organismo tiene un amplio plan internacional que abarca todos los aspectos: político, económico, social y cultural. En una de sus primeras conferencias determinó la constitución de un órgano especializado, dependiente de ella, que se encargaría de promover una acción intensa, de carácter internacional, en los dominios de la Educación, la Ciencia y la Cultura (la UNESCO).

El acto de mayor trascendencia de la UNESCO, es, a no dudarlo, el haber reconocido en las tendencias del tiempo y en el proceso histórico en conjunto, un cambio en el concepto de la educación. El nuevo principio salvador, no necesitaba ser descubierto. Emergía de ese mismo impulso constructor que acompaña el desarrollo de una renovación o crisis histórica. El principio de la educación fundamental, abrazado por la UNESCO, no es, en el fondo, sino eso que llaman los franceses “una toma de conciencia”. Por vía inductiva, al estudiar las necesidades de los pueblos que trata de ayudar, la UNESCO tuvo toda la comprensión del problema educativo. Así lo declara en uno de sus primeros escritos: “¿De qué sirve

hablar de derechos culturales y preparar planes ambiciosos para mejorar la educación, allanar los obstáculos que se oponen a la libre difusión de las ideas y asegurar que todos los hombres de ciencia, cualquiera que sea su país de origen, puedan cambiar entre sí sus opiniones, si no tienen antes en cuenta las necesidades materiales y los problemas cotidianos de millones de seres hambrientos, desnudos y que viven hacinados? ¿Cómo podemos esperar que un jornalero chino, que a duras penas trata de mantener a su familia en las estrecheces del hambre y de la guerra, pueda apreciar en su total significación los preceptos del artículo 26 de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, que reconoce su derecho a la educación, o del artículo 27, que le confiere el derecho a tomar parte libremente en la vida cultural de la comunidad? Muchas veces, ni siquiera existe esa vida cultural y nuestro jornalero, en el ejemplo que elegimos, no ha aprendido a leer y escribir. La UNESCO reconoce claramente que el desarrollo cultural no puede darse mientras no mejoren las condiciones materiales del medio. Millones de seres viven en la ignorancia y la superstición, en muchas regiones del mundo actual. Esos seres no sólo tienen que aprender a leer y escribir, sino que es menester asimismo instruirles en cuanto al modo de combatir las enfermedades, servirse de la maquinaria y accesorios y, en general, ayudarles a elevar su nivel de vida mediante el acrecentamiento de los recursos del país. Cuando hayan sido educados en todos estos aspectos, serán miembros participantes de la comunidad mundial y podrán intervenir activamente en la vida cultural de las naciones”.

Bien sabido es que, buscando experiencias que le pudieran servir de guía en la acción práctica, la UNESCO fundó, en el Valle de Marbial, enclavado en la región montañosa de Haití, un proyecto piloto de educación fundamental. Por un informe de la UNESCO sabemos cuáles fueron las primeras experiencias:

“Viven allí —dice textualmente— unos 30,000 campesinos de origen africano, aislados en chozas diseminadas en los montes. Sufriendo las lluvias torrenciales de los trópicos y terribles sequías, padeciendo enfermedades, empobrecidos por la desvalorización de la tierra, trataban de crearse una apariencia de vida o morían sin protesta. Una verdadera hambruna reinaba en el Valle. Los niños, raquíticos y enfermos, tenían un aspecto espantoso. Ante esta realidad, hubo momentos de profundo desaliento y desesperación; períodos en que casi nadie creía que el proyecto podía salvarse del fracaso. El exceso de población, las enfermedades tropicales, la despoblación forestal y la erosión del suelo eran tan graves, que resultaba absolutamente evidente que cualquier proyecto que se iniciara para mejorar las condiciones de vida de los habitantes, implicaba algo más que la educación propiamente dicha”.

En verdad, ¿qué sentido tiene en estas condiciones una acción puramente cultural o educativa; pongamos por caso, la enseñanza de la lectura y la escritura? ¿Cómo puede tener eficacia suficiente la educación higiénica a largo plazo, cuando la enfermedad y la muerte van más de prisa? Aquellas terribles condiciones, como con gran sentido de la realidad lo dice el informe, “implicaban algo más que la educación propiamente dicha”. En la vida de un pueblo, como en una estructura orgánica, las partes están conectadas entre sí y el todo les confiere sentido; así pues, el factor educativo no es único, ni obra aisladamente, ni es menos importante que los demás factores, el político y el económico, sino que se traba indisolublemente con los otros, en una unidad de función y de fin.

Como se puede ver, por los ejemplos intercalados, la UNESCO ha buscado el sentido de la educación fundamental en un considerable número de observaciones, y no ha partido deductivamente de una definición

teórica para interpretar los hechos de la realidad. Así lo declara categóricamente en su primera monografía sobre educación fundamental: “Se evita el empleo de la palabra ‘definición,’ por sugerir un grado de precisión excesivo. El término ‘educación fundamental’ fue adoptado por la UNESCO para abarcar un amplio número de actividades educativas que, sin embargo, presentan de un país a otro y de una a otra región, gran similitud en cuanto a los problemas enfocados y a los fines perseguidos”. Hemos de aclarar que cuando los delegados de la UNESCO adoptaron el término educación fundamental, lo hicieron partiendo de los hechos registrados por el educador chino James Yen, quien había asegurado que en sus tres cuartas partes la población del globo está mal alojada, mal vestida, mal alimentada y es analfabeta.

Sin embargo, para satisfacer esa demanda muy explicable de las personas que quieren que se les diga qué es en concreto la educación fundamental y piden para quedar satisfechas, aunque no más enteradas, una definición, un grupo de trabajo integrado por representantes de las Secretarías de las Naciones Unidas y de las Instituciones Especializadas, que se reunió en París en noviembre de 1950, sancionó la siguiente: “Se da el nombre de educación fundamental al mínimo de educación general que tiene por objeto ayudar a los niños y a los adultos, que no disfrutan de las ventajas de una buena instrucción escolar, a comprender los problemas peculiares del medio en que viven, a formarse una idea exacta de sus derechos y deberes cívicos e individuales y a participar más eficazmente en el progreso social y económico de la comunidad a que pertenecen. Esa educación es fundamental porque proporciona el mínimo de conocimientos teóricos y técnicos indispensables para alcanzar un nivel de vida adecuado. Es un requisito previo indispensable que para la actividad de los servicios especializados (higiene, agricultura, etc.)

pueda ser plenamente eficaz. Es general porque los conocimientos teóricos y técnicos que la constituyen no se dan teniendo solamente en cuenta su valor intrínseco. Utiliza métodos activos, concentra el interés sobre los problemas concretos que el medio plantea, trata de este modo, de desarrollar la personalidad del individuo y al mismo tiempo la vida social. Se ocupa de los niños, que no pueden beneficiarse de un buen sistema de instrucción primaria, y de los adultos que no han tenido la oportunidad de instruirse; emplea todos los medios apropiados para facilitar su desarrollo, merced al esfuerzo individual y a la vida de la comunidad”.

Sin embargo, nos parece que esta definición, sin desconocer sus bondades, es todavía precipitada. Creemos que, dada la franca y explícita actividad de la UNESCO, que no es deductiva, esta definición tiene por ahora sólo un valor provisional. Nos parece muy acertado que la UNESCO no haya visto desde el principio la educación fundamental como una doctrina, sino como una tarea. La angustia de la vida, hecho real, es problema práctico, no cuestión metafísica, y obliga a la acción. En el terreno teórico, por ahora se ha concretado a esclarecer principios, a discernir los elementos, el campo de actividades y los recursos de que la educación fundamental se vale. Considera que, para las necesidades prácticas del trabajo, esto es lo más importante.

En lugar, pues, de intentar por nuestra parte formular una definición, vamos a tratar de aclarar el significado de la educación fundamental. Sólo los titubeos de la primera hora ante el nuevo concepto, pueden explicar que se hayan hecho afirmaciones como las siguientes: (a) que la educación fundamental se ocupa ante todo de las zonas retrasadas del globo, tanto si son regiones enteras como si son territorios aislados en el seno de colectividades económicamente desarrolladas; (b) que su campo de acción se delimita cuando apare-

cen servicios e instituciones destinados a atender necesidades específicas —por ejemplo, un sistema de escuelas primarias bien organizadas en el que todos los niños puedan ir a la escuela y vayan efectivamente a ella— y, (c) que al conseguirse este objetivo cesa su acción; que el uso de la palabra fundamental sugiere un mínimo de conocimientos, una cantidad básica de educación.

Un análisis más riguroso nos lleva a poner en duda estas tres proposiciones aceptadas al principio. Si dejamos de ver hacia las zonas oscuras del planeta o retrasadas y concentramos toda nuestra atención en las económicamente más desarrolladas, nos encontramos con que en éstas existen problemas políticos, económicos, sociales y culturales que caen en el campo de la educación fundamental y reclaman una resolución urgente, acorde con la que se pretende conseguir en las zonas retrasadas. Entre las colectividades que han logrado un alto nivel de vida, se desarrolla una ideología política que da gran importancia al valor de la libertad, sin sensibilidad para las necesidades de justicia social que son las que corresponden a los pueblos y grupos de población que están en situación desfavorecida. Éstos, que son la abrumadora mayoría. Cobran cada vez más conciencia de su situación y se impacientan cada vez más en ella. Los centros industrializados, las urbes donde la tecnología ha llegado a su máximo, han sufrido una regresión en otros aspectos del progreso que más íntimamente se relacionan con el hombre. En estos grandes centros de población existe un tipo de **analfabeto cultural**, que no es el **analfabeto literario**, sino el especialista que no mira más allá de su terreno y de su estrecha rutina. Esto ha dado origen ya a una crisis cultural. Crisis que se tradujo durante la guerra en la infantilidad mental de los mocetones del ejército procedentes de centros industriales, que cuando les pidieron que declarasen su lectura favorita, señalaron las tirillas cómicas y de aventura de los periódicos. El informe

“La educación general en una sociedad libre,” de la Universidad de Harvard, habla de este mal y lo atribuye a que la vieja cultura general ha sido triturada por la pequeña especialización utilitaria, por la hipertrofica tendencia a saber cada día más y más sobre menos y menos. “Descompusimos al hombre —dice el informe— en una serie de funciones meramente profesionales: banquero, profesor, lavaplatos y con las piezas escindidas de su alma era ahora preciso volver a soldar la persona”. La soldadura de esta persona ha sido, hasta ahora, mediante una educación que es adiestramiento y estandarización.

Estos fenómenos que hemos señalado —y otros tan graves como los síntomas de disolución que presenta el hogar, la célula social— se registran en la vida de las colectividades económicamente desarrolladas, que tal parece como si se dejaran al margen de la educación fundamental. No hemos querido referirnos a las “bolsas de ignorancia,” enfermedad y miseria, o sea el proletariado, producto accesorio de la industrialización, por estar comprendido en la denominación “zonas retrasadas” que, según se estipula, son objeto de la educación fundamental.

Por lo que mira, pues, a la primera proposición que hemos examinado, ya podemos deducir de lo expuesto, que la educación fundamental abarca lo mismo a las zonas atrasadas del globo como a las privilegiadas económicamente, por igual a las vastas regiones agrícolas como a las ciudades y centros industriales.

Es verdad que uno de los objetivos de la educación fundamental es contar con un sistema de escuelas primarias bien organizado en el que todos los niños puedan ir y vayan efectivamente a la escuela; pero no puede ser admitido que una vez que se consiga este objetivo, las escuelas primarias dejarán de figurar en el campo de trabajo de la educación fundamental.

En apoyo de esta tesis, podemos presentar dos hechos contundentes: primero, que si la educación fundamental abarca toda la comunidad y parte de ella es la escuela de los niños, no puede ésta quedar nunca fuera de su campo; segundo, porque la escuela primaria es una base institucional de la educación fundamental. En virtud de lo anterior, toda la educación primaria, en cuanto a fines, programas y formas de trabajo, debe ajustarse al sentido de la educación fundamental.

Para comprender mejor lo que ha sucedido en el campo de la escuela primaria, consideremos que la escuela tradicional, académica o herbartiana, como quiera que se llame, tuvo preocupaciones puramente cognoscitivas y de orden lógico, cuando no degeneró en simple verbalismo y aprendizaje de memoria. No existieron para esta escuela, como realidades dignas de tomarse en cuenta, ni el niño, ni la época, ni el medio: el programa de las materias de enseñanza era su única imposición.

Pero un buen día se dijo que se había operado en el campo de la pedagogía una revolución semejante a la que originó Copérnico en la física celeste: el niño era el centro del mundo escolar. Hemos de decir que el reconocimiento absoluto a la libertad y bella espontaneidad del niño, pertenece a la concepción individualista. Sin embargo, ya en este siglo, la escuela activa o progresiva subrayó la individualidad del niño, en nombre de una psicología biológica —instintos— que partiendo de Darwin encuentra su máximo exponente en John Dewey, con la teoría del interés. Es verdad que con el propio Dewey esa nueva concepción trasciende lo puramente psicológico hacia lo social —motivar el conocimiento en la experiencia social— pero en la realidad no ha ido más allá de una metodología intrascendente y el cómo enseñar, es decir, el más obtuso didactismo, revela la futilidad de esta dirección pedagógica. Creemos que costará todavía mucho persuadir sobre esta enorme verdad: que el método es siempre

un hecho secundario; antes y por encima de cualquier método está siempre el fin que persigue, de donde el método nace y por cual es determinado. Cuando los fines comienzan a olvidarse, en la misma proporción se refuerzan los medios y viceversa.

Y por último, las propias urgencias del mundo, que no el antojo pedagógico, han colocado a la escuela primaria en el conjunto de la vida consciente de la comunidad, de modo que participe del valor de esa vida y asuma en presente las responsabilidades concretas que le corresponden en el desarrollo y mejoramiento de esa vida. Esta escuela no trata de hacerse centro de la comunidad, ni de llevar las experiencias sociales al aula para motivar y vigorizar un programa académico, como superficialmente se acepta; esta escuela se coloca en forma apropiada en el seno de la comunidad, participa en la función educadora que aquella ejerce y desprende de aquí sus propósitos, tareas y métodos sociales. Como se apreciará, los nexos entre la escuela y la comunidad son sociales, no académicos. No desconoce esta escuela la necesidad existente en cuanto a desarrollar la personalidad o individualidad del niño en forma integral, según la definición de educación que nos viene desde Aristóteles. Sólo que no creemos en el individualismo psicológico que confía demasiado en que este desarrollo se obtenga del propio espíritu, como si éste se explicara por sí mismo, como bastándose a sí propio; es más bien el desarrollo integral de todos los aspectos de la vida que se dan en ese medio, el que estimula y estructura el desenvolvimiento armónico de la persona. La escuela descrita en el último término, es la que reajusta su estructura y trabajo de acuerdo con el nuevo concepto de la educación fundamental.

La palabra fundamental, no debe sugerir un mínimo de conocimientos o de educación, que, por otra parte, no podría establecerse cuantitativamente. Con frecuencia se estima satisfecho este mínimo con la

enseñanza de la lectura, escritura y cálculo. El conocimiento no abarca todo el problema humano ni, [aunque] sea importante, debe ser lo primero; porque el conocer que no se entraña en el vivir jamás es sabiduría. El que la educación sea fundamental debe llevarnos a significaciones más profundas. Es un fundirse con la vida del hombre. Es un comenzar a la inversa de cómo se ha procedido hasta ahora, es decir, es un comenzar de abajo arriba. Ya el mismo hecho de tratar de fincar el edificio de la cultura por la educación del pueblo (por la base de la pirámide) lo dice suficientemente, pues bien sabido es que desde muy lejanas centurias se principió a construir por el techo, estructurándose primero las universidades, luego los colegios y sólo en último lugar la enseñanza primaria. De aquí que el sentido universitario, enciclopedista y racional, bajase, disminuyendo pero sin perder su carácter, hasta el peldaño de la escuela elemental, confiriéndole su espíritu académico. La educación fundamental que trabaja en la raíz del hombre y en los cimientos de la cultura, se caracteriza: porque resuelve en primer término los problemas más apremiantes que le plantea la vida cotidiana; porque no parte de un **ser ideal** al cual el hombre debe aproximarse, sino que trabaja sobre el **ser real** para mejorarlo en todos los aspectos de su existencia; porque proporciona un conocimiento que surge de las necesidades de la vida y se halla en la relación útil con ellas; porque aprovecha en su labor todas las fuerzas educativas existentes en la comunidad, y las coordina para su bienestar y desarrollo; porque se preocupa por la comprensión internacional, pero para no perderse en un universalismo medio, teórico y sin punto de apoyo; basa la solidaridad humana en el terreno firme del ejercicio consciente de la ciudadanía nacional y ésta en la participación activa dentro de la comunidad inmediata a que se pertenece. Esta educación se inserta, para decirlo de una vez, en las relaciones vitales básicas del hombre con su mundo circundante y con el mundo más amplio de la patria y la humanidad.

Después de todo lo que se ha expuesto, ya podemos alcanzar una conclusión: que la educación fundamental no está limitada por zonas, no es una **medida de emergencia, no es algo mínimo incompleto**; es, en oposición a todo esto, una concepción de alcance universal, de acción constante y perenne; con fines y derechos que por referirse a lo esencial de la persona, a los elementos inherentes al hombre, a las cualidades de lo general humano, son comunes a todos los individuos, no importa la nacionalidad, el color de la piel, el credo político o religioso, el sexo, la situación social, la profesión y ocupación; a todos por igual abarca. La educación fundamental así considerada, constituye un nuevo capítulo en la historia de la cultura; es una revaloración substancial del concepto de la educación y una respuesta inaplazable a las urgencias que plantea el mundo de hoy. Tan radical es este viraje, que ya no son sus miras inmediatas (aunque las comprenda), ni el niño, ni la escuela, ni la pedagogía, objetos y expedientes únicos de la antigua educación. Su objeto más inmediato es el adulto, como constructor del mundo de hoy. La UNESCO misma ha superado su concepción educativa, en publicaciones posteriores. Al comentar su definición sobre educación fundamental, donde se dan los tres elementos de ella (una elevación del nivel general de existencia, una vida cabal, plena y creadora y una mejor convivencia nacional y universal) hace estas consideraciones que revisten una enorme trascendencia, ya que con un reconocimiento del valor universal y permanente de la educación fundamental: “Esto, claro está, es nada menos que una definición progresiva de los objetivos de la educación. En cuanto persigue esos objetivos, con miras a dar su base a una vida más cabal, **toda educación es fundamental y necesaria a cada hombre, mujer o niño**. Evidentemente, tantas necesidades tienen de ella los ciudadanos de las llamadas “civilizaciones avanzadas” —(productos altamente especializados de la evolución industrial de los hombres, con sus neurosis y sus estados de tirantez

y su ilimitada capacidad para destruirse entre sí y devastar su medio natural)—, como los campesinos analfabetos o los primitivos de las tribus”.

La educación fundamental se refiere a la comunidad como a un todo. Es un concepto más amplio que el de la escuela, sistema pedagógico o cualquiera institución de enseñanza, a los que sólo considera como órganos particulares que contribuyen, en parte, a realizar la función educativa de la comunidad. En las sociedades primitivas en las que no aparece todavía la escuela, es decir, la institución especializada, la comunidad consigue integralmente, por la acción del conjunto social, el objetivo de formar el hombre para su medio y para su época. Ciertamente que el proceso educativo ha pasado ya, con el propio desarrollo de la vida social, de la forma espontánea y difusa que tiene en los pueblos primitivos a la forma organizada y especializada (escuelas) que tiene en las sociedades modernas; pero, también, es verdad que la comunidad nunca podrá llegar con sus instituciones escolares a tan gran amplitud y a tan alto grado de condensación que pueda atenuar en su conjunto a las múltiples influencias de las generaciones adultas (pues son las generaciones maduras las que actúan sobre las generaciones jóvenes). El sociólogo brasileño, Fernando de Azevedo, nos dice que la educación es un proceso social que no es posible comprender con toda claridad si no procuramos observarlo en la multiplicidad y la diversidad de esas fuerzas e instituciones que concurren en el desenvolvimiento de las sociedades. Sólo por abstracción podemos aislarlo del sistema de relaciones y de instituciones sociales y, además, cuando la educación adquiere una forma más definida o una estructura (escuelas, sistemas escolares), no es posible comprender el sistema pedagógico sin colocarlo “en su lugar”, dentro del conjunto del medio social en que se organizó y al cual sirve, como uno de los órganos destinados a asegurar su unidad, su equilibrio y su desarrollo. Todo pueblo

tiene en realidad un sistema cultural y como existe una unidad en cada cultura, ésta debe ser estudiada en su calidad de “todo” y la educación, parte integrante de ese todo y una de las manifestaciones de esa cultura —y de las más importantes, porque está destinada a conservarla en su patrón creador, a desarrollarla y perpetuarla— no puede ser comprendida como un fenómeno aislado, “fuera de la totalidad social de que forma parte”.

La educación fundamental, parte de esos hechos que revelan la naturaleza del proceso educativo y trata de interpretarlos con un criterio contemporáneo.

La educación, tomada en un sentido amplio, que abarca el conjunto de la comunidad y ejerce su acción mejoradora en todos los aspectos de su vida, es, más que una pedagogía, una sociología aplicada, una ética social, una fuerza política, si es que por tal debe entenderse la orientación real, práctica, viva, de la conducta de los grupos y de las instituciones sociales. Las consecuencias que de aquí se derivan son las siguientes (constituyen características fisonómicas de educación fundamental): **sus fines se identifican con las necesidades sociales; su programa es consecuencia de la investigación de esas mismas necesidades; sus métodos descansan en la conciencia y actividad de la comunidad para resolver sus propios problemas, en la iniciativa de sus dirigentes naturales, en el principio de la colaboración y en la coordinación de las instituciones y servicios públicos.** El funcionario de salubridad pública, el agente agrícola, el bibliotecario, etc., obtendrán mejores y más permanentes resultados, si dan a su trabajo un sentido educativo.

La puerta de entrada de la educación fundamental es la educación de adultos. Esta acción debe estimularse y corroborarse en la escuela primaria, pero no quedará confinada en ella. José K. Hart, dice: “En la educación, el problema democrático no es

fundamentalmente un problema de entrenamiento de los niños; es el problema de hacer una comunidad en la cual los niños no puedan sino llegar a ser demócratas, reverentes de los bienes de la vida y entusiastas para compartir las tareas de la época. Una escuela no puede producir este resultado; solamente una comunidad puede lograrlo”.

Cuando la mayor parte de los hombres que constituyen la colectividad se dedican a la agricultura, este hecho imprime una orientación peculiar en las formas de aplicación de la educación fundamental. Tal es el caso de América Latina, en que las tres cuartas partes de su población vive en sus pequeñas comunidades donde la economía rural y agrícola constituye la base de la sociedad. Desarrollar aquí la vida rural es desarrollar la vida de cada país y de toda la América Latina. La educación fundamental es aquí parte integrante del desarrollo de la comunidad rural. La comunidad campesina es, pues, el centro del problema y en su solución reside el porvenir de América. En general, las zonas rurales, aunque comportan enormes problemas, presentan ciertas ventajas para la educación fundamental: permiten trazar un cuadro más claro de sus necesidades y le confieren un contenido de extraordinaria amplitud. Son también más homogéneas. El Doctor Y. C. James Yen, iniciador de la educación de grandes muchedumbres en China, en su visita al C.R.E.F.A.L. dijo que, transitando por los poblados rurales de la zona de influencia del Centro Regional, había perdido el sentido geográfico y le parecía que estaba en su propio país: así de semejantes son los problemas entre su pueblo y los nuestros. Esta gran similitud existe entre las diversas regiones rurales de la América Latina en que concurren otros factores, como el histórico y el social, para hacernos más parecidos. Esto nos ha llevado a una visión común de nuestros problemas. Esta visión certera ya se vislumbra en nuestros grandes pensadores continentales: Hostos, Bello, Justo Sierra, Sarmiento y otros más.

Veamos cómo juzga las cosas el Doctor Luis Reissig:

“Sobre 150 millones en que se puede calcular la población de la América Latina, la mitad es analfabeta y esta población analfabeta ocupa el ochenta por ciento de su extensión territorial. Informaciones de la UNESCO, recogidas de fuentes autorizadas, establecen con mayor gravedad el problema: el analfabetismo en lugar de disminuir, crece en América. Los índices de analfabetismo los son de condiciones económicas, sociales y políticas, funcional o potencialmente pobres. En cuanto estas condiciones: salud, alimentación, viviendas, vestido, higiene, vida familiar, trabajo, producción, regímenes de gobierno y económicos mejoren, el analfabetismo decrece. El analfabeto es un instrumento de conocimiento. Un nivel elevado de relaciones que lleva aparejado un nivel elevado de vida, hace necesario su uso y viceversa. El analfabetismo es un efecto, no una causa. La conclusión que puede sacarse es que para reducir el analfabetismo hay que aumentar el nivel general de vida, que haga indispensable su uso”.

El Doctor Reissig nos traza un cuadro de las realidades sociales y de la inepticia de la escuela frente a ellas, en los siguientes párrafos: “Planteadas así las cosas, se explican muchos de los fracasos de las escuelas primarias rurales, que han basado su labor en el alfabeto, las cuatro operaciones elementales, nociones generales de ciencias, letras e historia y algunas labores manuales. Se crearon con el sano propósito de auxiliar al medio, tratando de inculcarle principios de cultura, en la esperanza de que el niño, futuro ciudadano, se salvaría y simultáneamente salvaría a la patria. Pero su destino fue muy diverso: dependió del atraso o progreso de la zona en que se encontraba, de los intereses a que estaba sujeta, del maestro mismo. El historial de esas escuelas, hecho a veces por maestros e inspectores sagaces, es uno de los capítulos más ricos de nuestra historia. Las

causas de la decadencia de la escuela que se señalaban, eran coincidentes: miseria, enfermedades, hambre, caciquismo, ignorancia, supersticiones, dispersión de la población, emigraciones, aislamiento, falta de recreaciones, inseguridad, carencia de la vida pública. “Estas escuelas están enclavadas en las pampas inmensas y desiertas, en las selvas insalubres, en las altiplanicies desoladas. En los valles, que podrían ser más propicios para la planta humana, la erosión, el cultivo inadecuado, la superproducción, la explotación del trabajo, el régimen de propiedad de la tierra, de los instrumentos de labranza, del mercado o del crédito, hacen nugatorio todo posible bienestar social. Estamos frente a un proceso de debilitamiento de potencial agrícola y de concentración demográfica. Cuando los centros urbanos se encuentran cercados por amplias zonas rurales en aflojamiento, decadencia o retraso, el peligro es todavía mayor; porque es casi inevitable el avenamiento de los mejores elementos de la comunidad rural hacia la capital. Todo esto pide una reforma profunda y general de la vida rural; y tal cosa no la puede hacer la escuela; sólo puede hacerla la sociedad, puesta en vigilia permanente por la educación fundamental”.

Hemos de decir que si en verdad ha privado en América Latina el tipo de escuela descrito (ajeno a nuestra realidad y hecho más bien para clases sociales que no padecen preocupaciones económicas) hay también en ella muy remotos y fecundos antecedentes de otros esfuerzos educativos y sociales que bien podríamos llamarlos de educación fundamental. Nos referimos a los primeros misioneros católicos, que vinieron al continente a raíz de la Conquista, a realizarla en el plano de la conciencia y de la civilización. Ellos crearon pueblos; enseñaron lectura y escritura, la música y la danza, las artes, los oficios, el cultivo de nuevas plantas, la cría de animales domésticos; aumentaron las relaciones humanas, estrechando los lazos de la familia, el trato entre un pueblo y otro;

establecieron normas de conducta y de justicia; todo esto en nombre de su religión, claro está, pero no por esto dejaron de poner los cimientos de una nueva organización social.

Y en el presente, muchos países de América Latina, —no es fuerza nombrarlos— realizan, a través de sus instituciones educativas (como las Escuelas Rurales, los Núcleos Escolares, Las Misiones Culturales, las Normales Rurales y Escuelas Prácticas de Agricultura) trabajos que se relacionan muy estrechamente con el programa de la educación fundamental.

En México, a partir de 1921, se ha ensayado la educación rural con un espíritu social más que pedagógico. Así lo comprueban las siguientes ideas que expresó el profesor Moisés Sáenz (sin duda el máximo exponente de la doctrina de la escuela rural) en su libro *México íntegro*, editado en el Perú: “La Revolución Mexicana, movimiento inaplazable que exigió soluciones y resultados inmediatos, trasladó la finalidad escolar del futuro al presente. Pese a su característica función de preparar la generación del mañana, de proyectarse conservadoramente en el futuro, la escuela en México ha tenido que entenderse con la gente de hoy. No fue tarea sencilla romper con la tradición pedagógica; tan difícil fue, que en cierto sentido la Revolución hubo de crear su propia escuela: la escuela rural, plantel que reconoce que sus primeras obligaciones son para el presente, más que para el futuro. Esta escuela tiene obligaciones con la actual generación adulta y por esto ha subrayado el aspecto sociológico en la función educativa, que antes era esencialmente pedagógica y formal. Los maestros seguirán enseñando; los gobiernos seguirán pagando escuelas. Esfuerzo y dinero se perderán como en un tonel sin fondo, a menos que no haya un programa educativo más pleno y de mayor alcance y una filosofía social que obligue a la escuela a proyectarse definitivamente en la comunidad”.

Superando, pues, esa etapa intrascendente en que la escuela olvidó sus tareas por refugiarse en sus métodos, la educación fundamental reanuda en América Latina la tradición cultural de los que pusieron los cimientos de una nueva civilización.

Capítulo II

PRINCIPIOS

Vamos a analizar algunos principios, ideales o valores de la filosofía social que sirve de guía a la educación fundamental. Aclararemos que el término principio no tiene aquí la significación de postulado que fundamenta la demostración de una doctrina, sino el valor de una idea que pueda servir de orientación en la acción práctica; pues la educación fundamental no es una teoría que se enfrenta a otras teorías, sino una respuesta activa a una real y angustiosa situación del mundo. En el capítulo siguiente, nos ocupamos de los fines, ya que éstos son una consecuencia de la concepción que se tenga de la obra educativa.

- I -

Los ideales sintetizados en las palabras libertad, democracia, paz y justicia social, serán el punto de partida y el de llegada de la educación fundamental. Los ideales de libertad, paz y democracia, como principios de convivencia del hombre, se han enriquecido con el de justicia social, pues sin ésta es imposible alcanzar aquellos que son el desiderátum de nuestro tiempo.

Siguiendo uno de los métodos de estudio, tan propios del CREFAL, el de la aportación de ideas en las reuniones de Mesa Redonda, haremos concurrir sobre estos temas, con sus particulares puntos de vista, a un historiador, a un antropólogo y a un psicólogo, todos de insopechada buena fe y reconocida competencia.

Erich Kahler, como resumen de su mirada directa de la historia universal del hombre, nos dirá que el progreso humano se ha movido cada vez más en dirección

de la colectividad. En el momento mismo que el hombre terminó de formarse, comenzó el esfuerzo por establecer un orden colectivo. La evidente necesidad de limitar las anárquicas luchas por el poder entre individuos y dinastías forzó a los hombres hacia el Estado y la organización internacional. Así la comunidad humana cambió más y más desde la especie hasta la colectividad, desde una comunidad íntima, espontáneamente determinada por el nacimiento y la tradición hasta una comunidad externa, conscientemente creada, que consiste en la colaboración y la organización.

Clyde Kluckhohn, que ha sacado valiosas conclusiones de su estudio de las culturas, aportará su visión de antropólogo: “Si estudiamos los acontecimientos humanos desde una perspectiva que sea suficientemente amplia en espacio y suficientemente larga en tiempo, no puede haber ninguna duda de que existen ciertas tendencias generales en la historia. Una de esas tendencias persistentes es la de hacer cada día mayor el tamaño y la extensión en espacio de las sociedades. El antropólogo difícilmente pondrá en duda que con el tiempo, habrá, en cierto modo, una sociedad mundial. El encogimiento del mundo hace que sea imperativo que los diferentes pueblos se comprendan y se respeten”.

Y Alfredo Adler, el psicólogo social, como producto de sus largos años de investigador, aportará esta idea de la vida: “No queremos afirmar que exista algún impulso dado que desde un principio puede determinar todo en la vida, por el mero hecho de desenvolverse, sino que existe un algo innato inherente a la vida: un afán, un impulso, un desarrollarse, un algo sin el cual sería imposible en absoluto imaginársela. Vivir quiere decir evolucionar. Si queremos comprender en qué dirección progresa la vida, no debemos apartarnos de este camino de la evolución, de este proceso de continua adaptación activa a las exigencias del mundo. Nos hallamos flotando en la corriente de la evolución

sin darnos cuenta de ello, como tampoco nos percatamos del movimiento de rotación de la Tierra. En este enlace cósmico, del que la vida del individuo es una parte, la tendencia hacia la triunfante adaptación al mundo es una condición necesaria. La evolución de nuestra especie no habría sido posible si la humanidad no se hubiese constituido en una gran comunidad, y, en su afán de perfección, no hubiese aspirado a una comunidad ideal. Esto se expresa en todos los movimientos, en todas las funciones de una persona, prescindiendo de si ésta llegó o no a encontrar esta orientación en la corriente de la evolución caracterizada por el ideal de la comunidad. Podemos probar el hecho de que al llegar al mundo no encontramos en él sino aquello con que nuestros antepasados han contribuido a la evolución y al progreso de la humanidad. Ya este mero hecho bastaría para ilustrarnos sobre el modo de fluir de la vida y sobre la manera como nos acercamos a un estado en que cada vez son mayores las aportaciones al bienestar común, en que la capacidad de cooperación crece de día en día y en que el individuo se siente, en mayor grado que antes, como parte de una totalidad”.

Estas son las opiniones de tres hombres representativos de la ciencia. Cada uno de ellos, desde sus particulares campos de trabajo, llegan a la misma conclusión: a identificar en el desarrollo de la vida y la sociedad una tendencia persistente: la necesidad de una mejor convivencia del hombre.

La democracia tiene su origen y su fin en esta necesidad de humana convivencia; a diferencia de cualquier otra forma política, la democracia se basa en la actividad común, en fines e instituciones comunes de individuos iguales que actúan de manera coordinada; por esta razón, impone virtudes de carácter colectivo: el espíritu público, la solidaridad social, la reciprocidad y la colaboración.

Los ideales democráticos han formado la experiencia común de todas las civilizaciones que registra la historia, pues tenemos que admitir que en los pueblos más antiguos hubo formas de comunidad que guardan cierto parecido con la democracia. Sin embargo, la democracia, según las nuevas ideas y necesidades, no es algo que se haya establecido en el pasado; no la conoció plenamente Grecia (a pesar de los grandes progresos realizados políticamente), ni Roma, ni la época feudal de la Edad Media, ni el período que se inicia con la Revolución Francesa. Aunque la democracia es una fuerza histórica, para que esta fuerza se pueda utilizar, es necesario desarrollar una gran conexión histórica: ajustarla a las nuevas ideas filosóficas, a los nuevos hechos sociales, a las transformaciones radicales que pide un nuevo orden más humano.

Las libertades humanas, el respeto a la individualidad, a los derechos y a la dignidad de la persona, la igualdad en lo político y social, el reparto equitativo de los beneficios del trabajo, la educación y la cultura, por ser elementos que aseguran la buena convivencia, son los medios de que se vale la democracia para subsistir y conseguir sus fines. La paz social no es un *a priori* político, es la resultante del buen funcionamiento de un régimen de organización pública que satisface las necesidades y las aspiraciones del pueblo. Sería tanto como pretender tapar el sol con un dedo, no reconocer que el elemento que da mayor vigor al espíritu democrático es el principio de su transferencia o expansión del sentido puramente político al social y cultural y por encima de todo, al económico, que por su reconocida importancia alienta como una tendencia incontrastable de la época.

Nuestros países latinoamericanos han surgido de un núcleo de aspiraciones democráticas y han conservado este impulso a través de los años y a pesar de todos los intentos de perturbación o supresión que por

momentos han padecido. Podemos decir, sin abrigar la menor duda, que todos los países nuestros han encarnado estos ideales en su propia historia; que la libertad, la democracia, la paz, la comprensión universal y la justicia social están incorporadas en nuestra propia evolución cultural. La historia de nuestras luchas, desde la Independencia, es un mismo proceso de liberación, no importa la forma de manifestarse, que es obra de las circunstancias que han vivido cada uno de los pueblos. Así por ejemplo, si el campesino mexicano era la clase más oprimida y explotada de la población, es comprensible que la liberación económica asumiera en México la forma de una teoría agraria.

Pero en verdad que no sólo estamos frente a ideales que se han de realizar sin ningún estorbo para lograrlo; estamos, ésta es la realidad, frente a problemas democráticos, es decir, frente a todo aquello que impide que se ponga en ejecución en forma cabal el sentido de la democracia. Evidente es que para que la democracia asegure plenamente el bienestar humano, tiene que dar una respuesta satisfactoria no sólo al problema de la libertad, sino al de la justicia social, que demanda el mundo. La razón es que al pasar de una economía de escasez inevitable a otra de abundancia material, gracias a la producción técnica, se han creado nuevas condiciones sociales. En verdad que la técnica ha elevado notablemente el nivel de vida, por lo menos en los países más afortunados, pero también es verdad que no ha resuelto el problema sino en una mínima parte, ya que, como se ha podido comprobar, tres cuartas partes de la población del mundo sufren hambre, enfermedad y miseria. De esta manera, la distribución desigual de los bienes de este mundo entre una minoría privilegiada y una mayoría desfavorecida ha sido transformada por las últimas invenciones técnicas del hombre occidental, de mal intolerable en intolerable injusticia. Esta mayoría abrumadora, que está desfavorecida, cobra cada vez

más conciencia de su situación y se impacienta cada vez más en ella, como bien lo reconoce el historiador cristiano de nacionalidad inglesa, Arnold J. Toynbee.

Nuestros grupos de población errantes por las márgenes de los grandes ríos, o soterrados en la mina insalubre; nuestros pueblos agricultores, asentados por lo general en la tierra ajena, como en un campo de concentración, demandan de la democracia esta misma solución justiciera que no podrá diferirse por mucho tiempo.

En el terreno del derecho internacional mucho habrá que hacer también para que la democracia universal sea efectiva y mire por el bien social de los pueblos y no por el interés comercial de las empresas industriales. Con un derecho imperialista basado en el sentido jurídico lockeano de la propiedad y el comercio, que supedita las necesidades y derechos humanos a los intereses particulares, los recursos naturales de los pueblos atrasados no servirán sino para incrementar la corriente de bienestar fuera de sus fronteras. De sus riquezas no alcanzarán sino el salario de hambre y cuando mucho los donativos que, con gesto de beneficencia, otorguen los empresarios extranjeros para el sostenimiento de algún servicio público que además se les ha de agradecer.

Para operar, pues, el cambio fundamental que la democracia ha de encauzar en corriente tranquila, es preciso poner a contribución todos los factores sociales, entre los cuales cuenta el de la educación, democracia universal. Creer que el factor educativo lo puede hacer todo, es una ingenuidad. Pero también es una ingenuidad aceptar que la educación nada puede hacer. La educación, como factor que se conecta con otros en el organismo social, tiene su parte en esta tarea, máxime cuando se trata de problemas que no sólo se plantea en el terreno económico, sino en el terreno ético-social, o sea en el de las relacio-

nes humanas, por lo mismo que entraña un cambio en la actitud del hombre.

De esta forma, la educación fundamental, nacida de la vida del pueblo, hace de los ideales democráticos sus propios fines, vuelve al pueblo como un bien que le pertenece.

Por esta razón decimos que los ideales y problemas democráticos son punto de partida y de llegada de la educación fundamental.

- II -

La educación, en general, está condicionada por el ambiente físico y social en que se desarrolla, así como por el pasado histórico, tradiciones y genio propios de cada pueblo. La educación fundamental debe nutrirse de estas fuentes e insertar en sus fines los fines nacionales, regionales y locales, haciendo con ellos un todo congruente acorde con los ideales continentales y mundiales.

La educación se desarrolla siempre en función del medio, porque está ligada vitalmente a él, como el hombre mismo, que es sujeto y objeto. Esto nos lleva al concepto de hombre y medio, que no entraña una dualidad. El hombre y su circunstancia constituyen un todo, una síntesis vital creadora. Esta doble función de exósmosis y endósmosis entre el medio el hombre, constituye la vida misma. Si en muchos respectos se puede decir que el hombre es un producto de su mundo, también se puede afirmar que el mundo es un producto del hombre que en él vive. El mundo en que el hombre vive y actúa, está hecho de elementos tan íntimamente combinados orgánica y funcionalmente, que sólo el análisis intelectual podría separarlos en tres categorías: los factores del medio físico, las circunstancias sociales y el fondo cultural del grupo, o sea su historia. Para los antropólogos, la

cultura abarca los aspectos del pasado, que siguen viviendo en el presente; es decir, la parte de su historia que es todavía una fuerza viva y que, por lo mismo, está incorporada en la cultura.

La educación fundamental parte siempre del medio natural y humano con que cuenta. Como no hace abstracciones en el vacío ni se forja imágenes *a priori*, no concibe un arquetipo ideal al cual el hombre real y concreto debe aproximarse, sino que trabaja sobre el ser vivo para mejorarlo en todo lo posible, teniendo en cuenta sus condiciones actuales e inmediatas de existencia. Le interesa el hombre tal como lo encuentra, dice con expresión vigorosa el maestro Reissig.

Si ayuda al hombre, guiándolo, en la solución de los problemas que le plantea el vivir inmediato, fácilmente se deducirá que no tiene un programa preconcebido, trazado detrás de un escritorio, sino que toma su plan de las mismas condiciones y del mismo hombre que se propone mejorar. En el ser del hombre y de su comunidad, está preformado el deber ser, que es su mejoramiento. Pero si la educación fundamental no tiene un programa trazado de antemano, sí cuenta con principios funcionales que la guían en la formulación de sus programas. Como en esta educación los factores específicamente determinados por el ambiente adquieren una importancia primordial, la investigación de ellos y su interpretación adecuada, son los hechos que sirven de base al programa.

En el caso concreto de nuestros pueblos rurales, la educación fundamental, al centralizar su programa en la comunidad misma, se erige de hecho en parte integrante del desarrollo de la vida en toda la comunidad.

Educación fundamental y elevación del nivel general de vida se acompañan siempre. Pero es muy importante distinguir y esclarecer la relación que existe entre lo

uno y lo otro. Para ilustrar mejor la explicación, refirámonos concretamente a la elevación de las condiciones económicas de la comunidad. Por sí misma, no implica una recíproca mejora educativa, sino contar simplemente con más posibilidades de educación. Es muy posible que el nivel material ande muy arriba y el hombre con sus otras necesidades vitales se haya quedado muy abajo. El elemento educativo, en este caso, no ha intervenido en nada. Existe y opera, cuando el hombre y el grupo se elevan con su nivel económico, de modo semejante al albañil que se alza con su propia obra material. Cuenta, pues, para la educación fundamental, más que el mejoramiento de las condiciones de vida, el cambio de actitud del hombre en relación con este hecho. Si el mejoramiento económico no se le ha regalado (peligrosa dádiva), ni se le ha impuesto desde fuera, sino que ha surgido internamente de la propia necesidad y convicción y por conquista del esfuerzo personal; si trasciende su influencia hacia la satisfacción de otras necesidades de la existencia (que no sólo de pan vive el hombre), entonces sí podremos decir que se ha integrado plenamente el proceso de mejoramiento económico, espiritual y social.

Podrá haber incontables casos en que la actitud y el esfuerzo individual o de la comunidad aislada no puedan conducir por sí solos a un mejoramiento de las condiciones de vida y que sea preciso recurrir a otras medidas de mayor eficacia para conseguirlo, pongamos por caso, la ayuda del Gobierno. Ni en caso semejante el elemento educativo pierde su valor, siempre que la gestión de ayuda parta del pueblo y sea un paso necesario en la consecución de un proyecto ya maduro. Podría haber también casos en que el marco político y social no permitiera al trabajador del campo mejorar su situación de existencia. Esto dejaría destituido el esfuerzo de la educación fundamental, por tratarse de un cambio en el marco social y político, que sólo pueden operar otras fuerzas.

Sin embargo, sea que el cambio surja del pueblo, como suele suceder, o que lo reciba el pueblo del Gobierno, si la educación fundamental trabaja en la raíz del hombre, podrá ayudarle en uno y otro caso para que esté mejor preparado en relación con ese cambio de cosas. Hemos de decir empero, que la educación fundamental, según lo ha expresado claramente la UNESCO, debe desenvolverse en el marco de las circunstancias políticas y sociales con que cuenta un Estado Nacional, lo cual está acorde con el principio que venimos desarrollando.

Nos hemos referido en los anteriores párrafos, más que todo, al bienestar económico del individuo y de la comunidad, mediante, claro está, el trabajo y la explotación de los recursos naturales, que son las fuentes de riquezas que proporciona el medio rural.

Mas como la educación fundamental abarca un programa más amplio, nos ocuparemos ahora de otros aspectos, no menos importantes en la vida de la colectividad rural, ni desvinculados del económico, como son los que se refieren de una manera más concreta al fondo cultural, cuyos rasgos habrá que conocer si se desea realmente operar transformaciones benéficas sobre la vida de los pueblos. Pues todos ellos por efecto de múltiples factores que se combinan de modo peculiar, como son los distintos medios físicos, los diferentes orígenes históricos, las diversas situaciones que han pasado, etc., han desarrollado una cultura propia.

La educación fundamental parte de este hecho y lejos de hacer tabla rasa del pasado histórico de una colectividad, conserva y desarrolla lo bueno de su sabiduría, creencias, arte, costumbres y aprovecha los antecedentes culturales del grupo para conseguir sus fines. Profundas razones abonan este modo de proceder. Desde luego, esto equivale a tomar al grupo en el lugar que ocupa en la historia y, sin solución de continuidad, conectarlo con su evolución en

el presente. Por otro lado, nada conseguirá en firme la educación fundamental si no parte de un profundo conocimiento de la cultura del grupo. Por esto, es forzoso admitir que los métodos de la investigación antropológica y no los de la psicología, constituyen el cimiento informativo de la educación fundamental. Por reconocerlo así, autorizamos algunos puntos de vista en las opiniones de los destacados antropólogos que cita y resume C. Kluckhohn: "Una cultura es un sistema de pautas de acción, relaciones y valores que determinan la conducta y los ideales de la gente; viene a ser, digámoslo así, una especie de plano para todas las actividades de la vida del grupo, aun de aquellas que por su naturaleza, parecen muy alejadas de lo subjetivo, como los fenómenos físicos. La respuesta del hombre —dice Kluckhohn— no es nunca a hechos físicos brutos como tales, sino siempre a los hechos que han sido definidos en términos culturales. Para un pueblo que no sabe trabajar el hierro, la presencia del mineral de hierro en el territorio que habita no es, en ningún sentido importante, un 'recurso natural'".

Todas las culturas oponen resistencia a la penetración de rasgos nuevos que no tengan afinidad con sus patrones. Por lo que mira a las culturas aborígenes de América, Franz Tamayo expresa esta opinión: "El indio quiere con la misma constancia con que perdura. Su permanencia en el espacio está de acuerdo con su voluntad en el tiempo y esta manera de concebir la psicología del indio explica muchas cosas de su vida y muchos puntos de su historia. Ésta es la causa por la que el indio se ha conservado como es, a pesar de las influencias extrañas. Porque él, como todas las grandes razas, es un conservador, es decir, que en la congregación de la vida, se prefiere a sí mismo y prefiere su propia ley de vida a cualesquiera otras, teniendo como tiene una especie de noción subconsciente de su verdadera superioridad. Desconfiemos de la superior personalidad de una raza que se diluye fácilmente en otra. Como tampoco nadie ha hecho por

quitárselas, el aymara guarda sus costumbres, sus métodos, sus tradiciones, su dieta, su lengua, su grande y asombrosa lengua que es como un castillo de piedra en que se encierra su rudo y personalísimo espíritu”.

La persistencia de la mentalidad india se nos revela en sus industrias, en sus costumbres, en los vestigios de muchas instituciones primitivas, en muchas manifestaciones artísticas.

Ya se podrá juzgar lo que significa para la educación fundamental el conocimiento de los patrones culturales de un pueblo, si se confrontan estas observaciones de nuestro antropólogo ya citado: “Podríamos ver, por ejemplo, que los primitivos hacen resaltar lo estable y lo sagrado, en tanto que nuestras ideas han sido conformadas por el deseo de asimilarnos a lo ajeno, de mejorar, de estar al día. Así hemos llegado a pensar en la educación como un instrumento para crear algo nuevo y no simplemente para perpetuar lo tradicional”.

Esto explica el que, en algunos grupos, la rueda sea rechazada por extraña a su cultura. Ésta es la razón por la cual muchas prácticas e innovaciones encuentran obstáculos para que la gente las incorpore en su vida.

Todas las comunidades manifiestan, pues, cierta tendencia a resistir las interferencias extrañas, pero es también un conocimiento que debemos a la antropología moderna el de su plasticidad, que las hace susceptibles de cambiar. Estos cambios serán menos perturbadores y más permanentes si se hacen desde dentro, paulatinamente; si son fomentados por dirigentes naturales de la comunidad y si se parte de las instituciones ya establecidas para efectuar cualquier reorganización social.

La UNESCO, por todas estas razones, respeta la

individualidad de las diversas culturas y su derecho a existir y desenvolverse como una consecuencia de su política liberal.

No es equivocado su proceder. La uniformidad cultural sería algo imposible, e inconveniente, porque privaría a la humanidad de la riqueza que le proporcionan los diversos modos de ser y existir de los pueblos. Ningún país podría imponer su cultura a todos los demás, ni hay una en particular que pueda aceptarse como definitiva y la mejor para todos los países. Por lo demás, la diversidad de culturas no puede ser un obstáculo para establecer un orden mundial que asegure la paz; por lo contrario, su aniquilamiento en gracia de una cultura uniforme, sería una fuente de incompreensión entre los pueblos.

Todas las culturas tienen elementos comunes entre sí, principios éticos que, por representar valores humanos, son universales. Toca pues a la educación fundamental identificar y fomentar esos principios que, por ser comunes a todos los hombres en todos los medios, habrán de sustentar la inteligencia internacional.

Esto es inaplazable. El encogimiento del mundo por los medios de comunicación, hace que sea imperativo que los diferentes países se comprendan y se respeten. Pero hay un hecho en apariencia paradójico a este achicamiento del planeta y es que el mundo, como lo mira Ortega y Gasset, crece a la vez con él y en él, la vida. Ésta, de hecho, se universalizó. Es decir que el contenido de la vida en el hombre es hoy todo el planeta, porque cada individuo vive ahora en todo el mundo.

El hombre, por su margen de libertad, hemos dicho que rebasa el medio, lo convierte en una creación propia. Esto se debe a que el hombre, a diferencia de las demás especies biológicas, más que por el

medio, se modela por el fin. Mucho más que por lo que ya existe, por lo que todavía no existe: los ideales de vida.

Nunca, después del Renacimiento, estos ideales de universidad han cobrado tanta fuerza como en el presente. La cultura de América, al sumarse a esta aspiración del mundo, revive, superándolo, aquel ciclo histórico de su integración del planeta, por su descubrimiento para el orbe antiguo. Alfonso Reyes, en su *Ultima Tule*, nos dice que en cuanto el continente asoma la cabeza, los filósofos y hombres de acción, piden al Nuevo Mundo un estímulo para el perfeccionamiento político; los misioneros miran en él un posible campo donde realizar una justicia más igual, una libertad mejor entendida, una felicidad más completa y mejor repartida entre los hombres, que más tarde su misma condición colonial lo ha obligado a buscar fuera de sí mismo las razones de su acción y de su cultura, lo cual lo ha dotado de un precoz sentido internacional, de una elasticidad envidiable para concebir el vasto panorama humano en especie de unidad y conjunto. Su propia integración interior lo apartan de todo espíritu exclusivista y estrecho. La laboriosa entraña de América Latina ha absorbido por igual el indígena, el africano, el europeo, el nuevo inmigrante y esto ha dado origen a una humanidad americana característica, a un modo de ser americano, a una mentalidad que —a la vez se arraiga a nuestras tierras— tiene una visión de lo humano más universal. Tal es la verdadera tradición de nuestros pueblos, en que hay el deber de existir.

Los ideales democráticos, tal como los hemos formulado en el principio anterior, nos enlazan, por igual, con el orbe sajón americano que con todo el mundo. Cultivar esos ideales es obra del civismo internacional que nos concierne. Sólo que habrá que partir de donde se está, de lo que más concretamente se tiene, o sea de la comunidad local.

En verdad, la comunidad universal no será sino una ilusoria expresión si no se funda en una acción adecuada, sobre un área que pueda influir de modo efectivo. Nuestros pueblos latinoamericanos necesitan lograr una mejor integración de los elementos que forman cada nación. No aludimos al nacionalismo, que es el nombre de una deformación europea acarreada por el industrialismo y sus presiones demográficas. Nos referimos a la realidad americana, a la nación concebida como una comunidad de relaciones humanas, donde los derechos del hombre y la sociedad y los ideales universales, están consagrados e imponen tareas y deberes a sus miembros.

- III -

La educación fundamental es educación social por excelencia: es educación de la comunidad, no de las masas. La masa es armonía y carece de sentido orgánico; la comunidad implica sociabilidad, organización y estabilidad, por rudimentaria que sea. En la masa se pierde la individualidad, en tanto que en la comunidad se destaca y fortalece.

En el lenguaje común y corriente, masa equivale a cantidad, volumen, conjunto, reunión o pluralidad de personas. Ésta es una simple y llana acepción de diccionario, sin trascendencia para nuestro estudio. Lo que sí es de suma importancia esclarecer, es la confusión en que a menudo se cae al usar la palabra masa como sinónimo de pueblo, comunidad o sociedad. Masa, hombre-masa, son conceptos sociológicos que corresponden a una realidad tangible del mundo contemporáneo, que es producto de las necesidades impuestas por la producción técnica en gran escala, principalmente. La división del trabajo, que es la forma de organización de la gran industria, ha llevado a la excesiva especialización, a la tarea individual que es una mínima parte de la operación de conjunto. Esta división del trabajo ha pulverizado tanto la obra del

hombre —millares intervienen en la fabricación de un producto— como su propia personalidad. El trabajo especializado, absorbente, mecánico, monótono, no interesa ni pone en actividad todas las facultades del hombre, ni siquiera algunas de las importantes, como su poder de iniciativa y creación, sino que requiere y desarrolla únicamente habilidades parciales y periféricas de adiestramiento manual. El trabajo ha perdido su calidad humana, al dejar de ser obra individual, plena de propósitos, responsabilidad y sentido social, para convertirse en la tarea ejecutada en masa, sin entusiasmo, sin celo, es decir, sin la intervención de las cualidades espirituales de la persona. A esto hay que agregar que el trabajador de la industria, por la naturaleza de su oficio, la mayor parte del tiempo está aislado del mundo, sin tener relaciones vivas con otras personas. Es verdad que trabaja en grupo, asociado su esfuerzo al de otros obreros, pero esta agrupación es mecánica, se reduce a una simple y necesaria coordinación de fuerzas y movimientos maquinales. Esta segregación de una amplia y viva convivencia social no queda compensada, suficientemente, con la participación del obrero en la actividad sindical; pues aunque ésta es una forma de solidaridad, su eficacia radica precisamente en la medida en que encuentra su esfuerzo en sus particulares fines, que distan mucho de abarcar todos los intereses de la sociedad en general.

En resumen, la disolución del individuo que impone el trabajo, la pérdida de la idea de conjunto de la obra que realiza, la falta de percepción de sus consecuencias sociales, el vivir en ciudades populosas y demasiado complejas, aislado en medio de ellas, la jornada abrumadora y el bajo salario, que no dejan tiempo ni tranquilidad para participar en la vida colectiva y disfrutar de los bienes de la cultura, todo ha contribuido a formar esa pluralidad de seres en quienes las condiciones deprimentes del trabajo han borrado los perfiles de la personalidad y roto los lazos que los unía con la sociedad en general.

Estos millones de seres solitarios, confundidos y llenos de temor, desligados de la sociedad, sin más apoyo que el propio, bajo el vasto firmamento, son incapaces de recorrer por sí solos los caminos de la vida. Por esta razón, cuando una doctrina u orden social les ofrece seguridad y protección, no importa cuál sea su precio, ciegameamente se acogen a ellos, como a tabla salvadora. Todos los regímenes totalitarios lo son de masas, es decir, de pluralidades sin individualidad, fácilmente ganadas por la propaganda. No hay cosa más opuesta al nazismo que la tesis del individualismo. Kahler cita estas palabras de Ernst Jünger, uno de los filósofos del nacionalismo alemán: “Está pasando de moda insistir acerca del valor de la persona, de la dignidad humana, del individuo; el amor burgués de los placeres y el querer que la existencia tenga un significado, es un lujo que nadie puede permitirse de ahora en adelante”.

Guerra a muerte sufre la individualidad no sólo frente a estas fuerzas diversas desatadas para anularla, sino aún en el seno de las sociedades que la consagran como un elemento primordial de equilibrio, entre los dos polos de un mismo proceso; pues como dice Sirjamaki, “la cultura considera el individualismo como un valor social básico, pero pone obstáculos abrumadores para su realización”. Y sin embargo, nuevamente en la historia, como en la era cristiana, aunque de manera distinta en el presente, la individualidad se enfrenta con el problema de la universalidad, al ponerla de cara ante la necesidad de la comprensión mundial y la integración del alma humana.

Por otra parte, la democracia, como forma política y social que responde a estos principios ideológicos y morales de la vida actual, tiene su apoyo en la libertad de la persona, que en forma consciente y responsable acepta la participación en los fines colectivos.

Este problema lo confrontan las democracias en el seno de las sociedades altamente industrializadas, principalmente en las grandes urbes. Mucho sin duda, podrá hacer la educación fundamental en estas áreas en favor de las masas obreras, si no para cambiar las condiciones en que ejecutan su trabajo, lo cual es cosa de una reorganización de los sistemas de producción, por lo menos para sacar al individuo del estrecho horizonte de su oficio, estimular en él una actividad creadora y ligarlo de algún modo a los fines de la comunidad social.

No es éste, por cierto, el problema de América Latina. Nuestra realidad no es de masas, por lo mismo que nuestra economía no es industrial; nuestro panorama es de pueblos, culturas integradas, comunidades rurales, que es cosa muy distinta.

Cuando en nuestro ambiente se dice educación de masas, por educación del pueblo, debe entenderse que se trata de ciertos medios y procedimientos que se ponen en práctica entre grupos numerosos de población, a veces porque se carece de un personal suficiente que preste el servicio.

Este mismo significado tuvo la “educación de masas” en China. Así lo explicó en el Centro Regional en conferencia reciente, el Doctor James Yen, que fue el creador de dicho movimiento. El Doctor Yen tuvo que resolver en su país el problema que le planteaba la numerosa población y la escasez de dinero y de profesionales, con la adopción de un sistema de personal voluntario o monitores sociales que —previamente preparado por los pocos maestros con que se contaba—, multiplicaba el esfuerzo de éstos. El uso del cine, la radio, la prensa, etc., fueron también medios que se emplearon para proporcionar información y conocimientos a grandes conjuntos. Él dijo que los problemas chinos tenían que atacarse por métodos chinos, adecuados a la realidad. Pero China, a pesar

de su densidad enorme de población, no constituye una masa, sino un pueblo de secular cultura y resistente estructura social. La aldea rural es la base de la vida en China. Los rasgos fundamentales de la vida nacional se han desarrollado y perpetuado en la aldea. Las observaciones hechas por un norteamericano sobre la vida en estas villas, nos descubre su homogeneidad: "Los habitantes están haciendo exactamente lo que hicieron sus antepasados, nada más, nada menos, nada distinto. Cultivan los mismos campos, de la misma manera (si bien algunos cultivos son modernos); van a los mismos mercados, en el mismo orden invariable, compran, venden y usan los mismos artículos y se casan de acuerdo con las mismas costumbres". La solidaridad de la familia y la aldea se ha formado en el culto a los antepasados que tiene más significado social que religioso. Como resultado natural, el comportamiento social está regulado y controlado por las tradiciones y las costumbres.

La comunidad implica sociabilidad, organización, estabilidad y continuidad, hemos dicho. Si tratamos de captar en esencia lo que es una comunidad, tendremos que destacar estos dos elementos en que basa su sistema de relaciones: que tiene una conciencia de grupo y que es capaz de actuar como un todo. Esto es verdad hasta en las comunidades menos desarrolladas. En éstas, la cohesión y la cooperación del grupo no es muy consciente, pero no por esto es menos vigorosa. La educación fundamental, que es educación social por excelencia, hace consistir su acción, de manera primordial, en estimular una amplia conciencia de la comunidad ante los problemas de su vida y una mejor organización del esfuerzo de sus miembros para buscarles solución mediante formas adecuadas de cooperación social.

- IV -

La educación fundamental, por definición es educa-

ción integral de la comunidad, no sólo porque comprende en su acción a todos los componentes (hombres y mujeres; adultos y menores; el hogar, la economía, la recreación, la salud, la alfabetización) sino porque comprende también sus angustias y alegrías, sus ambiciones y anhelos: ese algo intrínseco que llamamos el alma o espíritu del pueblo.

Un principio de integración del hombre y la sociedad rige todo el campo de la educación fundamental.

La primera consecuencia práctica es que abarca a todos los sectores de la colectividad, sin excluir edades, ni sexos, ni condición social. Una estratificación de las edades, o la atención de una sola, que suele serlo la niñez, rompería la unidad de la vida rural, que solidariamente comprende a todos y a todos compete.

La educación no es, según se ha admitido, un simple proceso de herencia social que, por venir del pasado, tiende a conservar inalterables las pautas de vida que con éxito han aplicado antes; la educación es, por el contrario, una fuerza que, si en verdad contribuye a la supervivencia del grupo, es renovándolo y haciéndolos apto para las nuevas necesidades y los cambios de existencia colectiva. Este proceso vivo y dinámico se realiza en virtud de dos generaciones: la de los adultos que ejerce una acción portadora, transmisora y renovadora de la experiencia social y la de los niños, que por su propia naturaleza en formación, tienen que vivirla según los estímulos del ambiente, contribuyendo en la reconstrucción social sólo en parte, de acuerdo a sus posibilidades.

La educación fundamental considera que el ambiente cultural de una comunidad lo forman los adultos, por su experiencia madura, por ser las fuerzas constructivas del medio y porque las instituciones sociales son creadas y dirigidas por ellos.

Ha sido muy socorrida la tesis que sostiene que los adultos representan el pasado en la educación y los niños el futuro; que ellos representan las tendencias conservadoras y éstos, las innovadoras. En verdad, en las sociedades primitivas, la ley de los ancianos cuenta por mucho, pero esta ley ya está sujeta a las modificaciones que le impone la generación vigente, que es la de los adultos en pleno vigor.

Entre los ancianos y los niños, frecuentemente ha pasado inadvertida esa generación intermedia en turno que es la de los adultos; como también ha sido muy frecuente que en la educación sólo se hayan tenido en cuenta el pasado y el futuro, con omisión de esa única realidad temporal que es el presente.

Aunque es verdad que la educación de los adultos nunca ha sido una necesidad tan apremiante como hoy, ni ha sido nunca enfocada con tan vigorosa voluntad como en el presente, la educación fundamental no descuida la formación de los niños, pues parte de esa relación recíproca, de esfuerzo mutuo, que hay entre las dos edades en juego.

El sentido práctico aconseja desde luego, que para asegurar los mejores resultados educativos en una comunidad, es preciso abarcar todas las edades en una acción común. Lo cual implica que, además de los adultos, deben participar adecuadamente los niños y jóvenes en la vida activa de la comunidad.

El educador norteamericano Eduardo G. Olsen, nos cuenta que en un programa de radio se presentaron cuatro estudiantes de secundaria de diferentes partes de los Estados Unidos. Estos jóvenes discutieron sus problemas del futuro con gran inteligencia. Durante la parte interrogatoria, el adulto que dirigía el programa preguntó a estos jóvenes representantes: "¿Qué es lo que ustedes desearían que nosotros, los mayores hiciéramos? ¿Qué podemos hacer para ayudarles a resolver sus problemas, a los que se enfrentarán en el

futuro?” La respuesta fluyó sin vacilaciones: vigorosa, justa, casi suplicante en su sinceridad: “Que nos deje trabajar con ustedes, ahora, en la solución de sus problemas. Sus problemas actuales son parte de los nuestros del futuro. Que no se nos haga esperar a que seamos de utilidad. Podemos ya hacer algunas cosas”. Y concluyó con esta reflexión: “No debemos olvidar cómo otros países han aprovechado las energías de la juventud, encauzándolas hacia los propósitos de carácter nacional (en la medida y forma en que lo pueden hacer), mientras nosotros hemos obligado a nuestros jóvenes a que se estanquen en espera del día en que sean considerados suficientemente grandes para trabajar con los adultos en los proyectos que afectan al bienestar común”.

La educación fundamental tiende a borrar asimismo, las distancias sociales que a veces existen entre el hombre y la mujer, a causa de su diferenciación de sexos. Si se tomara ésta en forma comprensiva, la función específica que en la vida desempeña la mujer, la de ser madre, sería ya motivo suficiente para guardarle respeto y consideraciones. Pero además, la mujer es compañera del hombre, en su vida y en su trabajo, lo cual viene a situarla en un plano de equidad, con derechos iguales; derivándose de aquí obligaciones morales para el hombre, que obligan a la comprensión, al trato digno y a concederle su lugar en las diversas actividades de la vida social.

En algunos grupos culturales es manifiesta la inferioridad de condiciones en que está la mujer en relación con el hombre; esto se refleja hasta en el modo de vestir: la mujer y la niña van siempre descalzas, mientras el hombre, desde niño, usa guaraches o zapatos.

La dignificación de la mujer es uno de los problemas más importantes que tiene que resolver la educación fundamental, porque una sociedad donde no existen

condiciones iguales entre los dos sexos es una sociedad que está mal integrada desde sus raíces, ya que está rota la convivencia humana en el núcleo mismo en que se origina toda forma posible de la vida familiar y de las relaciones con lo demás.

Nadie discute la trascendencia de la función que en el hogar ejerce la mujer, en la crianza y educación de los hijos; pero muy pocos son los que, más allá del lirismo literario o la prédica moralizadora, alcanzan consecuencias prácticas sobre la preparación que, para esta función, debe darse a la mujer. Es muy común hablar de la preparación de las personas que se han de consagrar al magisterio, pero no de las mujeres que seguramente serán madres; y sin embargo, en cuanto a responsabilidad educativa, éstas no van a la zaga de aquellas, como podrá inferirse de este párrafo de Spranger: "La escuela primaria tiene un defecto lo bastante grande para poner en cuestión todo su trabajo: termina demasiado pronto; abandona a los hombres a una edad en la que comienzan a formarse los aspectos decisivos de su vida interior. Al abandonar al niño antes de la pubertad, procede como quien abandona la representación antes del último acto de un drama; nadie puede saber entonces cómo es el desenlace y toda la atención habrá sido en vano. Las crisis decisivas en la vida de los hombres (también los cinco primeros años, tan decisivos) se hallan siempre, conforme al ritmo natural del desarrollo, más allá de la escolaridad primaria". Es decir, transeurren en el seno de la familia.

Muy lejos de esto, la mujer no logra alcanzar, en muchas sociedades, ni siquiera la preparación cultural asequible al hombre. El analfabetismo, por ejemplo, es mucho mayor en la mujer que en el hombre, lo cual es un síntoma de su condición de segregación social. Prejuicios culturales muy antiguos han hecho de la mujer una confinada. Los antropólogos han encontrado que en muchas sociedades, las mujeres resisten más

que los hombres al cambio cultural, por su menor contacto con el mundo exterior. En cambio, en los medios indígenas, en los cuales la mujer ejerce el comercio, desarrolla por el trato una fuerte personalidad y es más abierta a los cambios sociales.

Por estas consideraciones y porque precisamente la mujer personaliza muchas y muy importantes tareas, la educación fundamental consagra a ella una atención preferente, como se deducirá del programa que aparece en el capítulo siguiente.

Otra consecuencia del principio integrador que estudiamos, es que la educación fundamental abarca todos los intereses básicos de la vida (pues como bien se ha dicho, enseña a vivir mejor a la gente), mediante un programa coordinado de actividades. De este programa de educación integral de la comunidad, surge el método, que igual al que emplearon las Misiones Culturales en México, ataca conjunta y simultáneamente todos los problemas que plantea la realidad inmediata, pues es fácil demostrar la relación que existe entre ellos y que la solución de unos, ayuda a la solución de otros.

Hay problemas, sin embargo, que por su importancia o por su urgencia, deben merecer mayor atención y una concentración del esfuerzo: los económicos, pongamos por caso y también los de salud, máxime cuando la vida está puesta en peligro.

Los problemas económicos son por lo general la clave de muchos otros. Tienen que atacarse primero y tomando en cuenta todos los elementos que decidan su solución. Estos problemas son siempre de varias incógnitas, que dificultan su cabal despejo.

Así la agricultura, que con sus derivados abarca toda la producción rural, está condicionada por una serie de factores: los métodos de explotación, la aso-

ciación de la agricultura con la ganadería y la pequeña industria (tipo granja), la posesión de la tierra y los instrumentos de trabajo, el crédito, el sistema comercial de venta, los medios de transporte, las obras de riego, etc. Para mejorar pues la agricultura, en forma tal que aumente la producción y este aumento se traduzca en beneficio del agricultor y de la sociedad, deben tomarse en cuenta todos esos factores. Esto es por lo que mira a la explotación de los recursos naturales. Pero hay otro aspecto muy importante, que se descuida frecuentemente, por no ser muy visible ni inmediata la utilidad que presente; nos referimos a la conservación de los recursos naturales. Guillermo Vogt, en su obra *El hombre del mundo*, a esto se refiere cuando dice: “Una de las extrañas lagunas de la cultura humana es la falta de inteligencia de las relaciones del hombre con la tierra que lo nutre. Ha sido agricultor durante un centenar de siglos por lo menos, sin embargo, la tierra es explotada basándose en pretendidas reglas económicas con un desprecio general de las leyes físicas y biológicas a las que está sometida”. Las consecuencias de este desprecio son, entre otras, el empobrecimiento y la erosión de los suelos.

Por ser la base de otros problemas que se relacionan estrechamente con el bienestar rural, hemos destacado los económicos de los otros, como son los de salud, familia, recreación, civismo, alfabetización, etc., pero no es nuestro propósito restarles importancia, en gracia a una tesis materialista, por unilateral, equivocada. Pues como ya hemos dicho, la educación fundamental se propone siempre una elevación del nivel material de la vida, pero va más allá en sus fines, pretende desarrollar las culturas rurales, como las mejores que han florecido en la historia y esto ya es cosa de considerar las virtudes e ideales de cada pueblo de la tierra, que son los elementos de que tendrá que ser hecha esa cultura, juntamente con los incentivos económicos. Que por lo que han descubierto los

antropólogos, estos son igualmente valiosos para todos los pueblos. Bien que vale la pena incluir esta cita de Kluckhohn: "Muchas personas creen que la mejor manera de hacer trabajar más a la gente es aumentar sus ganancias; que es propio de la naturaleza humana querer aumentar nuestros bienes materiales. Esta especie de dogma podría muy bien no ponerse en duda si no conociéramos otras culturas. Sin embargo, en ciertas sociedades se ha encontrado que el motivo de la ganancia no es un incentivo eficaz. Después de ponerse en contacto con los blancos, los habitantes de la isla de Trobriand, en Melanesia, hubieran podido hacerse fabulosamente ricos pescando perlas. Sin embargo, sólo trabajan el tiempo indispensable para satisfacer sus necesidades inmediatas".

Como diversas son las culturas, diversos son los incentivos de los hombres, cuya personalidad es producto de ellas. En algunos países de cultura occidental, las gentes son muy sensibles al estímulo de la competencia como medio de alcanzar éxito y prominencia en la sociedad y esta disposición se cultiva desde la escuela. La investigación antropológica nos dice que si para los escolares de estos países el principal estímulo lo constituyen las calificaciones que los hacen destacarse sobre los demás, en cambio, los niños de algunas tribus indígenas trabajarán con menos ahínco en un sistema que separa al individuo para destacarlo de sus compañeros.

Franz Tamayo nos dice que el núcleo de la personalidad del indígena americano lo constituyen la voluntad y el sentimiento, no la inteligencia, que es su lado débil; que la base de operaciones para la educación es la energía y la sensibilidad del nativo. Tal vez la manera occidental de juzgar la inteligencia y principalmente la que se traduce en dominio del medio material, nos ha llevado a pensar que en el indígena esta potencia mental se encuentra adormecida o poco desarrollada; tal vez lo que acontezca es que en éste

—producto de una cultura donde todos los elementos de la vida están íntimamente relacionados y evolucionan juntos— la inteligencia no destaque de otros valores de la conducta, como son los religiosos, los morales y los estéticos, según acontece en culturas que han perdido esta unidad orgánica. Sin embargo, la afirmación de Franz Tamayo explica mucho de los rasgos que encontramos en los indígenas americanos, tales como su inclinación a las bellas artes, la pintura, la música, la escultura, la danza, etc., o esa actividad, paciencia y laboriosidad que son un sello que los hace inconfundibles. El historiador Gómara, lo dice en muy pintoresca crónica: “Lo más lindo, —habla de las artes indígenas— está en las obras de oro y pluma. Son los indios tan oficiales de esto, que hacen de pluma una mariposa, un animal, un árbol, una rosa, las flores, las yerbas y peñas; tan al propio, que parece lo mismo que está vivo o natural. Y aconteceles no comer en todo un día, poniendo, quitando y asentando la pluma y mirando a una parte y a otra, al sol, a la sombra, a la vislumbre, por ver si dice mejor a pelo o contrapelo, o a través del haz y del envés; y en fin, no la dejan de las manos hasta ponerla en toda perfección. Tanto sufrimiento pocas naciones lo tienen, mayormente donde hay cólera como en la nuestra”.

- V -

Educación a la comunidad es volver a las fuentes esenciales de la educación. Sólo por error de perspectiva biológica se piensa que el niño y el joven son los encargados de transformar a la comunidad, porque de ellos, se dice, es el futuro. Pero el niño y el joven carecen de pasado para prever el futuro y de poder para actuar en el presente. Son los adultos quienes con la experiencia del pasado prevén el futuro, actúan en el presente y dentro de este actuar educan a la juventud y a la niñez. El hecho es igual si es consciente como en las comunidades evolucionadas o si es inconsciente como en las comunidades primitivas.

- 55 -

La educación fundamental es, pues, esencialmente educación de los adultos.

La educación fundamental se tira a la corriente vital de la comunidad para encauzar sus propias fuerzas constructivas y de constante renovación social. En este amplio sentido, incluye todas las influencias formativas, incluso la escuela de niños cuando la hay, pero no descansa en ésta su centro de gravedad, sino en ese grupo de educadores naturales que ejercen sobre la comunidad una acción más amplia, constante y efectiva: los adultos. Con este parecer, no se trata de ignorar o debilitar la función que tiene la escuela, sino de revalorarla dentro de sus propias posibilidades y asegurarle mejores resultados. La escuela descansa precisamente en la determinación previa de un ambiente social. Esto significa, esencialmente, que la vida de la escuela debe estar modelada según los ideales de la comunidad. Como ha dicho el filósofo y educador Dewey, nunca educaremos directamente, sino indirectamente, por medio del ambiente. Las actitudes sociales, la comprensión y los hábitos se desarrollan solamente en un ambiente social. El niño, pongamos por caso, se hace democrático al vivir en una sociedad democrática. Es ilógico esperar que los muchachos y las muchachas desarrollen un espíritu humanístico y una inteligencia libre, lejos de un ambiente social democrático, como lo es tratar de enseñar a nadar fuera del agua o hacer cultivos dentro de los límites de la ciudad de Nueva York.

Entonces, aun desde este punto de vista escolar, el problema fundamental no es el de la educación de los niños, sino el de hacer esa comunidad en la cual, como quiere Dewey, los niños no puedan sino llegar a ser demócratas y obrar como tales. Esto sólo lo puede hacer la comunidad entera, o para decirlo más concretamente, es de la inmediata competencia de los adultos. El futuro nace de la urgencia del presente, de la evidencia primaria de la realidad actual y de esa plenitud de existencia que es la generación madura.

Por esto —lo hemos citado ya— el maestro Reissig nos dijo aquellas palabras que nosotros hemos grabado como un apotegma en el pórtico de la educación fundamental: “La educación de adultos es la puerta de entrada de la educación fundamental”. Sólo contando con ellos, hombres y mujeres, podremos construir esa comunidad con vida pública desarrollada, consciente de sus papel, no traída y llevada, no adormecida por la propaganda, sino puesta en vigilia permanente por la educación.

La educación de adultos en los medios urbanos difiere de la que se ha de aplicar en los medios rurales. En aquellos, por el propio desarrollo de las instituciones especializadas, encaja a veces como una institución de enseñanza destinada al obrero. En los medios rurales no se le puede encajonar en una institución de fines particulares, como si se tratara de una “escuela nocturna”, sino que tiene que insertarse y estimularse en la misma acción de mejoramiento que sea desplegada, por los adultos, en los diversos aspectos de la vida de su comunidad. Si ciertamente se adoptan algunas formas de organización, como el Centro Social de la Comunidad, no es que se trate de una escuela que se rige por métodos pedagógicos, sino más bien se pretende llenar una función que nace de la necesidad de que la gente se reúna para cambiar ideas sobre sus problemas y los que conciernen a la comunidad. Estos centros se rigen por procedimientos informales o sociales, que son los únicos aplicables a sus fines.

El mejoramiento de las condiciones de vida y la educación de la comunidad tienen que ser recíprocos, para que tengan un valor verdadero; esta conexión queda asegurada cuando ese mejoramiento es conseguido con plena conciencia de su significado y por la iniciativa, dirección y esfuerzo, de las mismas personas que con ello se benefician.

Esta fórmula de compromiso entre educación y mejor nivel de vida se encuentra bien expresada en esta proposición sobre el cooperativismo, que tomamos a guisa de ilustración: “La cooperación es un movimiento económico que se sirve para sus fines de la educación; pero la frase puede enunciarse invirtiendo sus términos y cabe afirmar que la cooperación es un movimiento educativo que utiliza para sus fines la acción económica”.

En esta participación activa en la solución de los problemas, tanto personales como del grupo, es donde deben estimularse y adquirirse los conocimientos, ideas, actitudes y aptitudes que constituyen la esencia de la educación fundamental (y la de los adultos por consecuencia). Para esto, todo problema debe llevarse a la conciencia de la comunidad, toda decisión contará con la aprobación de todos y así la ejecución se robustecerá con una fuerte colaboración en el trabajo.

La actitud para los cambios sociales y el desarrollo de nuevos intereses —cosas ambas muy valiosas— no se podrán lograr aparte de las actividades de la vida. Las nuevas actitudes tendrán que apoyarse en nuevas situaciones, no en el vacío.

Por lo que hace a los intereses de los adultos, mala consejera es esa psicología biológica que pretende darnos repertorios de ellos. La genética, queriendo explicar la conducta del hombre a través del genotipo, nos parece una aberración de laboratorio. Más amplia nos parece esa psicología profunda, que declara por boca de su anciano fundador, el Doctor C. G. Jung: “No poseemos laboratorio ni aparatos complicados; nuestro laboratorio es el mundo entero. Nuestros experimentos son los sucesos reales de la diaria vida humana y nuestros sujetos de experimentación son nuestros vecinos, amigos y nosotros mismos. El destino desempeña el papel de experimentador. No hay aquí pinchazos, choques artificiales, destellos sor-

prendentes ni todas esas abigarradas y artificiosas condiciones del trabajo en el laboratorio experimental: las esperanzas y los peligros, los pesares y alegrías, los fracasos y éxitos de la existencia real, son los que suministran el necesario material de observación. Cada individuo constituye una nueva y singular combinación de elementos psíquicos y por lo mismo, es irreductible a cualquier clase de fórmulas generales y preestablecidas”.

Se está en el derecho de concluir que debemos dirigirnos no a la lista de intereses del adulto, sino a esta y aquella persona y al terreno social (ocupación, familia, sociedad) en que vive, de donde derivan sus intereses. El proceso de vida de cada quien, sus ocupaciones y necesidades, el pasado y la contemporaneidad, determinan sus preferencias y las motivaciones de la voluntad. Ninguno de estos elementos aislados puede explicar la persona. A veces sucede que pesa más en nuestra deliberación aquello que pudimos ser y no fuimos, que aquello que somos efectivamente (Nicol). Esta vocación frustrada podrá ser quizá el mejor filón de una afición recreativa, que nos compense de este punto ciego de la existencia y que hará posible el cultivo de intereses ajenos al ámbito de la actividad habitual, a fin de liberarnos de la estrecha rutina; lo cual constituye ventaja para la vida y el mismo trabajo.

El conocimiento del hombre en su medio tendrá que ser integrado por la psicología, sociología, psicología social, historia, economía, ciencia política y antropología, cuando todos estos estudios concurren en un mismo cauce, el de la investigación sobre el hombre mismo, camino de su dignidad. Mas todo cuanto se aprenda gracias a estos estudios, no ha de convertirse en un instrumento de observaciones sobre el hombre concreto, que pretendemos que sea nuestro aliado en la consecución de los buenos propósitos; pues la práctica nos llevará a la conclusión de que mejorar al hombre, es la mejor manera de conocerlo y de que él

conozca sus posibilidades no alumbradas. De Goethe es la siguiente reflexión: “¿Cómo puede uno conocerse a sí mismo? Nunca por medio de la contemplación, pero sí, probablemente, por medio de la acción. Intenta cumplir con tu deber, e inmediatamente sabrás lo que hay en ti”.

En cierto poblado de Nayarit, México, un día se pusieron todos los hombres a cambiar de sitio sus chozas en desorden, para alinearlas conforme un plano de urbanización. Cada choza fue trasladada a hombros de los cuarenta o cincuenta hombres que formaban el poblado. Era ésta su primera experiencia sobre un trabajo en cooperación. Por ella descubrieron lo que antes imaginaban: que si unidos habían hecho aquello, eran capaces de lograr otras cosas más. Aquella valoración de sí mismos, ha tenido, posteriormente, otros muchos favorables efectos.

Queremos insistir en un asunto que parece ser va ganando terreno, gracias a que se está convirtiendo en lugar común. Se asegura que los principios educativos que se apliquen a los adultos no han de ser los que se apliquen al niño, porque unos y otros son totalmente diferentes. Lo cual sería establecer una solución de continuidad entre los términos inicial y final de un mismo proceso; es oponer la infancia y la madurez del mismo ser vivo en desarrollo; es sostener que la naturaleza y la educación luchan entre sí.

Un principio educativo, aceptado generalmente, es el que aconseja apoyar todo el trabajo del maestro en la madurez, necesidades, intereses y experiencias del alumno. Esto es aplicable al niño y al adulto. Lo censurable sería obrar contra esta verdad fundamental, es decir, no partir de la realidad del alumno. En cuanto al punto de llegada (los fines), no pueden ser otros que los que se derivan de las necesidades e ideales del grupo y éstas son metas comunes para niños y adultos.

También se menciona un programa mínimo de conocimientos, entre los cuales cuenta como muy importante la alfabetización, cuando se habla del contenido que debe darse a la educación de los adultos. Muy difícil sería determinar este mínimo de conocimientos. Por otra parte, el conocimiento como ya lo hemos expresado, no resuelve todo el problema humano. La ciencia desempeña un papel muy importante, como técnica de trabajo, como medio de alcanzar una explicación más objetiva de las cosas, pero hay muchos otros aspectos de la vida en que el conocimiento científico no es lo más esencial. La misma ciencia debe ser supeditada a las necesidades y fines de la vida y la sociedad. De ellos nace y a ellos debe servir.

En el mismo caso se encuentra la alfabetización, que no tiene un valor en sí, sino como simple instrumento que es. Este valor lo recibe de la conciencia que tengamos de su necesidad y del empleo que posteriormente se le dé. Si el que aprende a leer es un convencido y si además encuentra libros que leer que despierten su interés, podremos estar seguros de que le hemos dado, con la lectura, un buen amigo y consejero, que lo guiará en sus ocios, en su trabajo y en la ampliación de su horizonte mental.

Es natural que sea la cartilla o el método para enseñar a leer y a escribir lo que más preocupe al maestro que ha sido formado en una pedagogía cuya definición exacta sería ésta: una artesanía con el máximo de métodos y el mínimo de resultado. Pero ya estamos suficientemente convencidos de que el aprendizaje no tiene lugar sin una viva voluntad de aprender. Esta voluntad de aprender depende de la comprensión que se tenga de la utilidad que reporte el nuevo conocimiento y de que se haya vencido en él el sentimiento de inferioridad que experimenta frente a la cultura. De aquí que el mejor profesor no sea quien enseñe más pronto el alfabeto, cuanto el que despierte más pronto y mejor en la personalidad del adulto la volun-

tad de aprender a leer y escribir, con lo cual asegurará el uso de estos instrumentos mentales por parte del que una vez los adquiere. Sin un fuerte deseo de quien enseña a leer y un deseo mayor de quien va a aprender, la mejor cartilla es un fracaso.

El señor Alberto de la Court, de Holanda, piensa que un buen móvil para leer es lo que él llama la función intermedia de la lectura: leer para divertirse.

Tenemos que admitir que el pueblo no siempre entiende de la función del libro, en relación con su vida. Nos ha causado sorpresa encontrar en las *Memorias* de Pancho Villa, hombre del pueblo, el siguiente pasaje: “Queriendo distraerme de algo, un día pregunté a quien más sabía si era verdad que había libros que acaparaban el ánimo de quienes los leían”. Si esta función de mero pasatiempo no siempre es comprendida, menos aún otras como son las de auxiliar al hombre en la comprensión y solución de los problemas de su vida. Por esta razón, la biblioteca, “cencienta de la cultura”, por mucho que se allane a las condiciones del campesino, siempre resultará una institución muy por encima del nivel de sus preocupaciones. Por eso hemos aceptado que la biblioteca (donde el hombre va a leer guiado por su interés), es el punto de llegada de un proceso que hay que comenzar en forma mucho más modesta: por hacer grato, comprensible y necesario el libro, mediante una actividad que se apoye en medios audio-visuales y en las lecturas de trozos escogidos, periódicos y revistas inteligentemente comentados, que escuche el pueblo.

Por último, resumiremos que la educación de los adultos en el campo no puede tener un programa preconcebido, pero sí una muy concreta función: capacitarlos en la solución de sus problemas, contribuir al enriquecimiento de su vida y a la ampliación de sus relaciones humanas.

El concepto tradicional de escuela, por sus limitaciones pedagógicas, que en el mejor de los casos hace de ella “un reflejo de la vida”, en la educación fundamental se transforma y amplía porque esta educación, eminentemente social, no concibe a la escuela como un reflejo o copia de la vida, sino como una de las partes más importantes de la vida misma de la comunidad. La escuela es o debe ser la nueva conciencia de la comunidad, que en constante vigilia recoge toda la variedad de sus incertidumbres e intereses, de sus esperanzas y desalientos, para guiar, encauzar, fortalecer el perpetuo afán de mejoramiento, sin olvidar que sola, por sí, consciente de su propia fuerza, no es capaz de resolver todos los problemas sin acudir al auxilio de otras fuerzas sociales.

La escuela como “reflejo de la vida” fue un argumento muy valioso contra la escuela tradicional, que se desentendía de la realidad que la rodeaba. Esta expresión, “La escuela como reflejo de la vida”, tiene gran semejanza, si no es que un origen común, con estas dos textuales expresiones: “comunidad en miniatura” (Miniature Community) y “sociedad en embrión” (Embryonic Society), que proviene de John Dewey. En verdad su pedagogía en el aspecto social no iba más allá de la idea de crear por la escuela un medio pedagógico en el que, en forma simplificada, se proporcionara al niño la experiencia vital de la comunidad. Esto representaba ya un gran paso en relación con la vieja escuela.

Pero veamos sucintamente cómo se interpretó en la práctica este pensamiento.

El aula se convirtió en un mundo pedagógico, que pretendía ser trasunto del mundo real. La experiencia social se reconstruye en el aula. Los programas son parte de esa experiencia social. Se aprovechan los

recursos y actividades de la comunidad para vitalizar las materias de enseñanza. Los anexos escolares —la granja, el campo de cultivo, los talleres, etc.— constituyen un modo de llevar la comunidad a la escuela; es decir, de hacer caber lo mayor en lo menor. Los enlaces entre ellos y el aula son de tipo académico. Algunas escuelas se denominan “casas del pueblo”, porque el pueblo las construyó; en ellas se proporcionan algunas enseñanzas y servicios y allí se reúnen los padres de familia para tratar los asuntos que conciernen a la educación de sus hijos.

La educación fundamental modifica este concepto de la escuela primaria. La reduce a su esencial función y trata de que la cumpla en la forma más adecuada posible. ¿Cuál es pues esta misión fundamental de la escuela primaria? Tratemos de explicarlo brevemente: la educación fundamental, hemos dicho repetidas veces, toma a la comunidad en su conjunto, la abarca en todo su proceso social. Parte de ese todo, aspecto de ese mismo proceso, es la escuela de los niños. El todo determina la naturaleza y actividad de las partes, coordina a éstas entre sí y les imprime unidad de fines. Esto, claro es, en un organismo vivo como es la comunidad. La escuela primaria, en consecuencia, tiene que asumir su parte de responsabilidad en la obra de mejorar las condiciones de vida existentes. No es pues una provincia pedagógica en comunicación con el mundo de la vida real, sino que es un trazo de esa misma vida, una continuación de ella, sin nada que la separe. Estar en la escuela es participar ya en la vida efectiva de la comunidad. No hay otra forma de preparar a los niños para esta participación, fin supremo de la escuela, sino dando cara a los problemas reales. Cualquier otra forma, a título de llenar un programa académico, es fugarse de la realidad, es rehuirla, es aumentar seres frustrados.

Esto ha dicho Don Lorenzo Filho, en su discurso

del Seminario de Alfabetización y Educación de Adultos celebrado en Río de Janeiro, en septiembre de 1949: "La escuela primaria, tal como funciona en la mayoría de los países latinoamericanos, como una organización apartada de los intereses reales de la colectividad, representa un instrumento de valor precario e ilusorio. En extensas regiones del continente, la enseñanza primaria no es sólo insuficiente: es de una deficiencia comprobada, por no atender como se pretende que lo haga, a la necesidad de mejorar la vida colectiva. Ello explica que el pueblo no se interese por la escuela, que sean tan pocos los alumnos que asisten a las clases, tan elevados los índices de deserción escolar, las condiciones de desprestigio social y de retribución insuficiente del profesorado".

En la escuela así concebida, son válidos los principios, objetivos y métodos que sentamos para toda la educación fundamental. Los intereses de la vida, cualquiera que sea la persona, la edad y su medio, son los mismos. Lo que incumbe al adulto es de interés para el niño y ambos deben trabajar por los mismos fines. No son dos mundos distintos el del adulto y el del niño; no son por tanto dos actitudes diferentes las que deben adquirir. Estudiando y trabajando en auténticos problemas sociales, mucho harán los niños, en la medida de sus fuerzas, por la solución de ellos; pero en el peor de los casos, los conocerán y sentirán como tales, pues los problemas no los componen los puros hechos, sino la conciencia que se tenga de ellos.

Así la escuela se suma al conjunto de las fuerzas e instituciones que trabajan por el bienestar rural y en esta acción formará el ser social de las nuevas generaciones. Esto entraña un concepto menos amplio, menos idealista, pero ciertamente más exacto, más realista del papel de la escuela, que no lo es todo en la educación de la comunidad, pero que al tener una acción más concentrada puede cumplir mejor

su misión. Esta escuela tiene una didáctica, que no es la didáctica que se le impone como un fin. Esta didáctica no se empeña en dar vida a nociones muertas, para enfrentarse luego con la insuperable dificultad de encontrarles realizaciones vitales, que son meras justificaciones. Esta didáctica, si así puede seguirse llamando, no inventa la actividad para enseñar la noción, sino que da el conocimiento que ha de apoyar intelectual y técnicamente la actividad o tarea en que se inserte el esfuerzo constructivo de los niños en bien de su comunidad.

- VII -

La educación fundamental no hace distinción de razas ni de credos. La designaciones raciales han perdido su significación biológica e inclusive su sentido político y sólo subsiste el hecho sociológico innegable de la existencia de comunidades en distintos estados evolutivos; pero ya se trate de un estado primitivo o de uno avanzado, el concepto del hombre es único y las diferencias culturales se consideran una fortuna, puesto que cuanto mayor sea su variedad, más se enriquecerá la cultura humana; en consecuencia, para la educación fundamental sólo existen hombres igualmente dignos y con idénticos derechos que únicamente deben coincidir en los ideales de concordia y libertad humanas.

Nos hemos dejado ganar por cierta tendencia política que proviene de la Colonia, la cual esgrimió la inferioridad del indígena como un arma provechosa a sus fines de explotación económica.

No es de extrañar que haya privado semejante argumento en la Colonia, puesto que ésta se caracterizó por la explotación directa del nativo por el español, que siempre vio en él un objeto de utilidad que había que conservar; no lo destruyó porque lo necesitaba. Lo importante era que, valorado como indio y no como

español, catalogaba en otro sistema social, económico y cultural que no era el de éste. En el fondo pues, el problema que no se planteaba teóricamente, sino dentro de fines eminentemente prácticos, era un problema más que de razas, de clases sociales. En verdad, más que la mina o el latifundio, fue el elemento humano de trabajos que las hizo producir la base económica de las colonias españolas.

Contemporáneo de este modo de ver las cosas, es el pensamiento sereno y humanitario de los historiadores que no están interesados en sostener esta tesis esclavista y que plantean desde entonces el problema del indígena en el terreno de la reivindicación social. Así lo juzga ya Clavijero en el siglo XVII, cuando escribe: “Que los hombres de la América eran en el fondo de sus almas lo mismo que los europeos; y que si alguna vez han parecido de diferente especie, ha sido porque una triste educación o dura servidumbre no les ha permitido adquirir las luces necesarias para la conducta nacional de su vida. Los europeos no han tenido otra ventaja sobre ellos que la de ser mejor instruidos. La inferioridad del indio es puramente accidental, depende de factores que la hacen remediable; que si seriamente se cuidara de su educación, si desde niños se criasen en escuelas, bajo de buenos maestros y se les protegiera y alentara, se vería entre los americanos filósofos, matemáticos, etc., que pudieran competir con los más famosos de Europa”.

Pero este pensamiento, ya adelantado en aquella centuria, tenía que llevarse a una más exacta interpretación de los hechos. En el Congreso Indigenista Interamericano, celebrado hace poco tiempo en Cuzco, Perú, se da esta definición: “Lo indio es la expresión de una conciencia social vinculada con los sistemas de trabajo y la economía, con el idioma propio y con la tradición nacional respectiva de los pueblos o naciones aborígenes”. Lo cual viene a definir lo indígena, no por la sangre y la raza, sino por las condiciones

políticas, sociales, económicas y culturales que han labrado su ser y existir colectivo. El problema no es consecuentemente, de carácter biológico, sino de naturaleza política y social. Si lo planteamos en presente y en este terreno, hasta sin querer, llegaremos a la conclusión de que esta designación de indígena, más que una connotación racial, es una categoría social: significa clase desfavorecida. En este terreno, el problema del indígena no difiere en lo esencial del problema que es común a las clases trabajadoras de cada país latinoamericano.

Por lo tanto, como lo dice Luis Villoro, “se trata de una lucha en favor del oprimido, sea de la raza que sea y no estrictamente de una lucha a favor del indígena. Lo que importa es redimir de la sujeción al esclavo, así sea indígena, blanco o negro y si el movimiento se preocupa ante todo del indígena, lo hace accidentalmente; porque de hecho resulta que el más explotado es casi siempre el indígena. El indigenismo es, pues, accidentalmente un movimiento indianista, esencialmente es un movimiento libertador contra la opresión. Su problema será por tanto, económico y social”.

La educación fundamental ordena toda política de aislamiento, así sea con la intención de protegerlo. Todas las leyes filantrópicas que se dicten, como las Leyes de Indias, darán malos resultados en la práctica. Cualquier política paternalista, que lo rebaje a la condición de menor de edad, lejos de trabajar en pro de su dignificación, perpetúa su humillación y lo incapacita para la colaboración activa como miembro de un país y de la humanidad entera.

Muy próxima a esta actitud, anda otra, cargada de sentimentalismo, a veces simplemente retórica, que cuando de la incorporación del indígena se habla (piedra de toque de los polemistas), sale a defenderlo en nombre de un tradicionalismo que lo condena a vivir en una fecha anterior a la Conquista; lo cual a título

de conservar la originalidad de su cultura, lo inhabilita para mejorar sus condiciones de vida y ser un elemento de progreso y de cooperación social.

Incorporar al indio a la civilización, quiere decir, para otros, que prescindan de su mentalidad y antecedentes culturales para aceptar modos de vida ajenos, que lo pongan más a tono con las urgencias de la vida actual.

Es curioso que para ninguna de estas posibles soluciones se tome en cuenta al indígena, sino que se pretenda resolver por él sus problemas. No es posible asumir ninguno de estos puntos de vista, por unilaterales.

Para la educación fundamental, para sus preocupaciones prácticas, el caso de las comunidades indígenas, es común a las del resto de la población de un país; para sus fines de capacitarle y ayudarle a fin de que mejore sus condiciones sociales, económicas y culturales, no para mientes en que sea indígena o mestizo (calidades que no se pueden graduar, por no ser cuantitativas).

El problema indígena es para la educación un problema de convivencia humana. Si en un país el indígena se perpetúa en una situación de explotación, desprecio y decadencia moral, este país no tiene un problema indígena, sino un problema común a toda su población, porque está seriamente entorpecida la unidad social en que apoya su legitimidad, su ética social, sus empresas e ideales, toda la nación. Cuando Clavijero nos dice: "En otro tiempo, la severidad de las leyes contenía a los indígenas de beber; hoy la abundancia de licores y la impunidad de la ley los ha sumido en el vicio de la embriaguez"; cuando Ricardo Rojas nos da aquella escena, en que el representante del gobierno libre proclama ante un grupo de indígenas la igualdad de los que oían ante la República y como respuesta a su pregunta de qué pedían para su felicidad, gritaron: "¡Aguardiente, señor!" esto no se habrá de cargar en contra de los indios, en buena justicia, sino en

contra del régimen social, el de la Colonia, que ha tratado de justificarse con monumentales obras arquitectónicas, hechas también por los nativos del país.

Mientras los otros elementos de la población menosprecien al indígena, aunque de él viven; mientras alardeen literariamente de indigenistas y en su casa se avergüencen de la madre o el padre que son aborígenes; mientras la teoría sea una y la práctica otra; mientras sea el alfabeto la única solución y no la justicia social, existirán muy serias barreras que impedirán la integración social de un país.

Naturalmente que esto no anula lo que ya hemos afirmado con anterioridad, que la educación fundamental parte del suelo cultural en que opera y aprovecha, protege y desarrolla los elementos positivos de una cultura.

Los diversos dialectos que se hablan en América, no serán una barrea infranqueable para la educación fundamental. Si éstos, como suele acontecer, no tienen forma escrita, entonces se aprovecharán en su forma verbal para los fines de la educación y mejoramiento de la vida en otros aspectos anteriores a los puramente literarios del lenguaje. En este trabajo se aprovecharán todas las formas de la comunicación visual y oral. La adquisición de la lengua nacional, en su forma oral y escrita, vendrá como una consecuencia de las mejores relaciones del indígena con el resto de la gente del país y de otros factores de comunicación material y espiritual.

Cuando se considere un paso necesario entre la lengua materna y la nacional, dotar a aquella de forma escrita, para su empleo inmediato como vehículo de la educación, tendrán que tomarse en cuenta muchos datos que no son los puramente filológicos, sino reales de la situación, en lo local y en su relación con todo el conjunto de la nación: como son los ideales políticos

y de integración del Estado. Pues una decisión de tipo puramente académico, podría retrasar y entorpecer lo que irá resolviéndose por la acción de las fuerzas sociales.

- VIII -

La educación fundamental es tan compleja como la vida de la comunidad con su íntimo enlace de intereses, pasiones y anhelos; y todavía más compleja si consideramos que el fin de la educación es transformar a la comunidad, esto es, sustituir su pasado remoto por la reciente novedad que aún no ha comprobado su buen éxito. La amplitud del campo de acción de la educación requiere amplitud de conocimientos, el enlace de intereses y pasiones, inteligencia y comprensión. Sin embargo, no son el conocimiento ni el talento lo más importante para transformar a la comunidad; lo esencial es la actitud con que se llega a la comunidad, actitud que no puede ser externa, simulada, sino consecuencia de la fe, de la emoción, del íntimo convencimiento de la eficacia y bondad de la obra que se realiza.

Este principio se refiere a las personas en quienes radique la responsabilidad de promover la educación fundamental.

Es bastante amplio el campo de ésta como para que sea abarcado puramente por el maestro, aun suponiendo que se moviliza desde su segunda trinchera de la escuela de niños para, desde un puesto avanzado, más efectivo, convertirse en líder social de la población adulta. Su actuación, principalmente en aquellas comunidades rurales aisladas, adonde no llega otra ayuda, es decisiva en este respecto. En las otras que cuentan con otros servicios e instituciones del Estado, están más abiertas a la comunicación exterior y en un nivel mayor de desarrollo, su acción es también importante, como elemento coordinador de la acción social y de ésta con la base de educación en que ha de descansar.

- 71 -

Pero la educación fundamental no puede ser confiada única y exclusivamente al maestro y su escuela, si no se quiere correr el peligro de fracasar, o de ir demasiado despacio, por desproporción entre los medios y los fines. Son diversas las agencias, organizaciones e instituciones públicas y particulares, que pueden contribuir en los propósitos de la educación fundamental. Algunas pueden ser clave o núcleo importantísimo en este trabajo. Pongamos por caso, un servicio médico rural o una agencia de crédito agrícola.

Un servicio médico rural puede ser el foco activo de donde irradie un amplio programa de educación higiénica. El tratamiento preventivo y terapéutico que el médico o la enfermera proporcionen, puede ser el primer paso para extender su acción a todos los medios que contribuyen a conservar la salud: mejorar el ambiente sanitario de la comunidad, combatir la desnutrición, influir en la conducta higiénica, instruir sobre los principios científicos elementales relativos a la higiene y a las causas de las enfermedades, organizar a la gente para todos estos fines, formar un grupo de colaboradores espontáneos que extiendan el servicio en sus aspectos más importantes y accesibles: primeros auxilios, vacunación, partos, etc. Si el personal encargado de este servicio cumple su labor con esta amplia visión social, tendrá menores resistencias y mayores resultados en la aplicación terapéutica y lo que es más importante, atacará la enfermedad en sus focos de producción al poner la base de la salud individual y pública. El médico acabará por reconocer que su intervención incidental es sólo parte de una obra mayor y de sentido permanente: la educación médica, que descansa, más que todo en la actitud individual y en el sentido colectivo de responsabilidad por la salud. Esta conciencia sanitaria no es fácil de conseguirse. Los objetivos económicos, los recreativos, van acompañados de satisfacción o acarrear sus resultados tangibles a no muy largo plazo. En cambio, entre los medios higiénicos —siempre desagradables— y los

beneficios que se obtienen —no muy perceptibles— las cosas son diferentes. La previsión que implica al hacer ahora cosas que causan enfado para disfrutar los resultados provechosos en el futuro, es ya una manifestación de madurez cultural.

Ahora bien, si tomamos como centro de apoyo para las actividades económicas una agenda oficial de crédito, los resultados no pueden ser más seguros ni más completos. El agente de crédito podrá aumentar la capacidad productora y de consumo de su deudor, mediante la introducción de mejores semillas, más científicos procedimientos de cultivo y la adquisición de instrumentos y máquinas de trabajo; podrá fomentar la organización cooperativa en la labranza, en el empleo de equipos de trabajo, en la venta de productos, en los transportes y en la industrialización; mucho podrá hacer también por aumentar la capacidad de ahorro y previsión del campesino, todo lo cual viene a garantizar el cumplimiento de los compromisos bancarios por parte de éste y a traducirse en una elevación real de su nivel económico.

Pero lo mismo el médico rural que el agente de crédito agrícola pueden proceder de manera totalmente opuesta. El médico se puede ocupar en sus tareas específicas: imponer las medidas profilácticas (hay ley sobre el particular), dar consultas y disparar la fórmula de escopeta, que, por costosa no la surtirá el paciente. Quizá se le ocurra aprovechar los recursos medicinales del medio rural: plantas curativas, elementos fisioterápicos, en cuyo caso estará más ajustado al medio. El agente bancario derramará el crédito, asegurará las prendas que garanticen su devolución y a esperar el resultado. Los préstamos no siempre son onerosos para el banco, pero casi siempre lo son para el campesino, que no sabe manejar el crédito.

Competencia, quizá, no falte ni en uno ni en otro funcionarios públicos, pero sí visión social, más concretamente dicho, actitud social.

Por desgracia también sucede muchas veces que el maestro no es más que un extraño en la comunidad en que trabaja y que, aunque corporalmente esté dentro de ella, su espíritu se halla en otra parte. De hecho ahí trabaja, pero vive ausente del lugar, por cuanto sus intereses y preocupaciones principales están lejos de su ocupación y aún de su residencia. No es pues de sorprender que estos maestros se mantengan como extraños en la comunidad y que su conducta y su trabajo así lo revelen: no echan raíces duraderas, se encierran en su mundo académico que está alejado de las urgencias del presente y hacen tan enorme la distancia entre ellos y los campesinos, que podríamos estar seguros de que viven en mundos distintos.

Hemos de recordar que en su ilustrativa conferencia el Doctor James Yen insistió en esa enorme distancia que hay a veces entre las posibilidades de comprensión del pueblo y el lenguaje que hablan los maestros; pues resulta que se cuidan más de la exposición que de ser entendidos, lo cual debe ser la mayor preocupación de quien pretenda influir en el ánimo del pueblo. Mas cuando el maestro está dentro del ambiente en que se halla el campesino y vive sus problemas, el hacerse entender no es una dificultad insuperable, pues sus palabras tendrán un significado real para todos los que compartan una misma experiencia.

La educación fundamental precisamente supone un cambio de actitud; pide sensibilidad de lo social; una mayor consciencia de las necesidades del pueblo y un deseo sincero, para que no sea fungible, de entregarse a su servicio, como una misión de vida.

La falta de esta actitud no puede ser remplazada por simple competencia técnica o adquisiciones científicas.

No hablamos en términos de una ética profesional imposible; ni de esa psicología que hace inventarios

de la persona, barajando fichas a su antojo para hacer perfiles del perfecto educador: inteligente, sociable, optimista, etc. No; las normas para la conducta ética tienen que descubrirse partiendo de la naturaleza del trabajo mismo, de igual manera que para construir una presa se parte de las leyes de la Física. Lo que importa es una convicción apasionada por la misión que se cumple, una identificación plena con el trabajo.

El que se pierde en su pasión —ha dicho un pensador— pierde menos que el que pierde su pasión.

Es pues, fácil encontrar competencia técnica, pero un poco más difícil conseguir promotores del bienestar rural con amplitud de visión y sensibilidad social. En un estudio sobre capacitación de dirigentes rurales en China, la FAO anota esta experiencia: No ha sido fácil la tarea de encontrar un personal que se adaptara al programa de Shantan y que ayudara a explorar el vasto campo del bienestar rural, objetivo principal de la escuela. Los colegios rurales ofrecen muy poca preparación para esta clase de trabajo. Los egresados de las universidades que han entrado a formar parte del personal, han encontrado, a veces, ciertas dificultades para adaptarse a la manera de pensar y de vivir de la escuela. Tienden generalmente a considerar las normas escritas como una religión y deplorar cualquier desviación que se produce en el cumplimiento de los reglamentos. Shantan, por lo contrario, representa una evolución de métodos que satisfarán en mejor forma las necesidades de los muchachos campesinos, que se están preparando para desempeñar un nuevo papel en la vida china.

Tocamos aquí un problema que, aunque un poco marginal al asunto que nos ocupa es, sin embargo, de sumo interés para la educación fundamental y está muy en relación con él. Nos referimos a la formación o entrenamiento del promotor de la educación fundamental en el medio rural (ya sea maestro, médico, agrónomo,

especialista, etc.). Tal vez no sea una falsa idea buscar su preparación por medio de experiencias reales de trabajo: esto pondrá a prueba la vocación, definirá los intereses de la persona, aconsejará la preparación científica y práctica que debe darse, como no puede hacerlo un programa de temas formales y encasillados.

Hay ensayos y opiniones autorizadas que así lo comprueban. Un aspecto esencial del sistema actual alemán es la combinación de lo teórico y lo práctico durante todo el periodo de dos años de adiestramiento del maestro. La teoría educativa comprende seminarios en teoría general y métodos especiales. El trabajo práctico consiste en la enseñanza de los estudiantes, que se parece al trabajo del interno de nuestras escuelas de medicina. La teoría se estudia, no en los colegios de maestros, un poco aislados de las escuelas y dirigidos por simples teorizantes que, a menudo, carecen de experiencias de primera mano, sino en los mismos centros de trabajo, bajo la dirección de un personal de expertos.

Muy importante es la siguiente opinión de Edward G. Olsen: "En los Estados Unidos, carecemos totalmente de la experiencia de preparar a los maestros para que puedan guiar proyectos de servicio social. Es difícil hacer comprender a la gente que la verdadera cultura implica el planteo inteligente de los problemas comunes y corrientes de la vida diaria. Por esta razón encontramos que nuestras escuelas normales todavía ponen un gran énfasis sobre los temas del plan de estudios que conservan gran prestigio tradicional y en las tareas intelectuales llevadas a cabo dentro del salón de clases y conforme un horario regular. Por otra parte, los proyectos de servicio social y las experiencias de trabajo no se prestan a la reglamentación de asignaciones uniformadas; porque una cosa es tener a los estudiantes tranquilamente oyendo lecciones dentro de las cuatro paredes del salón de clases y otra completamente distinta, que esos alumnos tengan

que ir a la comunidad en busca de experiencias de primera mano, participando en forma responsable en actividades y problemas reales de la vida. Este sistema inmediatamente plantea difíciles problemas de orden administrativo, entre los cuales se encuentran los horarios y los medios de transporte. El horario de la escuela es el primer problema que se presentará al intentar realizar un activo trabajo de campo (que es la excusa dada con mayor frecuencia por los maestros que desean evadir este tipo de trabajo). Estos nuevos sistemas encierran cierto elemento de intrepidez, de aventura, que no son muy gratos a la inercia burocrática de los dirigentes de la educación pública”.

La escuela Bailie de Shantan, ha llegado a iguales conclusiones: “No es una torre de marfil para escapar de las realidades de la vida. Está conectada íntimamente con un movimiento aldeano, un movimiento del pueblo. Su existencia y su actividad se originan en la corriente vital del ambiente de la aldea. El personal docente de la escuela se ha seleccionado entre elementos jóvenes, libres de las trabas impuestas por ciertas ideas convencionales y preestablecidas acerca de la educación. Se procura que sean competentes, naturalmente, pero que al mismo tiempo se hayan despojado de la actitud oficial de pretender formar caballeros estudiosos, que son la plaga de la educación en China y no dirigentes rurales. Tienen preparación técnica, pero, por encima de todo, se busca que posean ideales firmes de cooperación social y que los dediquen al bienestar de un pueblo sumergido en la pobreza y la ignorancia. En realidad, parece imposible hallar en un solo candidato todas estas cualidades. Sin embargo, todo miembro del personal de la escuela de Bailie en Shantan debe tener algunas de estas características y estar dispuesto a adquirir las otras, a medida que aumenta su experiencia.

Por las ideas expuestas, aparece de un modo evidente que la aplicación de los principios de la educación fundamental se apoya en personas que posean buena

orientación, capacidad práctica, pero sobre todo, una sincera actitud de servir al pueblo. La educación fundamental tiene como punto de mira a la comunidad, pero, por razón obvia, tiene también por punto de mira al maestro y trabajador social que la harán posible.

Capítulo III

O B J E T I V O S

Determinar los objetivos de la educación fundamental equivale a establecer las conexiones entre ellos y las necesidades sociales que tratan de satisfacer. El problema de los fines, por otra parte, no es un problema de algo que está al término de un proceso, sino un problema inmediato de dirección y de primeros pasos. Los objetivos que aquí se presentan están agrupados, en torno de cinco grandes intereses vitales del individuo y la sociedad; esto se ha hecho en gracia de una simplificación necesaria y por corresponder a la integración de los equipos de trabajo del Centro, en los cuales coordinan su actividad cinco miembros.

I). - LA SALUD

¿Qué hará la educación fundamental en este primordial aspecto de la vida? Como el proyectil a su blanco, se propondrá conseguir una nueva conciencia del individuo y de la sociedad en lo que concierne a la salud. No es una exageración afirmar que la salud es un bien que, cuando se tiene, pasa inadvertido y sólo sabemos de su existencia cuando lo perdemos; percibimos pues, más que la salud, la enfermedad. La falta de sensibilidad para estos valores vitales se traduce, en la generalidad de la gente, en un débil sentido de responsabilidad por la salud propia y casi nulo ante la salud colectiva. A la irresponsabilidad para dar y quitar vida, que observamos por desgracia en muy repetidos casos, tenemos que agregar la otra irresponsabilidad más común: la de la conservación de ella. Pero si como hemos dicho, la mayor parte de la gente sabe de la salud por la enfermedad, cierto

es también que no siempre percibe claramente las relaciones de causa y efecto que existen entre el vivir insalubre y la pérdida del vigor (por ejemplo, el uso de agua impotable) y no es raro que atribuya precisamente a las prácticas más saludables (como el baño) el motivo de su alteración orgánica, o a intervenciones sobrenaturales, producto de una mente mítica que persiste hasta en los grupos más evolucionados.

No debemos pensar que en los medios rurales no existe una sabiduría y una mentalidad sobre la salud y la enfermedad, pues tratándose de cosas que atañen tan de cerca a la supervivencia humana, tuvo ésta que buscar solución a estos problemas. Por consiguiente, forma parte de su cultura un cúmulo de conocimientos empíricos sobre lo que es bueno y lo que hace daño. Esta sabiduría empírica reviste aspectos positivos, como la ciencia moderna lo ha comprobado, al hacer estudios sobre cereales, frutas y hortalizas y sobre las plantas curativas que, desde remotos orígenes se han empleado en la alimentación y en la medicación.

Pero también esta sabiduría natural, como lo ha comprobado la ciencia, adolece de grandes errores y abundantes prejuicios. Este aspecto negativo de la mente tradicional se traduce en fatalismo ante las causas de la enfermedad, en simplistas criterios sobre lo que daña y hace provecho, en prejuicios y brujerías que son incompatibles con las nociones modernas sobre higiene, nutrición, obstetricia, medicina, etc.

Por este motivo, quien se proponga una actuación experta debe conocer estos hechos y alcanzar la conclusión de que únicamente podrá tener resultados favorables en el mejoramiento de la salud, quien plantee el problema en la conciencia del individuo y del grupo y parta de una vigorosa convicción para establecer una práctica o modificar una costumbre.

Tomemos un ejemplo sencillo, para ilustrar esto. Hasta que los vecinos de una comunidad tengan un claro entendimiento sobre la relación que existe entre la costumbre de defecar en el suelo y la propagación de las enfermedades parasitarias intestinales, es muy posible que se despierte en ellos, por obra de este conocimiento, la convicción de que es necesario hacer inofensivo el excremento y se pongan a cavar excusados.

Entonces sí podremos estar seguros de que se introdujo un uso y no un objeto innecesario. Es más fácil, desde luego, imponer de algún modo los excusados, o buscar ayuda de fuera para hacer obsequio de ellos a la comunidad. En el primer caso, no se forma la responsabilidad correspondiente y en el segundo se descarga de toda la responsabilidad al vecindario; el resultado es el mismo, aunque por diversos procedimientos: no se habrá establecido una nueva práctica higiénica.

El higienista C. E. Turner dice al respecto: “Hacer algo por la población es corrientemente fácil, pero cuesta caro y no da sino un resultado temporal; mostrarle cómo hacer las cosas por sí misma puede tomar un poco de tiempo, pero es relativamente poco caro y sus resultados son más duraderos; además por este último procedimiento, la fuerza moral es elevada, en cambio es debilitada por el primero”.

Hay ciertos problemas que son como la clave de la salubridad de la comunidad, porque son causa de muchas epidemias, debilitamiento orgánico y mortalidad, principalmente infantil. Entre estos problemas claves, nos referiremos a dos: la provisión suficiente de agua y la suficiente y sana alimentación.

Si se cuenta con agua suficiente será más fácil conseguir de la población ciertas prácticas de limpieza de la casa y aseo personal como mudar de ropa limpia y bañarse con frecuencia. Medida fundamental de

salubridad es velar activa y permanentemente porque los pozos y manantiales que surten de agua para beber y usos domésticos estén contruidos de modo que no se contaminen y limpios y protegidos de impurezas. La práctica de hervir el agua, que puede ser la forma más fácil de volverla potable, tendrá que ser obra de una labor constante de convencimiento, por cuantos medios se tengan a mano, pues mientras no exista conciencia de esta necesidad y se establezca la costumbre de hacerlo un día y otro, todo resultado que se obtenga será de poca duración. La gente, la mujer sobre todo (porque esta costumbre tendrá que descansar en gran medida en su cuidado) deberá percibir muy claramente la relación de causa o efecto que hay entre ingerir aguas contaminadas y las afecciones gastrointestinales, parasitosis, etc. de sus niños, que son su más vivo interés.

En incontables casos, obtener una provisión abundante y segura de agua de consumo, podrá sobrepasar, con mucho, los recursos con que cuenta la comunidad para lograrlo. Al percibir la comunidad esta necesidad, puede organizarse y acudir en solicitud de la colaboración de las entidades oficiales, que estarán interesadas, como ellos, en el mejoramiento de la vida rural. Pues si es verdad que deben por sí mismos resolver sus problemas, no han de trabajar aislados, sobre todo en casos que, como el que nos ocupa, rebasa las posibilidades económicas locales. La alimentación es otra clave de la salud, porque tiene repercusiones y manifestaciones de lo más abundante. La obtención suficiente de alimentos es el gran problema que se relaciona con la economía. La variedad de productos agropecuarios que permita una mejor dieta como hortalizas, frutales, cereales, carnes, huevos, leche, es una de sus variantes. Otro elemento lo constituye la falta de hábitos higiénicos. La suma de todo esto es un estado crónico de subalimentación y depauperación que es causa de decadencia de la persona y la colectividad y apropiado terreno para que cundan las enfermedades.

Por lo que mira a la parte higiénica, podremos decir que el campesino no sabe alimentarse. Sabe saciar el hambre, pero no nutrirse. La investigación sobre el particular, seguramente que tendrá que dar muchos datos que obliguen a una amplia acción educativa. Por ejemplo: irregularidad en la distribución de las comidas, insuficiente cantidad, dieta poco variada, preparación antihigiénica de los alimentos, mala conservación de los comestibles, desconocimiento de recursos naturales que pueden aprovecharse en la nutrición, fórmula alimenticia igual para niños y adultos, etc.

La educación fundamental, en este aspecto de la salud, se propone otros muchos objetivos, como los siguientes: El saneamiento del ambiente, por medio de obras sencillas de avenamiento, cegamiento de charcas, cortinas de árboles; la destrucción de insectos que son vehículo de enfermedades; la limpieza del poblado de estercoleros y la apertura de letrinas.

Si es posible establecer un centro de higiene, dispensario o servicio médico, o contar con la ayuda, aunque sea periódica, para toda la zona de alguna enfermera o médico oficial, alrededor de esta institución o persona girarán muchas actividades. Desde luego, la asistencia médica, la dirección en la aplicación de las medidas profilácticas indicadas para prevenir las enfermedades y para combatir las endemias y epidemias. Pero lo más importante es que esta institución o persona multiplique sus esfuerzos por la preparación de elementos voluntarios de la comunidad, que lo auxilien en las campañas de salubridad y de vacunación, en la aplicación de primeros auxilios, inyecciones, organización de botiquines comunales, atención de las mujeres en el embarazo, alumbramiento y puerperio, crianza y cuidado de los niños.

La mejor preparación de las mujeres que ya se dedican a la ocupación de la partera en la comunidad, es una solución atinada.

Las reuniones de madres de familia, las visitas domiciliarias y las organizaciones que impongan las propias necesidades, serán formas de conseguir la penetración y extensión al mayor número de los conocimientos, prácticas y servicios que conciernen a la salud.

II). - ECONOMÍA RURAL

La base de nuestra economía rural es, sin duda, la agricultura. Hay extensas regiones de la América Latina, que tienen en la ganadería una fuente espontánea de riqueza, que no requiere grandes cuidados. Sin embargo, en reciente Asamblea de las Naciones Unidas ya se señala el mal en que están incurriendo muchas fincas al dedicar enormes superficies al cultivo de pastos o dejándolas abandonadas a su propagación invasora, con detrimento de una agricultura intensiva que equilibre la economía y haga posible la creación de pueblos, con base social estable. En otros lugares de la América Latina, grandes contingentes de población rural abandonan el campo para ir a sentar plaza en las minas; el señuelo de los salarios que ahí se pagan, mayores a los que se obtienen en el trabajo agrícola, es motivo de constante movilización y desarraigo del campesino.

Al través de nuestra historia se descubre una constante corriente, favorecedora del pueblo, para sustituir la economía extractiva por la agricultura. Vasco de Quiroga trata de oponer su “paraíso agrícola a la confusión e infierno en las minas”; los misioneros del Paraguay, insisten en las ventajas de la agricultura contra la absorbente codicia minera de los conquistadores; nuestros patricios, Sarmiento, Bello, Hidalgo, tratan de fomentar la explotación del campo como medio de crear poblados y de que cada país se baste a sí mismo; hoy mismo es política de Venezuela deri-

var la riqueza aceitífera hacia la producción agraria, o sea lo que ahí se dice: “sembrar el petróleo”.

La agricultura, pues, es la base de desarrollo de nuestra vida rural, lo cual equivale a decir, la base de desarrollo de nuestra vida nacional.

Hay un problema que sin reticencias, es preciso señalar. Nos referimos a la distribución de la tierra y a la retribución del trabajo. La ONU, en esta misma asamblea de que hicimos mención, asienta que en algunos países de la América Latina, en las fincas, es característico el tipo de contrato entre el propietario y el campesino, mediante el cual éste recibe una parcela de tierra para cultivarla a cambio de trabajar en las tierras del propietario unos días determinados de cada semana; naturalmente que en esta forma, es imposible esperar altos niveles de producción. Acaba la ONU por elogiar algunos medios prácticos de distribución de la tierra que se han llevado a cabo en algunos países y recomienda que no se aplique esta reforma agraria aisladamente, es decir, sin ir acompañada de otros cambios que beneficien al campesino y no disminuyan la producción.

Este mismo problema lo señala con toda claridad el maestro argentino Luis Reissig. Estas son sus palabras: “Lo que se necesita es una reforma profunda y general de la vida agraria, incluida la reforma agraria. En tanto esto no ocurra, el fenómeno corriente de vastas zonas del territorio será el desarraigo, la segregación. La inestabilidad e inseguridad de la familia campesina es un hecho probado. La vida agraria no se agosta solamente por las migraciones debidas a los mejores salarios de las fábricas de las ciudades, o al trabajo mismo que se puede hallar en las explotaciones de las empresas industriales, sino por su empobrecimiento intrínseco, que ha llegado ya a la médula de la familia campesina, reducida hoy, en muchos casos, al viejo tronco, o a los raigones. Las comunidades

campesinas permanecen y prosperan cuando la mayoría de sus descendientes se casan y forman familias que encuentran en ellas un modo satisfactorio de vivir”.

Por todo esto, la distribución de la tierra, disfrute de salarios y beneficios que le permitan al campesino una vida mejor, no puede ser omitido cuando se trata de plantear el problema del bienestar rural en todos sus elementos que lo integran, sin excluir el político, que en este caso, es decisivo. La posesión de la tierra, por parte de quien trabaja, puede ser el sentimiento más enérgico para arraigar al campesino y para estimularlo en favor de una mejor producción y de una vida más satisfactoria.

Hemos señalado el factor político como decisivo en la solución del problema. Muchas veces es el Estado el que se encarga de iniciar un programa de educación fundamental y de desarrollo rural. El Estado, según el nuevo concepto filosófico, debe inclinarse cada día más hacia el campo de la educación y el servicio del pueblo, que es la base democrática del poder.

Los objetivos de la educación fundamental en el aspecto de la economía rural, son de extraordinaria amplitud. Tienen que ver con la agricultura, la ganadería, las industrias y oficios derivados, las construcciones rurales, las organizaciones de producción, venta y crédito. Éste es el amplio campo de la acción mejoradora. Para operar en él, se ayuda al campesino, mediante una mejor capacitación, que abarca lo mismo el conocimiento científico que la técnica de trabajo, la actitud para la colaboración y la preparación para la dirección, administración y previsión económica de sus negocios.

Esta amplitud de objetivos impone necesariamente un orden de prelación para destacar lo más urgente. Estas prioridades sólo el programa que se trace sobre una realidad dada, podrá determinarlas. En términos generales, el programa de economía rural tiene que orientarse hacia los siguientes propósitos:

Preparación racional de la tierra; uso de fertilizantes, métodos adecuados de riego y herramientas más modernas. Medios de evitar la erosión del suelo, por la labranza en terrazas, plantaciones de árboles, la siembra de plantas verdes de cobertura y zanjas de defensa.

Estos nuevos métodos y herramientas no serán introducidos por un simple afán innovador, sino porque la necesidad y convencimiento del campesino los requiera, previa demostración de su eficacia.

Mejores métodos de cultivo. Selección y desinfección de semillas, rotación de cultivos, uso de insecticidas. Previa experimentación en pequeños lotes o surcos, se introducirán mejores semillas o nuevas especies, (principalmente legumbres), que presenten utilidad económica y sirvan para variar y mejorar la alimentación. Cultivo de huertos de frutales y práctica de podas e injertos. Conservación y repoblación de bosques, su explotación científica y la formación de viveros.

En forma sencilla y práctica se enseñará cuanto se refiere a la selección, cruce y cuidado de los animales de explotación: instalaciones, limpieza, alimentación, prevención y cura de enfermedades.

Se aprovecharán los pastos, con la introducción de especies zootécnicas que más convengan. La cría de gallinas, abejas, cerdos y carneros es productiva, puede hacerse con poco capital y contribuye a mejorar la dieta alimenticia.

Construcciones rurales: como pequeñas presas, canales, instalación de bombas, caminos, puentes, depósitos de almacenamiento de aguas, de semillas, electrificación, urbanización, edificios comunales, escuela, panteón, etc.

Se pondrá al campesino en contacto con las agencias

que el Estado tenga establecidas en servicio y fomento de la explotación agrícola, ganadera, de caza y pesca, forestal, etc.

Organización de los campesinos para obtener más equitativos contratos de arrendamiento y aparcería de tierras, para comprar aperos y equipos de trabajo, obtener créditos de instrucciones legales, a fin de librarlos del agiotaje de prestamistas y acaparadores.

Impulso y mejoramiento de las industrias locales y oficios e introducción de las que convengan, como la conservación de frutas, hortalizas, carnes, preparación de derivados de la leche, manufactura de artículos de barro, tejidos, talla en madera, cordería, cestería, curtiduría, talabartería y todo cuanto sirva para aprovechar los recursos naturales y crear nuevas fuentes de ingreso en la comunidad.

Cuando la tierra no produce lo necesario para vivir, el desarrollo de las pequeñas industrias, como un recurso económico suplementario, se impone. Estas industrias no requieren capital, pues generalmente se sirven de los elementos de que pueden disponer: materias primas de la región y la laboriosidad y habilidad del trabajador. La ayuda que puede prestarse debe ir encaminada a asegurar al trabajador mayores ingresos y a fomentar el desarrollo de la propia industria, por el mejoramiento de la técnica y la apertura de un mercado más amplio y remunerativo. La organización cooperativa, simplificada hasta donde sea posible en su administración, para que el campesino la entienda y pueda llevarla con facilidad, puede ser muy útil en el desarrollo de las pequeñas industrias.

Hay ciertos oficios como la carpintería, herrería y mecánica, la albañilería, zapatería, panadería y otros, que es muy conveniente introducir en los medios rurales, porque además de que constituyen utilísimas y necesarias habilidades, contribuyen a formar los

artesanos modestos, que pueden prestar muy valiosos servicios.

Se impulsará la organización de ferias y exposiciones, de productos agropecuarios e industriales y la demostración de máquinas y herramientas.

Se ayudará a los agricultores para que sepan administrar sus negocios y estén capacitados comercialmente, a efecto de que en sus compras, ventas y operaciones financieras, puedan bastarse a sí mismos.

Hay un punto en el que deseamos hacer especial hincapié: es el que se refiere a la explotación integral o mixta, es decir por la asociación de la agricultura, la zootecnia y las pequeñas industrias que de aquí pueden derivarse. En nuestros hogares campesinos hay ya un principio de esta forma de proceder; pues generalmente son granjas rudimentarias, donde se cultivan hortalizas, frutales, se crían animales y se desarrollan industrias domésticas. Hay pues la tendencia y los elementos necesarios para fomentar esta manera de explotación integral que puede ser la solución cuando se dispone de poca extensión de tierra, o las cosechas son eventuales, porque se carece de agua para riegos. La granja ha sido la solución en algunos países donde predomina la pequeña propiedad. Por ejemplo, en Francia. En la región de Fontainebleau, la remolacha se cultiva para alimentar al ganado vacuno y la leche que se obtiene se transforma en queso, bien preparado y presentado que tiene un buen precio en el mercado. La maquinaria agrícola se compra y usa en forma cooperativa. Claro está que esto ha sido obra de una lenta preparación, pero ni son distintas las necesidades de ellos y nosotros, ni menos nuestras posibilidades de educación, para adaptar, no el modelo, sino la lección; que, por lo demás, ya ha surgido esta experiencia de la vida rural latinoamericana.

III). - LA FAMILIA RURAL

En la antigüedad, la familia concentraba en sí todas las funciones sociales. Pero debido a la mayor diferenciación de la sociedad, de las nuevas necesidades del trabajo, de la evolución del poder público, del incremento de la vida secular o cívica, el hogar fue transfiriendo a otras instituciones que se iban formando, muchas de sus funciones; la actividad productiva se desplazó al taller o a la fábrica; la religión, dejando de ser doméstica, constituyó la Iglesia; la autoridad absoluta que residía en la patria potestad, es substituida por la justicia y la ciudadanía que regula el Estado, la educación, por último, se transfiere a la escuela.

Esta misma organización familiar llegó por su solidez y cohesión, a constituir la base del régimen colonial americano.

La Casa Grande y la Senzala (departamento de esclavos), según lo refiere el sociólogo Gilberto Freyre, representó en el Brasil todo un sistema económico, social y político, sobre la base económica de la riqueza agrícola (cultivo de la caña de azúcar) y el trabajo de los esclavos.

El sociólogo Hesse y Gleyze, que consagra un amplio estudio sobre el hogar en su obra *Nociones de Sociología aplicada a la moral y a la educación*, expresa este concepto: "La familia moderna ya no es un templo, un taller, un pequeño Estado, una escuela, porque la vida religiosa, económica, política y social se desenvuelve fuera de ella, asegurada por otros órganos; pero a medida que se despojó de estas funciones interesadas, su papel se concentró y espiritualizó convirtiéndose en centro de vida sentimental y moral, un foco de vida efectiva, donde se dulcifican y humanizan las relaciones domésticas, un pequeño mundo donde suce-

den las cosas esenciales, nacimiento, casamiento, muerte, lugar geométrico de todos los intereses comunes de padres e hijos y de todos los lazos de parentesco”.

Quizá esto no sea muy exacto en el medio urbano, donde el hogar ha perdido su cohesión bajo el influjo de muchos factores que lo disgregan. Pero en el campo las cosas son de otro modo. En las comunidades rurales la familia es el grupo por excelencia. El campesino depende en gran medida del hogar, tiene allí su centro. Esto se debe a varias causas como son la sencillez de la vida, la cooperación que sus miembros prestan en el trabajo agrícola, por ser la casa campesina una dependencia del campo de explotación, por ser de la propiedad de la familia y tener ahí sus recuerdos, por la mayor estabilidad y permanencia del grupo, porque los hijos aún después de casados siguen viviendo bajo el mismo techo, porque los parientes residen en un lugar próximo y por otras muchas razones más. El apego a la familia, la intensidad de los sentimientos familiares, son, en el fondo, parte de ese amor que tiene el campesino por la tierra y su trabajo fecundo, que nunca considera inferior a otros.

La familia rural no está tan diferenciada como se encuentra en las ciudades. Todavía conserva en alguna medida, sus originales funciones. O bien en ella se recibe la preparación moral para ejercerlas. Así el hogar campesino, aún es un centro de producción y no sólo de consumo; es la primera escuela de la infancia y de formación de la adolescencia y juventud; es el origen de las creencias y costumbres, que determinan la conducta religiosa y pública; es un pequeño mundo de igualdad de derechos y deberes y de comunidad de bienes.

Por todo lo cual, el mejoramiento de la vida familiar y su elevación moral, es uno de los muy importantes objetivos de la educación fundamental.

Obtener el mejoramiento de las condiciones sanitarias del hogar es un propósito de especial importancia para garantizar la vida de los miembros de la familia. Es ésta, a menudo, una labor poderosa y lenta. No se trata de modificar todo lo que existe. La ambición reformista, sin medida, corre el riesgo de limitar en la gente la aceptación de las reformas indispensables. Propósitos sencillos: cómo lograr más luz en una habitación, cómo elevar el fogón, cómo proveerse de una cama alta, cómo lograr que se aislen los animales domésticos, cómo obtener la construcción de una letrina, cómo preparar mejor algunos alimentos, cómo hacer construir uno o más muebles sencillos, utilizando materiales poco costosos: todos éstos son pequeños y a la vez grandes problemas; proyectos que a veces demandan tiempo y estudio. Son realizaciones que, como tales, constituyen medios de educación y deben estar garantizados por un hábito para que perduren. Deben ser sentidos por la gente como necesidades y por lo tanto, motivos de interés y de esfuerzo mutuo. Nunca hay que perder de vista que en cada uno de estos casos hay que enfrentarse con viejos hábitos, inveteradas costumbres, usos de honda raigambre popular, que no es fácil que desaparezcan de la mañana a la noche. Muchas veces acontece que una pequeña modificación, como puede ser, por ejemplo, levantar el fogón del suelo, reemplazar un combustible por otro, mantener en alto los utensilios de la cocina, tener una mesita para comer, significan un proceso de convencimiento, implican repetidos ensayos y demostraciones, suscitan discusiones. Todo esto es necesario, si lo que se pretende es educar a la gente y cambiar sus actitudes respecto a la cuestión planteada. El resultado casi siempre depende del beneficio tangible, de la comodidad que se descubre, de la buena voluntad que se logra en la gente para poner en marcha la iniciativa y, algunas veces, de la pequeña inversión que implica un nuevo mueble o cualquier otra modificación en el hogar. En verdad se trata, ante todo, de crear nuevos intereses

para vivir mejor, sin cambiar radicalmente sus costumbres, sin herir su susceptibilidad, sin quebrar lo que sus tradiciones tienen de bueno y aceptable.

El hogar tiene en el campo de las fuerzas sociales el papel de un elemento de resistencia, que se contrapone a los factores más activos que operan los cambios.

El hogar campesino se apega con más ahínco a sus costumbres, ante todo por espíritu tradicional, porque está en su naturaleza persistir en un género de vida que es el suyo desde hace mucho tiempo y que conserva porque el aislamiento en que han estado las comunidades rurales, lo ha puesto al margen de las transformaciones que ocurren en la ciudad.

Cuando se habla, por ejemplo, de introducir en la alimentación de la familia campesina las hortalizas, se piensa que esto consiste nada más que en comprarlas o producirlas y enseñar a la ama de casa a preparar con ellas platillos estimulantes que despierden el apetito más directamente que una explicación dietética sobre su valor nutritivo. Pero resulta que, con alguna frecuencia, hasta en estos casos intervienen elementos de tradición, de costumbres y preocupaciones sociales, ya que hay alimentos que no se comen porque ello constituye un deshonor. El Prof. Moisés Sáenz, dice que es un signo de inferioridad social entre algunas familias tarascas comer ciertas yerbas, como verdolagas y quelites (bledos) y que cuando él trató de convencerlas para que incorporaran las hortalizas en su alimentación, tuvo grandes resistencias, por la asociación que establecían entre aquellas plantas que los rebajaban socialmente y estas nuevas verduras.

No obstante este carácter tradicional, el hogar rural, como todo lo social, es susceptible de cambios aunque éstos se operen con dificultad y muy lentamente.

La vida familiar constituye un poderoso medio educativo para los niños. Por eso se necesita hacer de ella no sólo un lugar sano y con comodidades, sino un ambiente agradable, que haga propicia la recreación, el cultivo de valores e intereses espirituales, la formación de carácter y la personalidad social. Dignificar en este sentido el hogar siempre es posible, aún dentro de las condiciones más humildes. La armonía familiar descansa en la mutua comprensión entre los padres. Ello es posible cuando ambos cónyuges, dentro de sus intereses vitales y profundos, en concordancia con sus aptitudes y aficiones, desempeñan su cometido, no sin que el hombre deje de otorgar a la mujer todas aquellas consideraciones a que la hacen merecedora su carácter de madre, de primera educadora y de núcleo de los afectos hogareños.

El mejoramiento de las condiciones de la vida familiar no podría lograrse por la sola acción sobre la familia, porque existen situaciones de orden social que implican necesariamente más amplias esferas de acción reformadora. Una actitud consecuente debe adoptarse ante la comunidad local, la sociedad en general y el Estado, si se quiere que la familia pueda gozar de su derecho de protección contra ataques a la moral o a la vida privada. La protección a la maternidad y a la infancia corresponde por igual a la sociedad y al Estado. Para que los padres puedan cumplir con su deber de asistir, amparar, alimentar y educar a sus hijos, tanto el orden social como el estado tienen que facilitar los medios, con una más justa retribución del trabajo y más oportunidades para recibir los bienes de la cultura.

Este objetivo del mejoramiento y elevación de la vida de la familia, al perseguirse en la acción práctica, podrá dar origen a actividades como las que a renglón seguido se sugieren: Estimular y ayudar a los campesinos para que mejoren sus casas, haciéndolas más higiénicas, mejor distribuidas, con excusado y

baño, dependencias para aperos, graneros y animales. Será ésta la mejor forma de combatir la promiscuidad. Este tipo mejorado de vivienda rural debe acomodarse a las necesidades agrícolas, pues ya hemos dicho cómo no hay separación muy marcada entre el campo de trabajo y el hogar del campesino. En su construcción se aprovecharán los materiales de que se pueda disponer en el lugar. Se procurará que mejore en lo material toda la casa: las condiciones en que hacen las mujeres su trabajo doméstico, por el arreglo de la cocina, la construcción de lavaderos apropiados, la introducción de un molino de nixtamal si es posible; que cuente la familia con el mueble más indispensable, como camas, mesas y sillas; que presente un agradable aspecto, por la ordenada colocación de los objetos, la limpieza, el encalado de sus muros, el adorno de un jardín o tiestos con plantas, y que esté exento de plagas, de insectos y animales dañinos, como moscos, moscas, pulgas, chinches, ratones, a fin de que sea realmente un lugar de descanso.

La protección de la infancia será uno de los principales puntos de ese programa, ya que la cifra de mortalidad infantil en algunos países es verdaderamente alarmante. Son muchos los recursos que hay que poner en práctica: desde la preocupación por el certificado prenupcial de salud, la atención de la mujer antes del parto, en el parto y después de él (según frase muy conocida), la preparación de la madre para prodigar cuidados a su niño, hacerle sus prendas de vestir, darle el alimento apropiado y proporcionarle la atención médica oportuna. Tres son las principales causas de la mortalidad infantil: la falta de higiene y alimentación apropiada, el descuido de las madres y el aplicar a sus niños cuando enferman todos los remedios caseros que les aconsejan.

Las clases prácticas de cocina, corte y confección, tejidos, bordados, remiendo, conservación de alimentos y preparación de postres sencillos, que se impar-

tan a las muchachas y madres de familia, serán una oportunidad que no debe desaprovecharse para obtener mejoras en la alimentación y el vestido, a la vez que proporcionan conocimientos de utilidad y aplicación inmediata. Es también muy importante enseñar a las amas de casa a distribuir bien el presupuesto de la familia. Se estimularán las recreaciones hogareñas: la lectura, las excursiones en grupo, las reuniones sociales; todo cuanto contribuya a hacer del descanso y el ocio una pausa creadora y a combatir el aislamiento. Es muy frecuente que existan incomprensiones entre una familia y otra, entre este pueblo y el más próximo; por esto, es muy importante fomentar relaciones más allá del círculo familiar. Se estimulará el desarrollo de las industrias domésticas y de las labores de mano, como costura, bordados, deshilados, que por lo general representan una actividad productiva de las muchachas y una fuente más de ingreso en el hogar. Es conveniente proteger este trabajo muy mal retribuido, porque se lucran con él los revendedores de las ciudades. La creación de cooperativas de aprovisionamiento y de venta sería una buena manera de garantizar mejores utilidades.

Como por lo general no se cuenta con boticas en los medios rurales, es muy recomendable que en cada casa se tenga un pequeño botiquín con los productos farmacéuticos indispensables. Puede establecerse un botiquín comunal, si así se prefiere.

Las buenas realizaciones entre los miembros de la familia, el decoro y buen ejemplo para los hijos, son virtudes que deben conservarse y robustecerse. Se procurará legalizar, mediante el matrimonio, las uniones libres. Los raptos, matrimonios prematuros, que son frecuentes en algunos lugares, pueden ir disminuyendo con el convencimiento y la supresión de las causas que los ocasionan. Implántese la costumbre de registrar civilmente los nacimientos.

IV). - LA RECREACIÓN

En nuestros días, la recreación ya no se considera como una pérdida de tiempo o inútil ocupación, porque sabemos que es una necesidad de la vida. El criterio equivocado que de ella se tuvo durante siglos todavía nos hace pensar que el momento oportuno para realizarla es precisamente el que llamamos de ocio, cuando nada hay que hacer y debemos ocuparnos en algo que nos libre de los malos pensamientos o nos evite el fastidio que proporciona la inactividad. Ya no es posible concebir la recreación como una manera de “matar el tiempo”, sino como una forma de la vida positiva, creadora de la energía y equilibrio de la persona. Cuando ésta sufre bajas en la vitalidad o en la cultura, éstas se reflejan inmediatamente en una disminución y empobrecimiento en las formas recreativas. Ha habido un poderoso y continuado impulso por organizar el trabajo de la vida moderna, pero hasta ahora no se ha equilibrado esto con un afán semejante por organizar el descanso, de modo que no sea un simple relajamiento corporal, sino una oportunidad de aumentar el sentido creador de la vida. Bien sabemos que cuando éste se pierde por la mecanización del trabajo especializado, ha habido necesidad de recurrir (aunque parezca increíble) de imponer la recreación por ley, como en algunos casos se han dado en Europa.

Veamos la significación que para el pensador Víctor E. Frankl tiene la recreación: la verdadera vida del hombre empieza cuando termina el trabajo profesional y comienza el tiempo libre y el sentido de su vida hay que buscarlo en el modo libre y personal como acierta a modelarla.

La recreación concebida pues como una necesidad de la vida, exige que se le dedique tiempo para su ejecución, como se lo concedemos a otras actividades. El hecho de no ser una ocupación que inmediatamente

demuestre sus beneficios económicos, biológicos o culturales la ha colocado en plano secundario, pero ya no podemos enjuiciarla de esta manera, porque ahora conocemos su íntima relación con la salud, que se transforma en beneficios económicos, al facilitar la realización del trabajo con un menor esfuerzo y una mayor eficacia; con la cultura, al restablecer el equilibrio espiritual y emotivo y dar ocasión para que se exteriorice el poder creador. Las formas de recreación deben ser tan variadas como distintos sean los intereses individuales y colectivos. Cualquiera que sea la edad, el sexo, la ocupación o condición económica de la persona, siempre será dable realizar un plan recreativo, si está adaptado a las condiciones generales de la vida. Un plan bien concebido debe tomar en cuenta no sólo los individuos aislados, sino la familia y la comunidad entera. Debe prever tanto actividades para los niños, como para los jóvenes y los adultos, mujeres y hombres.

La amplitud del campo de la recreación, la diversidad de motivos e intereses que comprende, ha conducido a utilizarla como un medio para fortalecer la salud, para propiciar el desarrollo biológico, para obtener disciplina, para formar hábitos, etc., y si bien es cierto que todo esto se consigue, olvidamos que son consecuencias de la recreación, porque su fin no es otro que el de proporcionar sana alegría de vivir.

Por otra parte, considerada desde el punto de vista de su función colectiva, es difícil encontrar una actividad que facilite más las relaciones humanas y proporcione mayor sensibilidad social. Podríamos afirmar que recreación es sinónimo de sociabilidad.

La recreación tiene la enorme ventaja de ser un medio por excelencia para entrar en contacto con la gente, para atraerla e interesarla en nuevas actividades, despertando su simpatía por otros aspectos educativos de la comunidad.

En sí misma, considerada en toda su amplitud, contribuye a la educación de toda la personalidad humana, por la diversidad de intereses que abarca, desde los juegos físicos primitivos hasta los más altos planos en el arte, la música y la literatura.

La carencia de actividades sociales y recreativas en las comunidades rurales, hace que la vida sea en ellas monótona, y que los placeres de la ciudad próxima sean un constante señuelo para la juventud. El acontecimiento mayor del poblado es generalmente la fiesta tradicional, profano-religiosa, que tiene lugar una vez al año, ocasión en la que intervienen el alcohol y el juego de azar como partes de la expansión de la gente, que no encuentra otro modo de regocijarse, de establecer un contraste o cambio en su existencia cotidiana.

Sin embargo, hay en el campo muy amplias posibilidades de recreación. El Dr. Laszlo Radvanyi, como resultado de la encuesta social que verificó en las comunidades del Ensayo Piloto de Santiago Ixcuintla, Nayarit, asegura que no carece la vida del campo de una amplia gama de posibilidades recreativas, sólo que éstas no son a veces semejantes a las de las ciudades. Así, por ejemplo, encontró que los pasatiempos favoritos de las comunidades son: "estar con los amigos," charlar con los vecinos, visitar a la gente, pasear solo, pasear con amigos, pasear con la familia, pasear a caballo, pasear por la ciudad. El mismo investigador comenta que es mayor la variación de la recreación en el campo, que en las ciudades. Esto se explica probablemente, por los efectos uniformadores de la recreación estandarizada. Si se quiere, pues, procurar al hombre del campo horas de esparcimiento, deben utilizarse los elementos de su propio ambiente. El terreno del folklore, por ejemplo, es un medio apropiado en el cual el sector del campo encuentra su propia y sentida expresión popular. Aprovechando tan rico acervo de cuentos y leyendas, no sólo se

evocan las tradiciones, sino que se ofrecen sugerencias para la actividad teatral; la canción vernácula es fuente de profundo interés; antiguos y tradicionales juegos, deportes y danzas regionales y costumbristas, exteriorizan el temperamento artístico y las habilidades de trabajo o las cualidades de virilidad, que aquí encuentran ocasión de manifestarse.

Ciertas artes populares, las de carácter plástico, principalmente, son reveladoras de un sentido estético admirable, que es necesario estimular y proteger. Esta protección consistirá en respetar los elementos mejores de la creación tradicional y, sin introducir formas hechas, o modelos, ni intentar enseñar nada, tratar de estimular el impulso creador para que dé origen a una expresión artística contemporánea. Pero como estas industrias tienen además del valor artístico un valor económico y son una fuente de ingresos de las comunidades rurales, principalmente de las indígenas, trataremos de establecer un criterio para su protección y desarrollo. Esto es tanto más urgente cuando que ya se nota una decadencia de las artes populares, porque se va perdiendo la antigua habilidad, escaseando cada vez más los que la poseen, por la influencia del turismo que impone estilos extraños, la invasión de la técnica occidental, la falta de educación del comprador y la necesidad de producir más y con mayor rapidez.

Debe concederse igual atención al aspecto estético como al económico, que ambos entrenan el problema del arte popular. Sin embargo, consideramos que si éste no desmerece en su calidad artística, el resultado económico puede asegurarse. Para lo cual se necesita educar el gusto de los compradores, asegurar una mejor comprensión de los valores estéticos que este arte represente, promoviendo exposiciones, publicaciones destinadas al público y lo que es de absoluta e inmediata respuesta, encontrar para la producción un mercado interior o exterior más remunerativo.

Corresponde a la juventud enarbolar la bandera de la recreación de su comunidad, convirtiéndose en los agentes dinámicos y entusiastas de ella. Serán los promotores de un amplio programa que comprenda las reuniones sociales, las fiestas y ferias, paseos, excursiones y encuentros deportivos. A ellos toca el conservar la tradición de su pueblo, para cultivar sus costumbres, juegos, canciones y danzas y ser el vehículo para introducir nuevas actividades lúdicas y manifestaciones artísticas y sociales que permitan el progreso de su comunidad y el conocimiento de aquéllas, populares de otras regiones y países.

Para lograrlo, es indispensable que recurran a la organización de equipos deportivos, clubes de lectura, cuadros teatrales, excursionistas, grupos de danzantes, bandas de música y típicas, orquestas, conjuntos corales, etc.

Un programa de recreación para las mujeres y los hombres del campo, que satisfaga las distintas necesidades emotivas, debe comprender una gran variedad de actividades que permitan además del uso adecuado de las horas libres, inculcar en el espíritu de la gente campesina ideales nobles y esfuerzos generosos de servicios comunales. Las reuniones sociales, la celebración de las fechas conmemorativas del calendario cívico, las audiciones de radio, las exhibiciones cinematográficas, los juegos tradicionales y organizados de los niños, la lectura de libros, el periódico y revistas, juegos de estrado, trabajos manuales y juguetes, representaciones teatrales, títeres y marionetas, las ferias y exposiciones, serán puntos de este programa de recreo, salud, civismo y arte. Las organizaciones, las actividades y las construcciones, completan la labor de la educación fundamental en material de recreación. Estas construcciones son, entre otras, los campos deportivos, el jardín público, el parque infantil, el teatro al aire libre, los lienzos para charrerías, etc.

Se implantará la celebración de las fechas del calendario cívico internacional; principalmente, los días destinados a la ONU y a la UNESCO, como motivo para dar a conocer los ideales y trabajos que alientan y realizan en todos los pueblos estas instituciones.

V). - CONOCIMIENTOS BÁSICOS

Hemos optado por aceptar la nominación “conocimientos básicos” por no haber encontrado otra que más se aproxime a expresar el significado que queremos dar a este objetivo de la educación fundamental. Consideramos otros enunciados, como “educación social”, “cultura básica”, pero por entender que nos llevaban a confusión, tuvimos al fin que desecharlos. Porque en el fondo se trata de significaciones ideológicas y no de meras palabras. Explicaremos las razones que nos asistieron para destacar estos epígrafes, que enuncian una idea de mayor amplitud.

Educación social cívica, en su sentido menos formal, pero más amplio y eficaz, es la influencia que se ejerce sobre la vida diaria que la gente lleva en la comunidad: para que cumpla sus responsabilidades, mantenga sus relaciones con los vecinos y participe en servicio y progreso de la colectividad. Y educación social o cívica en este vívido y amplio sentido, es todo cuanto hemos señalado en los capítulos precedentes, puesto que se refieren precisamente a auténticas necesidades humanas, que son atacadas con un sentido comunal. Por otra parte, cultura general o liberal, es una connotación que por lo ilimitado resulta demasiado vaga y que se puede prestar a interpretaciones nada convenientes. La cultura general se interpreta a veces como algo alejado de la vida, que se adquiere por determinadas disciplinas y a base de los libros. Sin embargo, no se trata en lo substancial de rechazar la antigua idea de la cultura general, liberal o humanida-

des, sino de darle un sentido conforme con nuestro tiempo. La idea de la cultura liberal es muy antigua; proviene de las siete artes liberales de Grecia. Estas siete artes liberales transmitidas a la Edad Media, dieron origen al Trivium y al Cuadrivium. Con un nuevo espíritu las acogieron los humanistas del Renacimiento. Ya en el siglo XIX no sólo ha cambiado el concepto de las siete artes liberales, sino hasta el mismo nombre. Por entonces, los defensores del movimiento neohumanista conciben la idea de una educación liberal general, que debe preceder a la educación profesional o técnica. Lo cierto es que con el empujón del entrenamiento técnico, la educación liberal o general quedó muy mal parada.

Esta dualidad entre la educación liberal y la práctica, tiene un origen bastante turbio; se sustentó en una odiosa división de las clases sociales: la de los libres y la de los esclavos. No obedece, como tampoco la antítesis entre teoría y práctica, que fue su consecuencia, a una distinción intrínseca y absoluta. En *Democracia y educación*, el profesor Dewey hace una exposición admirable de este asunto: “Se originó —dice—, en cuanto a su formulación consciente se refiere, en Grecia y se basaba en el hecho de que la vida verdaderamente humana sería vivida sólo por unos pocos que subsistían sobre los resultados del trabajo de otros. Esta teoría política de la división permanente de los seres humanos entre los que eran capaces de una vida de razón y por tanto de tener sus propios fines y los que sólo eran capaces de trabajo, y que necesitaban que otros les fijaran los fines, traducida en términos pedagógicos, dió origen a la división entre una educación liberal, de ocio y adorno y una educación útil, práctica, para las ocupaciones mecánicas, desprovistas de contenido intelectual y estético”.

Pero en nuestros días, el cambio de las condiciones sociales y las nuevas orientaciones de la cultura,

han modificado la idea que se tenía de la educación liberal y han suprimido el dualismo entre la teoría y la práctica, la educación técnica y la liberal, pues ambos son aspectos de la formación del hombre, que deben complementarse.

Es más, en la actualidad la UNESCO acepta este renovado concepto. En su monografía sobre Educación Fundamental, al referirse a los adultos, recomienda: "Una educación liberal que les ayude a adquirir conocimientos e ideas de carácter desinteresado, en terrenos como el lenguaje, el arte, la ciencia o la historia". Pero esto, claro está, con un sentido de igualdad social y acompañado de un programa completo y práctico que tiene en cuenta la educación para el trabajo, el recreo, la salud, la conducta cívica y política.

Conocimientos básicos, no es por cierto una denominación muy feliz. Lo más fácil es que de un lugar a que se entienda con un significado restringidamente intelectualista, que no queremos darle. Por todas estas razones, vamos a explicar cuál es nuestro pensamiento sobre este particular. El conocimiento tal como aquí se concibe, no tiene un fin en sí mismo, sino que está en función de los intereses de la vida del individuo y de la sociedad y forma, por tanto, con todos los objetivos anteriormente señalados, un todo que no se puede separar.

Es muy amplio el contenido que le damos a este concepto. Desde luego, al referirlo al vivir cotidiano, tenemos que pensar en un conocimiento eminentemente práctico, de aplicación inmediata, casi una técnica al servicio del trabajador y del bienestar social. Pero, indiscutiblemente, que el conocimiento no se agota en esta relación de utilidad. Tiene, en la educación fundamental, muchas otras finalidades en conexión con su programa de elevación y de trabajo, como son: que las cosas se hagan con plena conciencia de sus fines y no a ciegas; liberar la mente de prejuicios y temores;

vincular al individuo y al grupo con la lengua literaria del país (lectura y escritura), la organización económica, jurídica, social y política (conocimiento de las leyes, deberes y derechos), con los problemas y tareas nacionales, con su historia y su cultura. Pero a la vez, rebasando el círculo de la provincia nativa, del país, del actuar y el vivir inmediato, pondrá al hombre en contacto con el resto de la humanidad y le hará comprender los ideales universales y las tareas comunes que éstos implican.

Como se podrá juzgar, lo que se pretende con los objetivos de este capítulo, es colocar todo lo que se haga en el centro del proceso educativo, para iluminarlo con la inteligencia.

En forma esquemática, enunciaremos los motivos y situaciones en que se vinculará el conocimiento, según la amplitud que aquí le damos.

En la comprensión de los principios científicos elementales que sirven de apoyo a las prácticas higiénicas; los conocimientos y las técnicas que requieren el progreso económico o enseñanza práctica de ideas para mejorar las condiciones de vida de la familia; ampliar los intereses culturales y las relaciones sociales por medio de la recreación; comprensión del lugar que la comunidad ocupa en la geografía e historia del país; la alfabetización y otros elementos de relación; preparación para el uso de la ciudadanía; preparación en el civismo internacional; ideales éticos y espirituales, orientados hacia el individuo y la sociedad.

Muchas de estas informaciones, ideas y conocimientos se podrán suscitar y adquirir como se verá en otros documentos, en el centro social de adultos, la biblioteca, por el periódico mural de la comunidad, el cine, la radio y otros medios de enseñanza.

Capítulo IV

SUGESTIONES METODOLÓGICAS

Los métodos en la educación fundamental dependen, esencialmente, de la manera de concebir los fines. El método no tiene valor en sí, lo recibe del propósito que sirve; por eso el medio debe gravitar constantemente hacia su objeto, identificarse con él, y no al revés, hacer de los medios fines. Esto es recomendable, porque en la educación fundamental una tarea concreta vale por sí misma, por el beneficio social que representa, pero sobre todo, por la experiencia que recibe quien la ejecuta; y esto depende del “cómo” la ejecuta. El cómo se identifica pues, con el objeto, por supeditación del medio al fin; o sea que el cómo, el qué y el quién, constituyen una unidad orgánica, de auténtico y completo valor en la educación fundamental.

Como cada uno de los aspectos de la educación fundamental tiene sus objetivos particulares; como cambian las circunstancias de comunidad a comunidad, no podemos recurrir a un inventario de métodos. El problema del método, después de todo, no es un secreto académico (salvo el caso de que nos empeñemos en una casuística que reglamente los movimientos más leves); es el de encontrar el medio mejor de realizar un objetivo determinado, cuenta habida de las personas y de las circunstancias. El pensar demasiado en el modo de hacer, nos oscurece y difiere la idea de lo que tenemos que hacer, y la tarea es lo que importa. Generalmente reforzamos los medios, cuando hemos olvidado los fines. Entonces, lo esencial es tener un completo conocimiento de los fines e intereses del adulto, de su medio físico y social y de los elementos materiales de que se disponga. Esforzarse por tener una regla para cada cosa es uno de los peores caminos que pueden tomarse. Más que todo, figuran a continuación las normas o principios guías en la elección de los métodos; más aún, del método que debe emplearse en cada situación, pues ésta siempre estará en función de un caso particular.

Todos los métodos de la educación fundamental deben concurrir en el mismo propósito esencial: capacitar al individuo y a la comunidad para que por sí mismos mejoren sus condiciones de vida. Son ellos los que deben participar en esta labor, estimulados, guiados y aconsejados por los maestros y trabajadores sociales. Esta capacitación implica: que el individuo tenga idea clara y exacta de lo que va a hacer; que identifique sus propósitos con los fines comunes; que tenga conciencia de que son valiosos para su vida y el mejoramiento de su comunidad; que se una a otros y colabore conscientemente en la realización de ellos, y que disponga de los conocimientos y técnicas que sean aplicables en el trabajo. De este modo, los cambios que se operen en la comunidad serán cambios que se operan a la par en el hombre, porque son conscientemente ejecutados por éste.

Un buen método en educación fundamental aconseja partir siempre de lo que ya se tiene. Es decir, que antes de proponerse llevar a cabo una obra nueva, se realicen los propósitos que ya tiene la comunidad. Que antes de introducir cosas de fuera, se aprovechen las que ya existen para mejorarlas. Se utilizarán los recursos con que se cuente: así, en el mejoramiento de la alimentación, lo que ahí se produce o pueda producirse, o lo que con el mismo presupuesto familiar de que se dispone signifique una dieta más sana y nutritiva. Las encuestas y trabajos sobre el mejoramiento de las condiciones de la vida familiar, han demostrado que con el mismo presupuesto destinado a la alimentación, según lo permiten sus ingresos, pueden obtenerse mejoras, si se ayuda en este sentido a las amas de casa.

La acción de la comunidad es proporcional a la confianza que el trabajador social gana. Para lograr que los campesinos colaboren es necesario que haya comunidad de fines. A esto se ha llamado socializar a los vecinos en conciencia. Crear una conciencia co-

munal sobre los problemas que se trata de resolver implica una actitud hacia su solución; pues los problemas son sólo problemas porque los definimos como tales por nuestros propios juicios de valor. Tener un problema es ya sentir una necesidad y querer satisfacerla, superando las dificultades que se presenten.

No siempre conocen y sienten los campesinos sus propias necesidades, ni perciben los medios de que podrán valerse para resolverlas, ni tienen confianza en sus medios. Hacerles sentir la necesidad de resolverlas, orientarlos en cuanto al camino que han de seguir, darles seguridad en sus propósitos y confianza en sus posibilidades, es el paso más importante en todo trabajo social.

Lograr que el individuo se una a otros para que realice lo que no podrá conseguir aisladamente; organizar a la comunidad para que por sí misma resuelva sus problemas y satisfaga sus necesidades vitales, es un importante paso en toda obra de educación social, porque es apoyándose en ella como puede introducirse una nueva práctica, como se da permanencia a un servicio y es, a la vez, la manera como la comunidad capacita a sus propios miembros para conducirla y forma el espíritu de cooperación social que la integra.

En relación con la organización de la comunidad, debe observarse que existen en el medio rural instituciones que han cobrado carta de naturaleza, por ejemplo, en México, la agencia municipal, el comisariado ejidal, los comités de educación, el consejo de la comunidad indígena, en algunos casos, etc. Lo cual indica que todo organismo para que persista y sea efectivo, no ha de ser obra del artificio, ni se ha de formar no más porque sí, sino que ha de obedecer a necesidades reales y ha de tener funciones y tareas concretas. No es aconsejable acumular comités, asociaciones, ligar clubes, organismos preconcebidos tan sólo por llenar un programa; ni imponer el órgano antes

que lo pida la función, ni recurrir a formas que no correspondan a la actividad. Así, por ejemplo, en el deporte, antes que el club tiene que existir el equipo, que es la organización natural, y sólo por su crecimiento podrá llegarse a aquél.

La organización de la comunidad para su participación en las funciones colectivas, es uno de los más sanos preceptos de la conducta cívica en una democracia. Pero no hemos de frustrar las cosas. He aquí un consejo acertado del pensador Alfonso Reyes: "La Comititis, propia enfermedad sobrevenida en el seno de la nación democrática, enfermedad que ha cundido ya entre nosotros los latino-americanos y que entre nuestros vecinos (los Estados Unidos) hace verdaderos estragos, consiste en querer referirlo todo a comités, mientras más numerosos más característicos de tal epidemia; y en sustituir la verdadera cooperación social de cada uno por una vaga acción simbólica de conjunto que, generalmente, es como una red de mallas flojas por donde se escapan todos los peces. ¿Que se trata de tomar resoluciones sobre los problemas más urgentes? Pues viene la convocatoria a una cuarentena de personas, para que todas se figuren que forman parte del gobierno de su comunidad. Y, naturalmente, sólo cinco o seis privilegiados se encargarán de definir un programa. Nótese: ya no de resolver, sino meramente de plantear el programa. Pues la gracia está en ir poniendo etapas intermedias y en ir alejando la realidad con un juego de sobrepuestos trámites dilatorios".

Antes de concluir este punto, queremos recomendar que, ante todo, se aprovechen las organizaciones ya existentes en la comunidad para descargar a través de ellas la acción social y educativa que proyectemos. No sería aventurado decir que si no hay normas, esquemas vivos, hábitos que deciden las formas de organización en una comunidad, por lo menos hay buen sentido y experiencia sobre las que más convienen.

Así, por ejemplo, cuando en un pueblo se trató de formar un comité que se encargara de que se barrieran todas las calles, el pueblo por condescendencia aparente, nombró su comité, pero como en él se había despertado el deseo vivo de empeñarse en esta tarea, para tener éxito en ella, recurrió a un sistema de organización que le era muy conocido: el de la organización por barrios.

En esta capacitación de la comunidad para conseguir que se empeñe en la resolución de sus propios problemas, es un buen principio de organización descubrir y formar los líderes sociales que en todo grupo existen y manifiestan preferencia por determinado trabajo. Si se les encomiendan tareas que más estén en consonancia con su inclinación y experiencia, serán los mejores promotores en la realización de ellas. Esta labor es sumamente importante; tanto así, que podríamos decir que una de las finalidades que puede perseguir el maestro o el trabajador social con mayor ahínco, es multiplicar su esfuerzo, por medio de estos líderes o monitores, y hacerse cada vez menos necesario en la colectividad. Cada grupo humano tiene sus propios maestros, en lo cual hay una gran ventaja: que siempre se ponen éstos en el mismo plano del que aprende de ellos; en la actitud del que ayuda o del que resuelve con otro un mismo problema; habla su mismo lenguaje porque está dentro de una misma situación social; no recurre a medios que no sean los que ya le dieron resultado, y tiene en ellos experiencia. El líder social representa la iniciativa dentro del propio grupo, el pensamiento del pueblo concentrado en el impulso del individuo. Hay movimientos sociales, como el del Cooperativismo en China, que fracasaron por falta de líderes que los impulsaran. En todo grupo hay líderes más o menos calificados. El pueblo siempre está dispuesto a seguir al que “promueva algo”; espera que alguien “haga punta” (inicie), para unirse a él; tiene un buen sentido de lo que es valioso y esencial, y sigue a quien lo encarna y pone en acción. Sucede

que a veces una comunidad, por falta de estímulo que venga de afuera, ha tenido que descansar en sus líderes. Cuando llega ahí un maestro o trabajador social y obra sin tino, es muy fácil que sea hostilizado por dichos líderes. Lo mejor será siempre que no tenga demasiado interés en que se vea su acción personal, ni en tratar de ser quien todo lo haga sino en atribuir los buenos resultados a los dirigentes del grupo, y darles su participación y responsabilidad en el trabajo.

Las metas, o sea los objetivos inmediatos que deben conseguirse en la acción social, generalmente se encuentran en la propia comunidad o en lugares próximos. Éstas son más valiosas que las llevadas desde fuera porque son una demostración de lo que es posible hacer por iniciativa propia cuando se persigue un ideal por superar las cosas existentes. Así, por ejemplo, entre las casas mejores de un poblado, se podrá seleccionar la que reúna más ventajosas condiciones y sea accesible por su costo de construcción a la generalidad de los vecinos.

Esta casa seleccionada, mejorándola un poco, nos dará la meta inmediata de vivienda rural típica, que hay que adoptar y multiplicar en todo el poblado. En otros casos será preciso introducir la meta. Para esto no es necesario ganarse la confianza y la voluntad de todos, sino solamente de aquel o aquellos que consideremos más fácilmente dispuestos a aceptar la mejora que queremos introducir. Si se trata, pongamos por caso, de implantar el uso de la colmena moderna, nos valdremos, en primer lugar, de aquellos que tengan abejas alojadas en cajas inadecuadas, o de los vecinos que manifiestan algún interés por la apicultura. Esta meta, ya instalada en la comunidad, será fácil generalizarla mediante la demostración concreta de los resultados.

No se habrá logrado un propósito educativo mientras la práctica que lo sustente no haya encarnado en la vida de la gente como una necesidad que tiende a bus-

car su satisfacción en forma constante y duradera, sin la intervención de agentes extraños a la comunidad que la impulsen. Un nuevo método de producción agrícola, una práctica higiénica, una actividad recreativa, si sólo se verifican bajo el estímulo de una persona extraña a la comunidad, no son garantía de que se ha efectuado un cambio favorable en la actitud de la gente en relación con tales hechos; ya que esto sólo se conseguirá cuando todo lo anterior se siga realizando en forma constante y habitual, por propio impulso del grupo.

Es por todos motivos recomendable el trabajo por equipos. El equipo no es una simple agrupación de personas, sino una unidad educativa, constituida en forma adecuada para ejercer una acción integral en las comunidades. En éstas las necesidades de salud, trabajo, hogar, recreación, cultura, tienen esenciales conexiones que hay que conocer y tomar en cuenta en la práctica. Aunque cada miembro del grupo es responsable, en particular, de una actividad, no por esto debe permanecer indiferente ante las otras, pues tal cosa rompería con la necesaria cooperación que debe existir en el equipo y lo incapacitaría para tener siempre presente una idea de conjunto del trabajo que se realiza, como respuesta activa a la visión global que se alcanzó con la investigación. Si en un momento dado todos los esfuerzos de la gente están concentrados en un objetivo importante, como puede ser la introducción del agua potable en el poblado, todos los miembros del equipo contribuirán en esta labor. Si el encargado de las actividades económicas, u otro, se encuentra desocupado, porque el tiempo no es propicio para su trabajo, deberá auxiliar al compañero del equipo que más lo necesite en ese instante. El equipo debe celebrar reuniones frecuentes para planear el trabajo o para tomar decisiones adecuadas, según lo requieran los problemas que se vayan presentando. Insistimos en que no es el equipo, sino la comunidad, la que tiene que hacer las cosas. Los maestros o trabajadores

sociales sólo pondrán los estímulos, guiarán y aconsejarán. Los miembros del equipo, según las necesidades que les plantee el trabajo, recurrirán al consejo de los técnicos, para lograr la solución más adecuada. No está obligado cada maestro a saber todo lo que corresponde a su actividad; pero sí a promover en cada caso la acción del técnico, del que más sepa del asunto y sea el más indicado en la misma comunidad, o la intervención de las agencias oficiales. Muchas veces el equipo, si no está integrado por especialistas, se descorazona ante las más pequeñas dificultades de orden técnico o de ciencia aplicada que le presenta el trabajo. Una fórmula de pintura, la aplicación de un vendaje, el corte de ropa, son tropiezos imprevistos. Su formación puramente académica coloca al maestro en una situación de inferioridad que fácilmente lo hace perder la confianza en sí mismo. Entonces se excusa atribuyendo la falta a otros, a los que lo pusieron frente a una tarea sin darle instrucciones muy precisas y muy práctica preparación sobre todo cuanto en la comunidad se le pudiese presentar como dificultad. ¿Y quién puede prever estas dificultades? ¿Cómo se tendrá la anticipación de ellas, para desde las aulas preparar al maestro? Y, sobreviene la duda: ¿Será posible, conocidas esas dificultades técnicas, que seguramente por referirse a tantas cosas tienen que ser muchas, abarcarlas todas, sin correr el peligro que señala la voz popular cuando dice: "Maestro de todo y oficial de nada"?

Hay maestros que en sus comunidades personalmente resuelven todas estas dificultades técnicas; claro está, se trata de cosas sencillas, que sin embargo mejoran las condiciones de la gente; se trata de aquellos conocimientos prácticos que con facilidad se pueden saber, ya que la ciencia aplicada es la base de nuestra vida moderna, está entretrejida con ella y hay muchos medios de difusión de sus secretos. Pero lo más curioso es que en muchas ocasiones este maestro que ahora sabe muchas de estas cosas y las aplica en

tal cual comunidad, no las conocía antes de llegar a ella, porque fueron las necesidades del trabajo las que lo obligaron a buscar informaciones. Pero hay también otro modo de proceder, que es el que hemos recomendado, o sea que según el problema se busque la solución técnica que demande. Un maestro que así procede, compensa su impreparación técnica, que no está obligado a tener, que no podría tener en ilimitada medida, con otra competencia, que es la aptitud como trabajador social. ¿Se corregiría esta deficiencia si en el equipo se contara con puros técnicos? Así como nuestros maestros son los menos experimentados en asuntos prácticos, resulta, en cambio, que los hombres prácticos casi siempre carecen de visión social y de sentido responsable por el bienestar común. Sin desconocer la necesidad de la técnica, volvemos a repetir aquí lo que hemos afirmado con anterioridad, que la actitud para el servicio social es lo indispensable. Esto no quita que no se procure dar diversas soluciones a la cuestión que se plantee; como hacer que la función que en el campo desarrollan algunas agencias de servicio, al través de sus especialistas, médicos, agrónomos y otros, tenga un sentido educativo; y también, por lo que toca a los maestros, lograr que su formación profesional sea menos alejada de la realidad, que se sitúe un poco más cerca del terreno de los auténticos problemas sociales.

Como en un equipo deportivo, debe existir la subordinación voluntaria del individuo a la finalidad del grupo, aun cuando haya desaparecido la apariencia de autoridad, y se insiste especialmente sobre aquellas cualidades morales, como son: el espíritu de grupo, la iniciativa de cada quien, la confianza y responsabilidad en el resultado del trabajo. No desesperará el grupo por no conseguir todo lo que se propone; a veces conseguir un pequeño resultado cuesta desproporcionados esfuerzos, y requiere emplear un tiempo largo, pero esto mismo hace más satisfactorio el éxito porque vencer los obstáculos con espíritu deportivo siempre dará

confianza en nuestro propio esfuerzo. Resulta que los verdaderos y profundos cambios que se operan en una comunidad, por obra de la educación, son sumamente lentos y por lo mismo imperceptibles, como no sea a largo plazo. El equipo debe reunirse con suma frecuencia, en el mismo campo del trabajo, con el objeto de planear, coordinar o revisar su labor. Es muy conveniente que analice sus experiencias y evalúe los progresos y resultados que vaya logrando en la acción.

Debe predominar el sentido educativo sobre la solución técnica. La introducción de nuevas técnicas, que es generalmente con eliminación de otras que cuentan con la fuerza de la costumbre, requiere siempre un proceso educativo para preparar a la gente, vencer prejuicios y demostrar sus ventajas; lograr que se incorporen en la vida cotidiana, que se hagan extensivas a la totalidad del poblado. Quizá en muchos casos no se pueda aplicar la técnica más adelantada, sino nada más la que resuelva de manera inmediata el problema; la que con menor resistencia acepte la gente, la que esté al alcance de sus medios económicos.

En otros casos los maestros recibirán una preparación técnica para hacer más eficiente su trabajo. Esta preparación técnica, al ser determinada por las necesidades de la vida rural, no puede llevar mucho tiempo ni requerir capacidad excepcional.

El corte de ropa es muy posible que interese a muchas madres de familia, y es además un punto importante de nuestro programa; luego lo indicado es que las maestras se preparen para impartir en forma práctica estas enseñanzas. Pueden resolver la exigencia, si en el poblado hay alguna señora que pueda prestar su ayuda en este trabajo.

La escuela rural, en muchos países, ha venido trabajando en pro de la educación fundamental, principalmente a través de la acción social que tiene encomendada.

Los equipos, si no han tenido su origen en la escuela, no deben a pesar de esto sustituirla en esta tarea, ni en los trabajos que lleven a cabo harán caso omiso de ella porque esto redundaría en menoscabo de la función social que esta institución ejerce en forma permanente. Por el contrario, se mirará porque robustezca esta acción, auxiliándola, para que la cumpla en forma más amplia y eficaz. Los equipos, por lo tanto, deberán coordinar su trabajo con los maestros de la escuela.

Si consideramos además que la educación de los niños es parte muy importante de la educación de la comunidad, y si en nuestra acción pretendemos abarcar a ésta en su conjunto, de esto se deducirá que el mejoramiento del trabajo escolar no será ajeno a las preocupaciones del equipo. En esta labor, como en toda otra, los equipos prestarán su colaboración al maestro y al inspector de la zona escolar, personas sobre quienes descansa en forma directa la responsabilidad.

Pero resulta que en muchos países, por la orientación que han dado a su trabajo, como lo acabamos de señalar, es la escuela rural el núcleo más activo de la educación fundamental, y sobre ella puede hacerse descansar un programa de amplio contenido. La escuela rural en este caso utilizará cuantos medios tenga a su alcance, pero sobre todo, a los adultos, como ya lo hemos recomendado.

Se buscará la ayuda de las dependencias oficiales, a fin de que estas instituciones concurren en el desenvolvimiento de las comunidades rurales. Esta ayuda se promoverá, según el caso, al realizarse trabajos concretos de salubridad, conservación de recursos naturales, crédito, etc., buscando siempre la forma más adecuada y eficaz, sin recurrir en ello a la organización complicada de cuerpos coordinadores permanentes de dichas dependencias, lo cual presentaría grandes inconvenientes en la práctica.

No se debe violentar el ritmo de la vida de la comunidad. La vida del campesino discurre sujeta a los fenómenos naturales como las estaciones del año, el día y la noche, el ciclo de vida de las plantas y los animales; fenómenos previsibles, a veces provocables, pero ajenos a la voluntad humana, obligan al campesino a conformar su vida al ritmo de la naturaleza. El retraso en su evolución, la necesidad ingente de su progreso, el ritmo acelerado de los acontecimientos y el anhelo de verificar los resultados de nuestra acción, con frecuencia nos hacen olvidar que un mal de siglos no puede remediarse en unos cuantos meses o años. Más que el apresuramiento, la obra requiere tenacidad.

Un buen plan de trabajo es el que toma en cuenta la gravedad de los problemas o la urgencia de su resolución al mismo tiempo que las posibilidades que tenemos para resolverlas. La investigación nos indica cuáles son los problemas centrales de la comunidad y cuáles sus recursos. En ocasiones algunos problemas habrá que plantearlos parcialmente para resolverlos por etapas, atentos siempre a las posibilidades y otras veces será conveniente empezar por resolver problemas menos graves o difíciles, tanto para ganar la confianza de las comunidades como para darles la seguridad de que por sí mismas pueden resolverlos.

En ningún caso se ofrecerá a las comunidades ayuda material o económica. Prometer es comprometer. Si se cumple la promesa frustramos los propósitos educativos (de organización, cooperación, confianza en sí mismos) y si no se cumple fomentamos el recelo y perdemos el crédito para emprender nuevos trabajos. Una ayuda se dará cuando corresponda a un esfuerzo realizado o para estimular o sostener el entusiasmo, pero siempre se le despojará de todo sentido de beneficencia que hiera la dignidad humana y coloque a quien la reciba en situación de inferioridad.

Toda obra que se inicie debe terminarse. Empezar varias obras simultáneamente, sin tener la seguridad de continuarlas hasta el fin, acusa falta de previsión, además de un pésimo empleo del entusiasmo, energías, confianza que hayamos conseguido despertar, y de los materiales que podamos reunir. Cada esfuerzo realizado requiere un gasto de energías y de materiales; por tanto, lo indicado es encauzar energías, entusiasmos y recursos hacia uno o dos fines primordiales y hacer concurrir en ellos o alrededor de ellos los demás objetivos, pues ya hemos visto cómo se implican entre sí.

El conocimiento por el conocimiento mismo no se justifica en la educación fundamental. En ésta debe entrar en apoyo de la vida del hombre y del grupo para resolver sus necesidades, guiar su conducta e interpretar, depurar, complementar y ampliar la experiencia que ya tiene de las cosas. Solamente la enseñanza de la lectura, escritura y operaciones fundamentales del cálculo, por sus peculiares exigencias, se proporcionará en forma sistemática, sujeta a periodos lectivos breves, en consonancia con la urgencia del trabajo de los campesinos. En este aprendizaje (como en todo lo que concierne a la obra educativa) se aprovechará, para mayor comprensión, el enorme recurso de la lengua indígena, en el aspecto puramente oral que tiene, a fin de desarrollar y facilitar la expresión en forma oral del castellano y enseñar a leerlo y escribirlo (a esta conclusión se llegó en la región tarasca de Pátzcuaro, por ser claramente manifiesta en las comunidades rurales la tendencia al bilingüismo, tarasco-español). Los demás conocimientos no se impartirán en forma sistemática, sino en relación con los fenómenos naturales y los hechos sociales que haya que explicar, y con las actividades que se realicen al poner en práctica el programa de educación fundamental, en todos sus aspectos.

No se amplía más este aspecto, en virtud de que el Centro Regional prepara una segunda monografía, sobre la educación de adultos y la alfabetización.

El material que se elabore, seleccione o aplique, será el que pidan las necesidades del trabajo. El Centro prepara una monografía sobre la producción de materiales para la educación fundamental, no obstante lo cual, proporcionaremos algunas ideas que pueden contribuir a fijar el carácter de la producción y empleo de estos materiales.

Los modernos recursos auditivo-visuales, si bien se mira, son herederos resistentes de aquellos desprestigiados expedientes de la escuela antigua: el verbalismo y la enseñanza objetiva; sólo que ahora se presentan tecnificados, aprovechando los progresos de la ciencia aplicada. Bueno es no perder de vista su origen, a fin de recordar siempre que los medios visuales y auditivos en mención no representan por sí mismos experiencias educativas completas (éste fue el error del ayer), no son, pese a su maravilla, inventos que tengan la virtud de sustituir al maestro, ni menos, suplantar el conocimiento vivo y la influencia formativa que proporcionan el esfuerzo personal y la acción práctica.

Debe recordarse, pues, que se trata de verdaderos medios para enseñar, y no de substitutos de la enseñanza, como lo dice Olsen. Por ser documentos de educación fundamental, quienes deben estudiar y decidir los proyectos de ejecución, son los maestros, que realizan o guían el trabajo, porque sólo ellos palpan las necesidades de éste, conocen a la gente y, sobre todo, son los encargados de aplicar dichos materiales. Pero hay una razón más: el material que preparan es parte integrante de un proceso de educación, es decir, de los fines, métodos y recursos que el maestro o trabajador social se han planteado. No vale el material desarticulado de este proceso, ni en su producción ni en su aplicación. La ayuda del técnico, como en la cinematografía, nada tiene que ver con el guion, como no sea una completa identificación con la idea del educador y un conocimiento directo de las condiciones en que ha de desarrollarse y exhibirse la película.

Cada medio auditivo-visual tiene sus propios fines, y se dirige a determinados públicos según sus temas. Adquiere, también, sus propias características, que deben tenerse en cuenta al producir y usar estos materiales.

El cinematógrafo, que después de la invención de la imprenta es el acontecimiento más grande en cuanto a difusión, medio poderoso de información y de enseñanza; para niños y grandes (los niños y la gente oral dependen en gran medida de su memoria eidética, o de imágenes), para pequeños y numerosos grupos, debe recoger el escenario real, encarnar los personajes de la vida corriente con la intervención de las mismas gentes, enfrentándose a sus propios problemas: salud, trabajo, vida doméstica, participación social y cívica, etc. El estilo humorístico es de gran efecto, en muchos casos. Esto no quiere decir que se ridiculicen personas, situaciones o tradiciones históricas que hieran a la gente. Los pasos realistas de la película deben conducirse en forma positiva, buscando su complemento y superación en esas mismas situaciones que ya han mejorado, como resultado de la labor educativa. Las historias de personajes de la vida real pueden ser un buen camino para aumentar el interés de la gente por la película, darle sencillez y familiaridad y hacer más fácil la comprensión de la sintaxis cinematográfica.

Las vistas fijas o diapositivas en serie son muy útiles como auxiliares en la educación y en la demostración práctica y pueden emplearse con el ritmo que se quiera, a fin de intercalar explicaciones y comentarios. Estas cintas fijas se pueden preparar aun por personas que no sean técnicas, con bajo costo de producción.

El cartel puede sustituir a las vistas fijas sobre todo cuando forma parte de una serie destinada al mismo asunto.

Juntamente con estos materiales, películas, vistas fijas, diapositivas, instrumentos de calidad técnica, se prepararán otros más sencillos y de menor costo, como carteles, periódico mural, libros breves, teatro, etc.

Los libros breves, como material para personas que comienzan a leer, deben estar escritos en un vocabulario que no difiera del que es usual en el lenguaje de cada día; deben contener un material literario sencillo y que se refiera a cuestiones de interés que surgen de la vida cotidiana del individuo, del grupo y de la nación. Serán abundantemente ilustrados, y estarán impresos con tipo grande.

El periódico mural de la comunidad, y el que circule en la región, preparado fuera de la comunidad, serán medios para proporcionar noticias locales, nacionales e internacionales; conocer los problemas que se suscitan dentro y fuera del lugar y del país, y servir de orientación y apoyo a los trabajos del programa de educación fundamental que se estén llevando a cabo.

El teatro es un poderoso medio de recreación y educación social. En los medios rurales hay una larga tradición sobre la escena, así sea en su forma y técnica sencillas e incipientes, como pasos, pastorelas, "monumentos," etc. El teatro misionero no tuvo fines puramente recreativos, sino que, nacido de la evangelización y la catequesis, su trascendencia sale de la escena y del espectáculo, para lograr, como un "fin de fiesta," un resultado concreto, verbigracia el bautizo de los naturales. Este teatro se desvirtuó por efecto de influencias extrañas, y no pudo evolucionar hacia formas laicas y sociales. La educación fundamental puede aprovechar estas posibilidades que están latentes, para los fines que le son propios.

Si se trata de redactar una cartilla como auxiliar en el aprendizaje de la lectura-escritura, no se olvidará lo que se ha dicho a propósito de la alfabetización.

Una cartilla se escribe siempre en vista de un ambiente; las personas, sus ocupaciones, la situación de aprendizaje que ya se haya formado, serán los datos que se tomarán en cuenta. No debe preocupar mucho que la cartilla se ajuste a un método determinado, de los que son conocidos; debe ser más bien una guía y ayuda en el proceso vivo que seguirá quien por ella estudie. Se aprovecharán cuantos motivos rodeen al aprendiz, las situaciones reales de la vida, las necesidades manifiestas de uso de estas habilidades, la letra de las canciones conocidas, refranes, adivinanzas, corridos y otros elementos del folklore. La cartilla debe contener toda esta realidad de la cual sólo es el lenguaje un símbolo y un vehículo de expresión. No se incurrirá en error pretendiendo que la cartilla plasme el método que más nos entusiasme, o el más moderno, pues no debemos olvidar que este es un primer libro (es decir, una nueva y extraña experiencia) que ponemos en manos del adulto y que debe convencerlo de que aprender a leer y escribir no es una cosa que no esté al alcance de su inteligencia y de su esfuerzo. Este libro debe estar dentro de la tradición que hay en cada país sobre métodos de lectura-escritura, que seguramente son los mismos por los que adquirieron estos elementos las personas "letradas" que rodean al aprendiz, y lo auxiliarán probablemente en su estudio. Es prudente aprovechar el carácter fonético del español y la profusión que tiene de elementos de construcción, como **a, el, o, por,** etc., sencillos y que dan lugar a combinaciones. Como la escritura será probablemente simultánea a la lectura, tendrá forzosamente que llegarse a aislar las letras. No importa, aunque el carácter del lenguaje sea precisamente sintético, si esto se ve como un paso necesario y transitorio en el aprendizaje. El lenguaje es una cosa viva, como la raíz de que nos habla un naturalista, que cuando encontró a su paso una suela de zapato, se bifurcó en radículas menudas, cada una de las cuales entró por un punto de la costura, como una hebra de hilo, pero una vez salvado el obstáculo, volvió la raíz

a reintegrarse para seguir su avance. En el lenguaje esta reintegración del elemento o sílaba fonética en la palabra, frase y oración, con claro sentido, es una necesidad propia de su natural función; por eso leer es entender. La cartilla será profusamente ilustrada, pues desde el tiempo del "Orbis Sensualium Pictus," de Comenio, está demostrado que la palabra y el dibujo se complementan.

Por último, para terminar este punto consagrado al material educativo, diremos que es un buen método en su producción y uso reforzar uno de ellos, pongamos por caso la película, con el apoyo de otros, como el cartel, la vista fija, el folleto, la representación teatral o de títeres, cuando la importancia de un asunto así lo requiera.

Para conocer en qué grado las medidas educativas que se apliquen en cualquiera de los aspectos del programa son eficientes, es menester medir sistemáticamente los resultados que se vayan alcanzando en el trabajo. Claro es que sobre el plan de trabajo puesto en ejecución habrá que efectuar dichas mediciones.

Si los objetivos de éste han sido formulados concretamente y si ha sido precisa su realización, los resultados podrán expresarse más fácilmente en términos mesurables.

Como en el caso de la investigación, tendremos que pronunciarnos aquí por el uso de procedimientos sencillos, aunque no se alcance la alta precisión científica que es de desearse, sino solamente una apreciación lo más aproximada posible sobre los cambios que se van operando en las comunidades rurales por efecto de los estímulos de la educación fundamental.

La evaluación no tiene un valor independiente de la investigación inicial, ni es una actividad aislada del proceso de trabajo, ya que aquella le sirve de base

para toda comparación, y es parte integrante del método empleado en la realización de un proyecto.

Es tan complejo medir los resultados del trabajo y los cambios que se operan en la gente, cuando esto tiene que hacerse sobre la base de un programa tan amplio como es el de la educación fundamental, que no sería posible lograrlo si sólo se utilizara un medio, se hiciera una única vez o se dispusiera de un unilateral ángulo de observación. A diversos fines, diversos medios de evaluación, y el mayor número de observaciones posible sobre las características concretas que se pretenda apreciar.

Pongamos algunos ejemplos. Si se trata de hacer un censo de población, lo indicado es recurrir a los procedimientos estadísticos que están establecidos, ya que se trata de una medición cuantitativa y el objeto es llegar a cifras globales y porcentajes. Para medir los resultados que un campesino obtiene mejorando su semilla, abonando sus tierras, y en general por el empleo de mejores técnicas de cultivo, lo indicado es que recurra a procedimientos usuales en la contabilidad de toda negociación productiva.

Pero las cosas se complican cuando se trata de medir lo que precisamente es más importante en la educación fundamental, según lo hemos expresado en diversas ocasiones: los cambios de actitud en la gente. Una medición cuantitativa tiene que hacerse sobre esta mira de apreciar lo que es puramente cualitativo. Si, por ejemplo, en una campaña de vacunación, se registra como único dato el número de personas vacunadas en una comunidad, se tiene un dato cuantitativo, muy valioso para juzgar su prevención contra la enfermedad; pero este dato nada dice sobre la actitud de las personas ante la medida profiláctica, si la recibieron por coacción, o en forma pasiva o fueron a un centro de higiene en busca de ella, por propio convencimiento. Indiscutiblemente que este último caso es el que nos da la medición de actitud.

Por todo esto, no podremos fijar de una sola vez y en forma genérica, qué métodos es aconsejable emplear en la estimación de los progresos que se alcancen en los diversos aspectos del trabajo.

Sin embargo, proporcionaremos algunas sugerencias que podrán tenerse en cuenta en la práctica.

El método que empleó el Ensayo Piloto de Santiago Ixcuintla, Nayarit, del Doctor Laszlo Radvanyi, para medir la eficiencia de la educación básica, nos parece muy atinado. En la publicación en que resume los datos de la encuesta, se hace alusión al procedimiento que se siguió. Éste, en forma muy esquemática, es el siguiente.

Al empezar el trabajo del Ensayo, se hizo la primera medición. Se establecieron todas aquellas características importantes de la población cuyo cambio en cierta dirección fue la meta principal (aspectos importantes de la vida económica, social y cultural de la población); incluyendo también aquellas que pueden ser afectadas directamente por los cambios producidos por el Ensayo y así servir como indicadores adicionales de su eficiencia. La comprobación consistirá en medir en intervalos anuales el estado de todas las características arriba mencionadas, para establecer con la mayor precisión posible los cambios que ocurran durante el año anterior. Cinco mediciones, a un año de distancia cada una, abren la perspectiva de medir tendencias de desarrollo de la vida económica, social y cultural de una población rural durante cinco años. El método que se aplicó es el de encuesta de muestreo por entrevista directa.

Se podrá recurrir a algunos otros procedimientos, como son: la observación directa de la conducta, el análisis constante de experiencias, los registros que se lleven del trabajo, testimonios de personas, casos anecdóticos, sensación de éxito o fracaso que tenga

el pueblo, su asistencia a la biblioteca o el Centro de Alfabetización, o los juicios que externen en las reuniones de la comunidad.

ÍNDICE

	Pág.
PREFACIO	5
Capítulo I	
PERSPECTIVA	7
Capítulo II	
PRINCIPIOS	29
Capítulo III	
OBJETIVOS	79
Capítulo IV	
SUGESTIONES METODOLÓGICAS	107

Este libro, hecho totalmente en los talleres del C.R.E.F.A.L., se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 1952. Lleva el Número 1 de las publicaciones del Centro Regional de Educación Fundamental para la América Latina. Otras publicaciones editadas anteriormente no están comprendidas en la numeración que con este libro se inicia.

Nota editorial

Son variadas las razones por las que un fondo editorial decide reeditar o reimprimir alguno de sus materiales. En el caso de *Educación fundamental. Ideario, principios, orientaciones metodológicas*, el libro que el lector sostiene entre sus manos, el deseo de verlo circulando nuevamente se corresponde con una convicción sencilla pero firme: en el CREFAL creemos que se puede aprender profundamente de los esfuerzos de nuestros predecesores; que retomar ideas enunciadas anteriormente puede alumbrar lo que pensamos en la actualidad y ayudar en la dirección de los movimientos futuros.

Por ello hemos decidido volver a publicar este libro, que desde el momento en que salió de los talleres de impresión, hace casi siete décadas, se convirtió en un referente de consulta para las labores de todos quienes hallaron un espacio de trabajo en el entonces Centro Regional de Educación Fundamental para la América Latina. Aunque el nombre de esta institución ha cambiado, seguimos compartiendo y poniendo en práctica los valores éticos que guiaron el trabajo de nuestros investigadores pioneros, pues, como ellos, compartimos la idea de que la educación es un medio eficaz para crear sociedades más justas.

En su trayecto del siglo XX al XXI, este libro sufrió algunas modificaciones importantes, de las que quisiéramos ahora informar al lector interesado. Se decidió modernizar la ortografía y puntuación, por lo que, de contrastarse la edición original con

ésta, serán notorios los múltiples cambios de redacción, aun si éstos son menores. Los nombres de todos quienes figuran entre las páginas del *Ideario*, fueron corroborados en fuentes actuales, para modificar los que así hiciera falta. Éste es el caso de Carl Gustav Jung, cuyo nombre, en la edición original, aparece en la página 58 como C. C. Jung, quizá por algún error del linotipista; o de Víctor E. Frankl, cuya cita en la página 97, en la edición original estaba atribuida a un tal Víctor E. Fraukl, errata probablemente debida al primer intento de hispanización de este nombre. Por claridad, añadimos una palabra que no se había conservado en ninguno de los ejemplares resguardados en la biblioteca del Centro; ésta aparece entre corchetes en la página 20. Los títulos de las obras mayores ya no figuran en versales, como a la vieja usanza, sino en itálicas y con mayúscula inicial, al estilo de las pautas editoriales más empleadas en nuestro tiempo. Por otro lado, las decisiones sobre detalles como la tipografía a utilizar o los materiales de impresión, se deben al deseo de recrear, en la medida de nuestras posibilidades, aquel ejemplar que viera la luz en 1952, como una manera de abonar mejor la ofrenda que hacemos con este trabajo a quienes trazaron el camino que hoy recorreremos gustosos y comprometidos.

Esta reedición de *Educación fundamental. Ideario, principios, orientaciones metodológicas* terminó de imprimirse en abril de 2018, en Diseño e Impresos Sandoval, en la Ciudad de México.
Para su formación se usó Old Times American.
La edición consta de 1000 ejemplares.



**CENTRO REGIONAL DE EDUCACION
FUNDAMENTAL PARA LA AMERICA
LATINA**